UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01695745 8

ESPINEL

MARCOS DE OBREGON

CLASICOS CASTELLANOS

Vicente ESPINEL

VIDA DE MARCOS DE OBREGÓN

I

185865.
4.12.23.

EDICIÓN Y NOTAS DE SAMUEL GILI GAYA

MADRID
EDICIONES DE "LA LECTURA"
1922

PRÓLOGO

La VIDA DE MARCOS DE OBREGÓN, novela en gran parte autobiográfica, llega hoy a nosotros algo así como un libro de memorias de la juventud de Espinel, escrito hacia el fin de sus días, cuando el autor reflexionaba sobre su pasado. Su lectura nos informa de sus hechos, aficiones e ideas, y desde un principio nos pone en contacto muy directo con el espíritu del autor. Este hecho, al mismo tiempo que representa una gran novedad en el género picaresco, tan poco inclinado a expansiones subjetivas, es de capital importancia para el biógrafo que desee penetrar en el pensamiento de Espinel [1].

Con cierta jactancia, muy de su tiempo, nos

1 El estudio documentado de la vida de Espinel se debe a don Juan Pérez de Guzmán, quien lo publicó en el Prólogo a la edición de Barcelona, 1881. Todo lo que se había escrito con anterioridad era infundado, por basarse únicamente en una interpretación autobiográfica demasiado literal de la VIDA DE M. DE OBREG. Cuanto se ha publicado posteriormente no añade ningún dato nuevo a los que dió Pérez de Guzmán.

cuenta que descendía de familia de conquistadores, y que sus abuelos, procedentes de las Asturias de Santillana, "tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos" [1]. Nació en Ronda y fué bautizado en la parroquia de Santa Cecilia el 28 de diciembre de 1550 [2]. El bachiller Juan Cansino le enseñó la Gramática latina y un poco de música, arte que le había de conquistar una gran reputación entre sus contemporáneos. Su padre Francisco Gómez había perdido su hacienda, y viéndole razonablemente instruído, dispuso su partida para Salamanca, en cuya Universidad cursó durante dos años en la facultad de Artes. En 1572 el proceso de fray Luis de León promueve fuertes algaradas estudiantiles que motivan el cierre de la Universidad, y Espinel, a pie y pobremente, *a la apostólica*, como él dice, vuelve a su ciudad natal. Esta primera época de su vida escolar es de escaso provecho para sus estudios, pues la falta de recursos le impide progresar en ellos; pero conserva muy vivo el recuerdo de sus primeras andanzas, tal vez por la impresión que en su espíritu inexperto produjeron los largos caminos de España, con sus mesones, arrieros, conversaciones con los caminantes, trampas y fullerías de la vida picares-

1 Relación I, Desc. XX.
2 Libro II de bautismos de dicha Parroquia.

ca. No nos importa que en el MARCOS DE OBREGÓN diluya con digresiones morales y episodios intercalados el relato de su primer viaje: la visión de la vida española es muy clara, y no vacilo en afirmar que esta parte de su novela es la de mayor fuerza de objetivación, comparable a la de los primeros modelos del género. A medida que la narración de su vida va adelantando, los recuerdos del autor van muy mezclados con razonamientos, y el elemento reflexivo se sobrepone a la clara intuición de los hechos.

Al poco tiempo de su llegada a Ronda, unos parientes suyos instituyeron una capellanía[1], "nombrando por primer capellán a su sobrino Vicente Martínez Espinel" y determinando el orden de sucesión para su desempeño. Según el señor Pérez de Guzmán, influyó en estas disposiciones fray Rodrigo de Arce[2], mercedario de gran prestigio e influencia, quien quizás proporcionó recomendaciones a Espinel para su segundo viaje a Salamanca, época en que obtuvo una plaza en el colegio de San Pelayo. Esto le permite vivir con relativa holgura y dedicarse de lleno a sus estudios. Gracias a sus gran-

1 Catalina Martínez y su esposo Bartolomé Martínez Labrasola. La fundación lleva la fecha de 3 de agosto de 1572.

2 Espinel le dedicó una canción inserta al fol. 103 de sus *Rimas*.

des dotes de poeta y músico se relacionó íntimamente con todos los nobles y escritores que a la sazón había en la ciudad, acudiendo de un modo especial a las reuniones que presidía doña Agustina de Torres, donde se juntaban los principales músicos de su tiempo: en *La casa de la Memoria* hace un cumplido elogio de todos ellos; y en el MARCOS DE OBREGÓN, al relatar las reuniones de músicos a que asistía en Milán [1], recuerda con entusiasmo las de Salamanca, en casa del maestro Clavijo, "donde ha habido juntas de lo más granado y purificado deste divino, aunque mal premiado, ejercicio". En Salamanca se dió a conocer por su talento, y la mayor parte de los poderosos que más adelante le protegieron los había conocido en los dos años que permaneció en esta ciudad.

El afán de gloria le hace interrumpir nuevamente sus estudios para alistarse en la poderosa armada que se formó en Santander (1574) al mando del adelantado de la Florida don Pedro Menéndez de Avilés. La peste diezmó las tripulaciones antes de que la armada pudiera salir del puerto; la gente se dispersó, y Espinel, después de algunos viajes por Vizcaya, Navarra y Aragón, marchó a Valladolid, donde permanece cuatro años al servicio del conde de Lemos, don

1 Relac. III, Desc. V.

Pedro de Castro, protector decidido de los hombres de ingenio. Poco interés tienen para él estos años pasados en Valladolid, que debieron ser de una monotonía incompatible con su carácter, y "la variedad de su condición", "la inquietud natural" tantas veces mentadas en su novela, le impulsan a dejar la vida tranquila de que gozaba, y pasa a Sevilla con intención de marchar a Africa para tomar parte en la expedición desgraciada que costó la vida al rey don Sebastián de Portugal; pero no llegó a tiempo para ello, y esperó ocasión para marchar a Italia.

Hasta este momento Espinel había intervenido casi únicamente como espectador en los episodios picarescos que narra; pero durante su residencia en Sevilla, vive entre la sociedad de los pícaros y es el protagonista de una serie de pendencias y amoríos en que la justicia tuvo que intervenir más de una vez; escribe versos obscenos; sus habilidades musicales sirven para alegrar a la gente del hampa en tabernas y lupanares [1]. Todos los aspectos de la vida de Espinel entran en mayor o menor proporción en

1 A esta época de su vida se refiere la *Sátira contra las damas de Sevilla* hallada en un manuscrito de la Biblioteca Ricardiana y publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1904, t. I) por los señores E. Mele y A. Bonilla.

el MARCOS DE OBREGÓN, y no podía faltar éste que caracteriza su estancia en Sevilla, la cual le suministró no pocos elementos que viven en las páginas del libro.

Al cabo de poco más de un año emprende su deseado viaje a Italia. Refiere Espinel que, habiéndose detenido el galeón en la isla de Cabrera [1], saltó a tierra con alguna gente en busca de agua, y fué apresado con otros por unos piratas africanos que le llevaron cautivo a Argel, donde sirvió como esclavo a un renegado. Después de su cautiverio y otros lances novelescos, cuenta que, preso el galeón de su amo por las galeras de Génova, se le maltrató al principio por creérsele también renegado, pero luego fué reconocido por un músico de a bordo llamado Francisco de la Peña. Los primeros biógrafos vacilaron en aceptar esta narración como autobiográfica, pero la argumentación del señor Perez de Guzmán es una prueba bastante verosímil de que estos episodios, por lo menos en sus líneas generales, pertenecen a la vida de Espinel [2].

1 Relac. II, Desc. VIII.

2 En lo de su cautiverio, aparte de otras muchas referencias, encontramos que en el *Epílogo* de la presente novela, dejando el nombre de Marcos de Obregón, habla ya como autor diciendo: "quien ha querido enseñar a tener paciencia, mal cumpliría con sus preceptos si le faltase para oir y recebir la corrección fraterna, que sin ella,

En 1578 desembarcó en Génova, se presentó al embajador don Julio Espínola, y entre él y Marcelo Doria, jefe de las galeras que le habían conducido, le proveyeron de dinero y cabalgadura para su proyectado viaje a Milán. No se detuvo en esta ciudad más que el tiempo necesario para descansar, continuando su viaje a Flandes, donde se incorporó al ejército de Alejandro Farnesio, en el cual tomó parte en el asalto de Maestricht. En el ejército hizo gran amistad con don Hernando de Toledo, tantas veces citado en sus obras; con don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y con don Octavio Gonzaga. A todos ellos dedicó excelentes poesías en sus *Rimas*. En compañía de este último regresó a Italia, y bajo su protección residió unos tres años en Lombardía, donde perfeccionó sus facultades concurriendo a casa de don Antonio de Londoño, en la cual "había siempre junta de excelentísimos músicos, como de voces y habilidades, donde se hacía mención de todos los hombres eminentes en la facultad" [1]. Esta clase de doctas reuniones eran el mayor encanto de Espinel: Marcos de Obregón es ante todo un

ni opusiera el pecho a las olas y crueldades del furioso tridente, ni ablandara la inclemencia de los salteadores, ni redujera a buen término *los impíos y continuos trabajos de la esclavitud*".

1 Relac. III, Desc. V.

hombre razonador, amigo de discretas controversias entre personas ilustradas, tal vez con cierto prurito de lucirse ante su auditorio. Espinel tenía conciencia de su valer; su labor artística nunca obtuvo censuras, y en certámenes y juntas de ingenios sus palabras se recibían con aplauso, y sus juicios constituían autoridad. Los diálogos de esta naturaleza abundan en la novela y le sirven de pretexto para mostrar su erudición. Para nosotros son poco interesantes en sí mismos, pero son fundamentales para la comprensión de la personalidad del autor.

Después de algunos viajes por las principales ciudades italianas, el poeta empieza a sentir el deseo de una vida tranquila; su salud se quebranta; ya no le atrae el afán de glorias militares, y decide volver a España y retirarse a Ronda para gozar del sosiego que le promete la capellanía fundada por sus parientes en 1572. Terminados sus estudios de Moral y ordenado de sacerdote, obtiene un medio beneficio en la Iglesia de Ronda[1]. En 1589 fué a Granada para graduarse de bachiller en Artes, título que desde esta fecha acompaña al nombre de Espinel en algunos documentos.

1 La propuesta para dicho cargo lleva la fecha de 4 de mayo de 1587.

En 1591 publica, con el título de *Rimas*[1], una colección de poesías líricas compuestas en diferentes épocas de su vida: versos amorosos de su mocedad, otros dedicados a sus protectores y amigos, y algunos de los escritos en Italia con distintos motivos. Acompaña a las *Rimas* una traducción de la *Poética* de Horacio, la primera que se imprimió en castellano[2]. En algunas de estas poesías, cuyo mérito no hemos de analizar aquí, vemos a Espinel abandonar con gusto el bullicio de las grandes ciudades para gozar de la paz que esperaba hallar en su retiro de Ronda; pero dura poco este sentimiento: la vida brillante de las letras se había infiltrado profundamente en su espíritu, y en seguida sus versos se vuelven melancólicos: no tiene personas cultas con quien hablar; sus conciudadanos

1 Aunque las *Rimas* se publicaron en 1591, la censura es de 1587. Va firmada por Alonso de Ercilla dando del libro el siguiente juicio: "...tiene buenos y agudos conceptos declarados por gentil término y lenguaje, y los versos líricos son de los mejores que yo he visto..."

2 La traducción de la *Poética* fué reimpresa por Sedano, colmándola de elogios, en el tomo I de su *Parnaso Español* (1768). Esto motivó una agria polémica suscitada por Iriarte, quien negó todo valor a la versión de Espinel y le señaló muchísimos defectos. En efecto, los tiene, pero no tantos como Iriarte le atribuye: era la primera vez que se acometía esta empresa, y era natural que no saliese perfecta. (V. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Horacio en España*, t. I, págs. 64 y sigts.). En las *Rimas* hay también traducidas dos odas de Horacio: *Quis multa gracilis* y *Angustam amici pauperiem*.

sólo se preocupan de cosechas y ganados; la envidia y la maledicencia van formando a su alrededor una atmósfera hostil; Espinel quiere romper su aislamiento y marchar a la Corte.

Pretendió un beneficio entero en Santa María la Mayor, y no alcanzándolo, hace un viaje a Madrid, donde gestiona y obtiene que se le nombre capellán del Hospital Real de la ciudad de Ronda. Su nombramiento, obtenido por influencias cortesanas, fué mal recibido por sus paisanos, y mucho más cuando vieron que no iba a desempeñar su cargo y que se quedaba en Madrid, nombrando un sustituto para el Hospital Real. Las protestas de la ciudad hacen que, después de algunas excusas dilatorias, tenga que volver a su patria (1595), pues por cédula real se le mandó que ocupase su destino. No por esto cesó la hostilidad de sus conciudadanos: al cabo de poco tiempo volvieron a quejarse alegando, no sabemos si con fundamento, su mala conducta y vida desarreglada; pero debieron de hallar poco eco estas protestas, pues se resolvió el asunto nombrando para su cargo un nuevo sustituto y yéndose de nuevo a Madrid (1598). El año siguiente se graduó de Maestro en Artes en Alcalá, y a su regreso a Madrid fué nombrado capellán de la Capilla del obispo de Plasencia con 30.000 mrs. anuales, más 12.000 co-

mo maestro de la capilla de música. Por fin ha logrado su propósito de desentenderse de Ronda y establecerse definitivamente en Madrid.

Esta época fué la más brillante de la vida de Espinel. Gozó de una inmensa reputación entre sus contemporáneos; asistía a cuantas solemnidades literarias había en la Corte; la *Academia poética* y su protector don Félix Arias de Girón, al decir de Lope de Vega, le laurearon como *único poeta latino y castellano destos tiempos*. Los autores solicitaban su opinión sobre las obras que componían, y son muchos los libros de música y poesía que van encabezados con su censura. Fué amigo de Cervantes; Lope de Vega le llama *maestro* y le elogia en muchas ocasiones, especialmente en el *Laurel de Apolo*[1]. Su reputación de músico, siempre tan celebrada, se afianza con la invención de la quinta cuerda, de la guitarra[2]. Todos sus contemporáneos le atribuyen asimismo la invención de la décima, a la que se dió el nombre de *espinela*: sin embargo, lo que hizo Espinel fué perfeccionarla dotándola de unidad y ligereza, y por ha-

1 Ed. Rivadeneira, t. XXXVIII, pág. 191.

2 "...que Apolo corresponda
A lo que debe al inventor süave
De la cuerda, que fué de las vigüelas
Silencio menos grave."
(LOPE, *Laurel de Apolo*, l. c.)

berla usado un poeta de tanto prestigio como él, la estrofa se puso de moda y ha venido empleándose con gran frecuencia en España. En este ambiente de actividad literaria, y ya en los últimos años de su vida, el poeta recapacita sobre sus hechos, coordina sus recuerdos, y al paso que encuentra en ellos una dulce evocación de su mocedad, cree que pueden servir de provechosa enseñanza, y escribe la VIDA DE MARCOS DE OBREGÓN, obra de madurez, muy distante en todos sentidos de sus primeras poesías y ensayos de traducción de Horacio. Muere el 4 de febrero de 1624[1].

***

En 1618 aparece la primera edición del libro que nuevamente editamos, impreso en Madrid por Juan de la Cuesta. De su éxito puede juzgarse por el hecho de que en el mismo año se hicieron en Barcelona dos reimpresiones, la de Margarit y la de Cormellas, y se publicó en París una traducción francesa.

Un viejo escudero, muy experimentado en las

1 No sabemos en qué debe basarse la afirmación de Lope de Vega (Rivad., XXXVIII, pág. 191) al decir que Espinel murió pobre y olvidado a los noventa años de edad. La prueba documental del señor Pérez de Guzmán destruye esta afirmación, que habían admitido los biógrafos anteriores y repite La Barrera (tomo I de la ed. académica de Lope, pág. 324, *nota*).

cosas del mundo, cuenta las aventuras de su vida. Nada hay extraordinario en ella; es una vida vulgar que se desenvuelve sin heroísmos en medio de la sociedad española del siglo XVII; pero poseído de una viva curiosidad intelectual, sabe observar con exactitud y convertir sus observaciones en una lección permanente de experiencia. Desde las primeras páginas el autor nos informa de su propósito docente y de que da a su doctrina la forma de novela o relación "porque han salido algunos libros de hombres doctísimos en letras y opinión, que la abrazan tanto con sola la doctrina que no dejan lugar por donde pueda el ingenio alentarse y recebir gusto; y otros tan enfrascados en parecerles que deleitan con burlas y cuentos entremesiles, que después de haberlos leído, revuelto, aechado y aun cernido, son tan fútiles y vanos, que no dejan otra cosa de sustancia ni provecho para el lector, ni de fama y opinión para sus autores". Claro es que la enseñanza o moralidad que se desprende de los relatos tiende únicamente a evitar conflictos que alteren el sosiego interior, tratando de conducir la vida por medio de una reflexión equilibrada, de término medio, con algunos ribetes de egoísmo. Son las ideas comunes de su tiempo, y Espinel en nada se diferencia de ellas.

Este tono moralizador caracteriza la marcada evolución que el género picaresco sufre con Alemán, Espinel, *La Pícara Justicia* y otras obras de menor importancia: los tipos y situaciones pierden la intensidad y precisión del *Lazarillo*, tal vez porque se tiende a darles una valoración interior que llene el vacío de ideal que se nota en las primeras novelas picarescas. Hay una aspiración inconsciente hacia algo más que la sátira social corrosiva y descarnada; pero no se acierta con la forma, la acción se diluye en consideraciones, pierde el vigor primitivo, y como la moralidad no alcanza tampoco gran altura, el género picaresco halla en su segunda fase el germen de su decadencia.

De estos caracteres generales participa la VIDA DE MARCOS DE OBREGÓN y es quizás la obra que mejor los representa, porque logra fundirlos con mayor unidad de concepción y ejecución. En el *Guzmán de Alfarache* vemos todavía claras y separables las dos tendencias: la viveza y el colorido de las escenas picarescas contrastan notablemente con las digresiones morales, y casi siempre producen éstas la impresión de algo pegadizo y externo a la novela. Espinel, en cambio, sin alcanzar a matizar sus escenas con la precisión y riqueza de Alemán, hace más ameno su relato, porque las reflexiones que los episodios

le sugieren están mejor incorporadas a la narración, son menos extensas, y, por consiguiente, la acción marcha más seguida y congruente.

La novela es autobiográfica en su trama general y en muchos pormenores, pero intercala numerosas relaciones que oyó referir o que inventó. Aunque se trata de una novela picaresca, lo picaresco tiene en ella un valor meramente episódico, no es el núcleo de la obra, y precisamente en este hecho está, a mi modo de ver, la diferencia que separa el MARCOS DE OBREGÓN de cuanto este género produjo en España: el protagonista no es un pícaro, sino un observador que contempla cuanto la vida le ofrece, y al lado de las andanzas de unos fulleros nos cuenta las eruditas discusiones de las academias de Milán, o unos capítulos de geografía fantástica [1]. Espinel, por inclinación de su temperamento, o por su propósito de hacer arte docente, huye en general de las bellaquerías de la gente maleante y desenvuelve su acción entre una sociedad más escogida. De aquí que su realismo no alcance nunca las crudezas, a veces repugnantes, de Quevedo, y que su lenguaje sea limpio, culto, como de hombre que evitaba cuanto pudiera tener sabor de vulgaridad excesiva; pero todo ello sin

1 Relac. III, Desc. XIX y sigts.

amaneramientos culteranos ni conceptistas; al contrario, el estilo de Espinel se caracteriza por una gran naturalidad, y su locuacidad, común a la manera nueva de novelas picarescas, se produce en este libro sin ningún esfuerzo.

Siente Espinel un gran interés hacia todo lo que ve, especialmente hacia la naturaleza; pero un interés que tiene más de curiosidad intelectual que de emoción artística. Aun en los momentos en que parece que la sensibilidad triunfa, como en el brillante elogio de Málaga, se agota pronto su vocabulario afectivo y en seguida distribuye los goces que experimenta según los sentidos corporales, y nos da la razón de la armonía del canto de los pájaros. Sus descripciones son, por lo general, rápidas y apenas esbozadas. Los caracteres destacan poco: sólo alguno, como el doctor Sagredo, deja en el lector una imagen de cierta consistencia. Espinel nunca propende a la caricatura, y si quiere ridiculizar a algún personaje saca más partido de la situación que del carácter.

No hay intención satírica, sino didáctica, y cuando reprende vicios lo hace siempre como hombre indulgente que conoce los secretos de la vida y de la conciencia. En esta interpretación psicológica de su época, sin ahondar mucho, tiene a veces aciertos sorprendentes. Para censu-

rar defectos no se apoya en motivos de sensibilidad ética o estética, ni siquiera el aspecto religioso alcanza gran importancia: los vicios son para él —a la manera aristotélica—, *faltas de juicio,* impremeditaciones, poca ponderación mental de las cosas. El predominio del intelectualismo es uno de los caracteres esenciales que hallamos en esta novela, acaso la menos picaresca de su género.

***

A principios del siglo pasado aumenta el interés por este libro con motivo de la llamada "cuestión del Gil Blas". Voltaire había afirmado que la obra de Lesage era un plagio del MARCOS DE OBREGÓN. Recogida esta observación por el padre Isla, éste publicó, con el seudónimo de *Is-salps,* una traducción española del *Gil Blas* titulada "*Aventuras de Gil Blas de Santillana* robadas a España, y adoptadas en Francia por Mr. Le Sage: restituídas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación". En el prólogo sostiene que la obra fué sacada de original español. De aquí nació una serie de enojosas polémicas en que intervenía más el amor propio nacional que el espíritu crítico, cuya lectura no creo que hoy pueda interesar mucho; pero por si el lector

siente curiosidad hacia ello, doy por nota la bibliografía más importante sobre este asunto [1].

El original español del *Gil Blas* no ha existido nunca. Lesage se sirvió de numerosas fuentes españolas y muy principalmente de la novela de Espinel, de la cual están tomados algunos episodios que puntualiza Tieck en el prólogo a su traducción alemana: sirvan de ejemplo los amores del barbero con doña Mergelina, la aventura de la señora Camila, y una porción de pormenores en que, si no se toma un episodio entero, se notan rasgos que denotan la lectura de Espinel. También utilizó, aunque en menor escala, el *Guzmán de Alfarache,* el *Estebanillo,* y numerosas obras de la literatura dramática española, así como algunos libros históricos, geográficos, de viajes, etc., publicados en francés sobre cosas de España. Con todos estos elementos se empapó Lesage del ambiente español y pudo escribir libros como el *Diable boiteux* y el *Gil Blas,* de agradable lectura, bastante origina-

1 Además de la ya citada obra del padre Isla, v.: J. Antonio Llorente, *Observations critiques sur le roman de Gil Blas de Santillana.* H. A. Everet, *Essais de critique et mélange,* Boston, 1845. Tieck, prólogo a la traducción alemana del M. de Obregón, Breslau, 1824. L. Claretie, *Lesage romancier, d'après de nouveaux documents.* París, 1890. Puede consultarse con provecho el resumen sobre Lesage y sus fuentes que hace Gustave Lanson, *Histoire de la Littérature française.*

les dentro del marco general de la imitación, y que seguramente nada desdicen al lado de las novelas picarescas españolas.

SAMUEL GILI GAYA.

La presente edición se ha hecho siguiendo a la de Juan de la Cuesta, Madrid, 1618, y está cotejada con las dos de Barcelona del mismo año y las de Sevilla, 1641, y Madrid, 1657. La ortografía ha sido modenizada. Las variantes, que son escasas, se han anotado siempre que se refieren al original (M. 1618), aunque sean simples erratas de imprenta: las de las demás ediciones entre sí sólo se anotan cuando tienen alguna importancia.

De mucho me ha servido, en mis dudas sobre interpretación, la competencia y amabilidad de mi maestro don Américo Castro, y me complazco en hacerle constar aquí mi agradecimiento.

Al ilustrísimo señor cardenal arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, padre de los pobres y amparo de la virtud, el maestro Vicente Espinel.

No será Marços de Obregón el primero escudero hablador que ha visto V. S. I., ni el primero que con humildad se ha postrado a besar el pie de quien tan bien sabe dar la mano para levantar caídos; mas será el primero escudero que se ha confesado por ignorante, a lo menos en querer escudriñar y revolver los profundos archivos de las excelencias y prerrogativas, heredadas y adquiridas, que se descubren dese magnánimo y valeroso pecho: la inviolable

3 *Don Bernardo de Sandoval y Rojas,* cardenal arzobispo de Toledo. Era tío del Duque de Lerma —privado de Felipe III— y en Toledo vivió como gran señor protector de literatos y artistas, fundador al mismo tiempo de monasterios en Toledo y Alcalá. El señor Cossío, en su estudio magistral sobre el Greco, al describir Toledo a la llegada de este artista, traza en rasgos breves, pero de intenso colorido, la silueta del fastuoso prelado que en su cigarral de Bellavista mantiene aquel tipo de prelado del Renacimiento, de verdadero Mecenas y magnífico señor,

verdad, raíz de tan inmensas y gloriosas virtudes como han resplandecido y resplandecen en V. S. I. desde el principio de su dichoso nacimiento, piedad ingenua para con todos, y en algo no imitable. Cuando en los trabajos del señor don Gonzalo Chacón, su hermano, habiendo enternecido las entrañas de Dios, después de haber consumido y gastado V. S. I. todo su patrimonio, aún no se contentó hasta quedarse a pie, hecho que no hay ojos que no humedezca ni corazón que no ablande: justicia con manse

6 *Don Gonzalo Chacón,* primer conde de Casarrubios. Los trabajos a que alude Espinel se refieren a la prisión del Conde a causa de ciertos amoríos con una dama de la Corte. Luis Cabrera de Córdoba, en sus *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614,* nos relata este lance, ocurrido en 1610, del modo siguiente: "Mandaron ir al Conde de Casarrubios vía recta a Avila, donde es alcaide, y que esté allí hasta que otra cosa se le mande por S. M.; lo cual ha sido en pena de haber tratado de casarse con la criada de la Cámara de la Reina, que también la tienen presa en su aposento; y se entiende que se hará el casamiento inviando al Conde a su casa y quitándole el oficio de mayordomo de la Reina, porque el Cardenal de Toledo ha sentido mucho esta liviandad del Conde, su cuñado, y prometía el dote que quisiera la de la Cámara, para casarse con persona de su cualidad; la cual no lo ha querido aceptar, escusándose con buen término y el Cardenal ha venido de su Iglesia de ocho días a esta parte." (Ed. de la Acad. de la Historia, pág. 395.)

10 *quedarse a pie:* "Burlado y desamparado, y sin empleo." Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana,* ed. Mir, pág. 592.

dumbre, liberalidad con discreción, misericordia con suavidad, y todas las demás, encadenadas con la divina virtud de la prudencia.

Las heroicas obras que V. S. I., por la devoción de su santo pecho, así materiales como espirituales, ha hecho, ¿quién las ha igualado de San Eugenio y San Ildefonso acá, si todas las grandezas y virtudes de los antecesores se han cifrado y recogido en el pecho de V. S. I.? Tan grandes limosnas como se hacen en todo el Arzobispado por manos de sus piadosos ministros, que vienen a montar más de setenta mil ducados; pero ¿qué milagro, si siendo V. S. I. Canónigo de Sevilla daba la mitad de su renta de limosna? Pues las materiales obras hechas en la cabeza y de las más Iglesias del Arzobispado, y esta última de la renovación o reedificación del S. Sagrario de Toledo que tan grande suma costó de oro y plata, como se vió en lo que escribió el licenciado don Pedro de Herrera en lenguaje —aunque claro—

21 Pedro de Herrera, *Descripción de la Capilla de N.ª S.ª del Sagrario que erigió en la Santa Iglesia de Toledo el Ilmo. Sr. Cardenal D. Bernardo de Sandoual y Rojas, Arçobpo. de Toledo, Primado de las Españas, Chanciller Mayor de Castilla... y Relon. de la antigüedad de la Sta. Imagen con las fiestas de su translación.* Madrid, Luis Sánchez, 1617.

Con motivo de dichas fiestas se celebró un certamen poético al que concurrieron muchos ingenios, entre ellos

elegante y verdadero. El santo y enriquecido monasterio que, por mandado y expensa de V. S. I., se ha hecho en Alcalá de Henares con tanta renta y gasto, para encerrar en el aprisco de Dios hijas de criados suyos que sirvan a su esposo Jesu Cristo, tan rico de estatutos justos y santos como de renta y artificio. El insigne en edificio, santidad y devoción, monasterio de los capuchinos, que tan milagrosos efectos hace a fuerza de virtud en la ciudad de Toledo enviando almas al cielo que rueguen por V. S. I. La maravillosa obra o reedificación de la S.

Espinel con un epigrama latino que figura al fol. 118 r de la 3.ª parte de la obra de Pedro de Herrera.

7 Convento de las Bernardas de Alcalá. Esta fundación del cardenal arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, está en la plaza de su nombre que forma ángulo con la gran sala de los Concilios del antiguo palacio arzobispal. De atrevida cúpula elipsoidal rodeada de capillas, fué su planta imitada después en otras muchas iglesias, como la de San Francisco el Grande, de Madrid. Su altar mayor y sus capillas ostentan grandes lienzos de Angelo Nardi, y en su fachada todavía se conserva alguna escultura de Monegros, el escultor toledano, acreditando la munificencia del insigne prelado fundador.

10 Convento de Padres Capuchinos. Fué fundado a principios del siglo XVII por el cardenal Sandoval y Rojas en el cigarral y jardines que poseía extramuros de Toledo juntamente con la ermita del Angel Custodio (R. Parro, *Toledo en la mano*), colocando por su propia mano el Santísimo Sacramento el día segundo de Pascua de Pentecostés del año 1611. El Cardenal Arzobispo Moscoso y Sandoval trasladó esta comunidad a un lindo convento en el interior de la ciudad adosado a la antigua Iglesia Colegial de Santa Leocadia, junto al Alcázar.

Capilla donde la Virgen Sacratísima honró tanto a su siervo Ilefonso con su admirable decensión, dándole aquel preciosísimo don de la casulla que tan de nuevo resplandece y resplandecerá para siempre. Mas en las grandezas de que todo el mundo está lleno, ¿para qué tengo de gastar tiempo y palabras? Y porque mi Escudero no se alienta ni atreve a entrar en tan inmenso piélago, siendo así que por los efectos se rastrean las causas, quien viere las plantas que se han cultivado y crecido a la sombra de tan espaciosa y fértil palma, echará de ver la virtud y valor que della se esparce por el mundo: la compostura, discreción y agrado de Bernardo de Oviedo, secretario del Rey N. S. y de V. S. I., y la limpieza y verdad con que usa su oficio; el término, sagacidad y buenas correspondencias tan desinteresadas de Luis de Oviedo, camarero de V. S. I.; la entereza y verdad de Francisco Salgado, alguacil mayor de la Santa Inquisición, y las demás piedras vivas que han recebido luz de las centellas que salen desa piedra angular.

15 Bernardino de Oviedo, que era secretario del Arzobispo de Toledo, fué nombrado secretario del Rey el 20 de septiembre de 1612 (L. Cabrera de Córdoba, *l. c.*, pág. 496).

19 Luis de Oviedo, criado del Arzobispo y canónigo de Toledo, al cual mandó el Papa que no pudiese residir en esta ciudad. Por ello tuvo gran sentimiento el Cardenal (id., *id.*, pág. 461).

No quiero cansar a V. S. I., pues Dios le crió tan enemigo de oír sus alabanzas. Ofrezco a V. S. I. este humilde y miserable trabajo, no para defensa suya, sino para honra y amparo de su dueño, que si fuere malo, será malo y mío, y si bueno será de Dios y de V. S. Ilustrísima, a quien, etc....

El Maestro Vicente Espinel.

PRÓLOGO AL LECTOR

Muchos días, y algunos meses y años, estuve dudoso si echaría en el corro a este pobre ESCUDERO desnudo de partes y lleno de trabajos que la confianza y la desconfianza me hacían una muy trabada e interior guerra. La confianza, llena de errores; la desconfianza, encogida de terrores; aquélla, muy presuntuosa, y estotra, muy abatida; aquélla, desvaneciendo el cerebro, y ésta desjarretando las fuerzas; y así me determiné de poner por medio a la humildad, que no solamente es tan acepta a los ojos de Dios, pero a los de los más ásperos jueces del mundo. Comuniquélas con el licenciado Tribaldos de Toledo, muy gran poeta latino y español, docto en la lengua griega y latina, y en las ordinarias, hombre de consumada verdad; y con

4 *partes*: prendas, cualidades.

15 Luis Tribaldos de Toledo (1558-1634). Ejerció el cargo de cronista mayor de Indias, y, según Nicolás Antonio, fué bibliotecario del Conde-Duque de Olivares. Para sus obras véase N. Antonio y los tomos XXI y LXIX de Rivad.

17 *Ordinarias:* lenguas ordinarias o vivas; v. pág. 130.

el maestro fray Hortensio Félix Paravesin, doctísimo en letras divinas y humanas, muy gran poeta y orador; y alguna parte dello con el padre Juan Luis de la Cerda, cuyas letras, virtud y verdad están muy conocidas y loadas; y con el divino ingenio de Lope de Vega, que como él se rindió a sujetar sus versos a mi corrección en su mocedad, yo en mi vejez me rendí a pasar por su censura y parecer; con Domingo Ortiz, secretario del Supremo Consejo de Aragón, hombre de excelente ingenio y notable juicio; con Pedro Mantuano, mozo de mucha virtud y

1 Hortensio Félix Paravicino. Famoso en nuestra literatura por la hinchazón culterana de su oratoria. Firma la Aprobación de la edición princeps de la VIDA DE MARCOS DE OBREGÓN al que dedica el siguiente elogio: "...de los libros deste género que parece de entreniniento comun, es el que con mas razon deue ser impreso por tener el prouecho tan cerca del deleyte, que sin perjudicar enseña y sin diuertir entretiene: el estilo, la inuencion, el gusto de las cosas y la moralidad que deduze dellas, arguyen bien la pluma que las ha escrito tan justamente celebrada en todas naciones. A mi alomenos de los libros deste argumento me parece la mejor cosa que nuestra lengua tendrá y que V. m. deue darle una aprouacion muy honrada".

4 Juan Luis de la Cerda (1560-1643). Jesuíta que se distinguió como comentarista de las obras de Virgilio y Tertuliano. Hay un soneto suyo en el tomo XLII de Rivad.

6 De la amistad de Lope y Espinel hemos tratado extensamente en el PRÓLOGO.

9 Domingo Ortiz de Mandujana fué nombrado secretario del Reino de Valencia el día 8 de abril de 1600 (L. Cabrera de Córdoba *l. c.*, pág. 65).

12 Pedro Mantuano. Famoso escritor, m. en Madrid en 1656, citado frecuentemente por los clásicos.

versado en mucha lección de autores graves, que me pusieron más ánimo que yo tenía; y no sólo me sujeté a su censura, pero a la de todos cuantos encontraren alguna cosa digna de reprehensión, suplico me adviertan della, que seré humilde en recebilla.

El intento mío fué ver si acertaría a escribir en prosa algo que aprovechase a mi república, deleitando y enseñando, siguiendo aquel consejo de mi maestro Horacio; porque han salido algunos libros de hombres doctísimos en letras y opinión, que se abrazan tanto con sola la doctrina, que no dejan lugar donde pueda el ingenio alentarse y recebir gusto; y otros tan enfrascados en parecerles que deleitan con burlas y cuentos entremesiles, que después de haberlos revuelto, aechado y aun cernido, son tan fútiles y vanos, que no dejan cosa de sustancia ni provecho para el lector, ni de fama y opinión para sus autores. El padre maestro Fonseca escribió divinamente del amor de Dios, y con ser materia tan alta, tiene muchas cosas donde puede el ingenio espaciarse y vagarse con deleite y

20 Cristóbal de Fonseca. El *Tratado del amor de Dios* se imprimió en Salamanca, 1592. Cervantes, *Quij.*, ed. R. Marín, t. I, pág. 38: "Y si no queréis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a desear en tal materia."

gusto, que ni siempre se ha de ir con el rigor de la doctrina, ni siempre se ha de caminar con la flojedad del entretenimiento; lugar tiene la moralidad para el deleite, y espacio el deleite para la doctrina; que la virtud —mirada cerca— tiene grandes gustos para quien la quiere, y el deleite y entretenimiento dan mucha ocasión para considerar el fin de las cosas.

En tanto que no tuve determinación —así por la persecución de la gota como por la desconfianza mía— para sacar al teatro público mi ESCUDERO, un caballero amigo me pidió unos cuadernillos dél, y llegando a la noticia de cierto gentilhombre —a quien yo no conozco— aquella novela de la tumba de San Ginés, pareciéndole que no había de salir a luz, la contó por suya, diciendo y afirmando que a él le había sucedido; que hay algunos espíritus tan fuera de la estimación suya, que se arrojan a entretener a quien los oye con lo que se ha de averiguar no ser suyo.

Si a alguno no se le asentare bien tratar de

16 Estas palabras dieron motivo para que en el prólogo a la ed. Madrid, 1804, se creyera que muchos episodios circularon manuscritos durante algún tiempo, y que en tal forma pudieron llegar a manos de Lesage. No necesitamos acudir a esta explicación, puesto que al nacer Lesage (1668) habían aparecido en España cinco ediciones del MARCOS DE OBREGÓN, y según Brunet, se publicó una traducción francesa en 1618.

personas vivas y alegar con sujetos conocidos y presentes, digo que yo he alcanzado la Monarquía de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la romana los tuvo mayores, y me arrojo a decir que ni tantos ni tan grandes. Y no quiero tratar de las cosas que los españoles han hecho en Flandes, tan superiores a las antiguas, como escribió Luis de Cabrera en su *Perfecto Príncipe,* sino de los que nuestros ojos han visto cada día y nuestras manos han tocado, como los que hizo don Pedro Enríquez, conde de Fuentes, con tan increíble ánimo: la toma y saco de Amiens que escribió en sus *Comentarios* don Diego de Villalobos, donde fué valeroso capitán de lanzas y infantería, que con un carro de feno y un costal de nueces, seis capitanes tomaron una ciudad tan grande, plataforma y amparo de toda Francia; la facilidad y determinación con que acuden al servicio de su rey los españoles,

10 Luis Cabrera de Córdoba, *Advertencias para la educación del Príncipe.* Madrid, 1618.

13 Pedro Enríquez de Acevedo, Conde de Fuentes, n. en Zamora en 1525 y m. en Milán en 1610.

15 Diego de Villalobos y Benavides, *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes desde el año de 1594 hasta el de 1598.* Madrid, 1612.

Amiens cayó en poder de los españoles en 1597, pero en el mismo año fué reconquistada por Enrique IV de Francia después de un sitio de cuatro meses.

16 *feno*: heno.

poniendo sus vidas a peligro de perdellas, como se vió ahora en lo de Mámora, que anduvieron nadando toda la noche no hallando bajel ni tierra donde ampararse, sobrepujando con valor a su fortuna, cosas que no se vieron en la Monarquía romana. ¿Qué autores antiguos excedieron a los que ha engendrado España en los pocos años que ha estado libre de guerras? ¿Qué oradores fueron mayores que don Fernando Carrillo, don Francisco de la Cueva, el licenciado Berrio, y otros que con excelente estilo y levantados conceptos persuaden la verdad de sus partes? De no leer los autores muertos ni advertir en los vivos los secretos que llevan encerrados en lo que profesan, nace no darles el aplauso que merecen; que no es sola la corteza la que se debe mirar, sino pasar con los ojos de la conside-

2 *Mámora* hoy *Mehdia*, en la zona del protectorado francés de Marruecos. En 1617 Felipe III dispuso una expedición al mando de Luis Fajardo, y tomó la plaza.

11 Francisco Alberto de la Cueva, religioso de San Francisco de Paula, m. en la primera mitad del s. XVII. *Panegírico del Santísimo Sacramento en el día de su festividad, predicado en la catedral de Barcelona* (Barcelona, 1624). *Sermón de la Purísima Concepción* (Zaragoza, 1728).

11 Gonzalo Mateo de Berrio, n. en Granada hacia 1554. Famoso poeta, jurisconsulto y orador muy citado por los ingenios de su tiempo (Cristóbal de Mesa, Cervantes, Lope de Vega). Sólo se conservan algunos versos suyos que Pedro de Espinosa insertó en sus *Flores de poetas ilustres*.

ración más adentro. Ni por ser los autores más antiguos son mejores, ni por ser más modernos son de menos provecho y estimación. Quien se contenta con sola la corteza, no saca fruto del trabajo del autor; mas quien lo advierte con los ojos del alma, saca milagroso fruto.

Dos estudiantes iban a Salamanca desde Antequera; uno muy descuidado, otro muy curioso; uno muy enemigo de trabajar y saber, otro muy vigilante y escudriñador de la lengua latina; y aunque muy diferentes en todas las cosas, en una eran iguales: que ambos eran pobres. Caminando una tarde del verano por aquellos llanos y vegas, pereciendo de sed, llegaron a un pozo donde, habiendo refrescado, vieron una pequeña piedra, escrita en letras góticas, a medio borradas por la antigüedad y por los pies de las bestias que pasaban y bebían, que decían dos veces: *Conditur unio, conditur unio.* El que sabía poco, dijo: "¿Para qué esculpió dos veces una cosa este borracho?" que es de ignorantes ser arrojadizos. El otro calló, que no se contentó con la corteza, y dijo: "Cansado estoy y temo la sed, no quiero cansarme más esta tarde." "Pues quedaos como poltrón", dijo el otro. Quedóse, y habiendo visto las letras, después de haber lim-

piado la piedra y descortezado el entendimiento, dijo: "*Unio* quiere decir unión, y *unio* quiere decir perla preciosísima; quiero ver qué secreto hay aquí"; y apalancando lo mejor que pudo, alzó la piedra, donde halló la unión del amor de los dos enamorados de Antequera, y en el cuello della, una perla más gruesa que una nuez, con un collar que le valió cuatro mil es-

6 *Los enamorados de Antequera.* "Alude a una leyenda amorosa, trágicamente desenlazada. Compárase con esos amantes a aquellos otros a quienes la locura del amor lleva a la muerte." Montoto, *Personajes, personas y personillas, que corren por las tierras de ambas Castillas*, t. I, pág. 231:

"Esta famosa piedra [la *peña de los enamorados*], cuya celebridad se extiende por toda España, se levanta en medio de la vega camino de Archidona, como para dividir la de esta última de la de Antequera; su longitud es de dos estadios o quinientos pasos, y su latitud, apenas excederá de medio estadio. Aunque a la vista parece que acaba en figura piramidal, su cumbre es plana y espaciosa, y a su falda corre el fecundo Guadalhorce.

"El título de este peñasco es el recuerdo de un suceso histórico que se refiere de muchos modos. El P. Mariana, lib. 19, cap. 22, dice que hallándose cautivo en Granada un joven cristiano, se enamoró de él la hija de su señor, y no dudó en revelarle el fuego secreto que abrasaba su pecho. El joven le correspondió fino y amante, y concertaron entre los dos el fugarse de aquella ciudad, y refugiarse en alguna de las plazas castellanas de la frontera. Una noche, favorecidos de la oscuridad, pusieron en ejecución sus intentos, y se alejaron de la vega de Granada. Sin cesar de caminar llegaron los fugitivos a la Peña de los Enamorados, donde fué preciso descansar algún tiempo de las fatigas de un viaje tan penoso y dilatado. Pero mientras lo verificaban, el padre de la mora, que volaba en pos de ellos, se descubrió a corta distancia

cudos. Tornó a poner la piedra y echó por otro camino.

Algo prolijo, pero importante es el cuento, para que sepan cómo se han de leer los autores, porque ni los tiempos son unos, ni las edades están firmes. Yo querría en lo que escribo que nadie se contentase con leer la corteza, porque no hay en todo mi ESCUDERO hoja que

acompañado de algunos ginetes. Los desdichados amantes, viéndose perdidos, se abalanzaron a la cumbre de la Peña; pero su perseguidor los amenazaba con saña y fiereza, mientras subían, y les anunciaba una muerte horrorosa e inevitable si no se postraban inmediatamente a sus pies. Mostráronse rebeldes los enamorados, y el joven cristiano con piedras y palos defendía la subida del peñasco y arredraba a sus perseguidores; pero el padre, inexorable, mandó a varios flecheros de las cercanías que les enderezasen sus dardos mortíferos y los privasen de la vida en la eminencia. Los infortunados amantes en tan apurada situación se estrecharon fuertemente y se precipitaron por la Peña a vista del iracundo viejo, que permaneció insensible y quería dilatar su venganza aun más allá del sepulcro, y este trágico acontecimiento dió a nuestra célebre colina el nombre de *Peña de los Enamorados*. Sigue esta narración don Rodrigo de Carbajal en su poema, y añade que la mora se llamaba Ardama, su padre, Abenabo, y el joven cautivo, Tello de Aguilar, caballero hijodalgo de Ecija..." (Cristóbal Fernández, pbro. *Historia de Antequera*. Málaga. Impr. del Comercio, 1842, págs. 198 y sigts.) Sigue después el relato de las variantes de la leyenda según textos y la tradición.

"Sobre el sepulcro se mandó colocar una losa con estas palabras: *conditur unio, conditur unio*, aludiendo la repetición al estrecho amor de aquellos desgraciados y a una piedra preciosa de exquisito valor y de notable magnitud que pendía del cuello de la mora y con la cual fué sepultada." (Id. íd., pág. 202.)

no lleve objeto particular fuera de lo que suena. Y no solamente ahora lo hago, sino por inclinación natural en los derramamientos de la juventud lo hice en burlas y veras; edad que me pesa en el alma que haya pasado por mí, y plegue a Dios que lleguen los arrepentimientos a las culpas.

RELACIÓN PRIMERA DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON

Este largo discurso de mi vida, o breve relación de mis trabajos, que para instrucción de la juventud, y no para aprobación de mi vejez, he propuesto manifestar a los ojos del mundo, aunque el principal blanco a que va inclinado es aligerar por algún espacio, con alivio y gusto, la carga que, con justos intentos, oprime los hombros de V. S. I., lleva también encerrado algún secreto, no de poca sustancia para el propósito que siempre he tenido y tengo de mostrar en mis infortunios y adversidades cuánto importa a los escuderos pobres, o poco hacendados, saber romper por las dificultades del mundo, y oponer el pecho a los peligros del tiempo y la fortuna, para conservar, con honra y reputación, un don tan precioso como el de la vida, que nos concedió la divina Majestad para rendirle gracias y admirarnos contemplando y alabando este orden maravilloso de cielos y elementos, los cursos ciertos e inviolables de las estrellas, la generación y producción

de las cosas, para venir en verdadero conocimiento del universal fabricador de todas ellas. Y aunque me coge este intento en los postreros tercios de la vida, como a hombre que por viejo y cansado se le hizo merced de darle una plaza tan honrada como la de Santa Catalina de los Donados desta Real villa de Madrid —donde paso lo mejor que puedo—, en los intervalos que la gota me concediere, iré prosiguiendo mi discurso, guardando siempre brevedad y honestidad, que en lo primero cumpliré con mi condición y inclinación natural, y en lo segundo, con la obligación que tienen todos aquellos a quien Dios hizo merced de recebir el agua del bautismo, Religión que tanta limpieza, honestidad y pureza ha profesado, profesa y profesará desde su principio y medio hasta el último fin desta máquina elemental. Y con el ayuda de Dios, procuraré que el estilo sea tan acomodado a los gustos generales, y tan poco cansado a los particulares, que ni se deje por pesado, ni se condene por ridículo. Y así, en cuanto mis fuerzas bastaren, procederé deleitando al lector, juntamente con enseñarle, imitando en esto a la próvida naturaleza, que antes que produzca el fruto que cría para mantenimiento y conservación del individuo, muestra un verde apacible a la vista y luego una

flor que la regala el olfato; y al fruto le da color, olor y sabor, para aficionar al gusto que le coma y tome dél aquel sustento que le alienta y recrea, para la duración y perpetuidad de su especie. O haré como los grandes médicos, que no luego que llegan al enfermo le martirizan con la violencia del reobarbo, ni con otras medicinas arrebatadas, sino primero disponen el humor con la blandura y suavidad de los jarabes, para después aplicar la purga, que ha de dejar al sujeto limpio y libre de la corrupción que le aquejaba. Y si bien son muy trilladas estas comparaciones de los médicos y las medicinas, pueden traerse muy bien entre manos, por ser fáciles e inteligibles, y más yo, que por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos, puedo usar dellos, como uso del oficio, con tanta aprobación y opinión de todo el pueblo, que me ha valido tanto el buen puesto en que estoy junto con traer unas cuentas muy gruesas, unos guantes de nutria, unos antojos que parecen más de caballo que de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona; que estoy tan acreditado, que toda la gente ordinaria desta Corte y de los pueblos circunvecinos acuden a mí con criaturas enfermas de mal de ojo, con doncellas opiladas o con

7 *reobarbo*: ruibarbo.

heridas de cabeza y de otras partes del cuerpo, y con otras mil enfermedades, con deseo de cobrar salud; pero curo con tal dulzura, suavidad y ventura, que de cuantos vienen a mis manos no se me mueren más de la mitad, que es en lo que estriba mi buena opinión; porque éstos no hablan palabra, y los que sanan dicen mil alabanzas de mí, aunque quedan perdigados para la recaída, que todos vuelan sin remedio. Mas la gente que más bendiciones me echa es la que curo de la vista corporal, porque como todos o la mayor parte son pobres y necesitados, con la fuerza de cierta confección que yo sé hacer de atutia y cardenillo y otros simples, y con la gracia de mis manos, a cinco o seis veces que vienen a ellas, los dejo con oficio, con que ganan la vida muy honradamente, alabando a Dios y a sus santos con muchas oraciones devotas, que aprenden sin poderlas leer.

5 Así en el orig.; las demás ediciones: "no se mueren más de la mitad."

9 *perdigar:* "Metaphoricamente valę disponer o prepara alguna cosa para algún fin. Usase regularmente con los auxiliares *estar* o *quedar*." (Dicc. Aut.)

14 *atutia:* "Género medicinal que muchos llaman Tuthía. Parece haber varias especies de ella. La verdadera se produce del hollín que se eleva del cobre cuando se funde y purifica... Hácense de ella varias medicinas, y la que tiene más nombre en las boticas es la atuthia preparada." (Dicc. Aut.)

17 *dejar con oficio*: en disposición de trabajar.

DESCANSO PRIMERO

Estando pocos días ha, con los ojos altos y humildes al cielo, el rostro sereno y grave, las manos sobre un muy blanco lenzuelo en los oídos del enfermo, y pronunciando con mucho silencio las palabras del ensalmo, pasó cierto cortesano y dijo: "No puedo sufrir los embelecos destos embusteros." Yo callé y proseguí con mi acostumbrada compostura la medicinal oración, y en acabándola me dijo mi compañero: "¿No oístes cómo os llamó aquel gentilhombre de embustero?" "El no habló conmigo —dije yo—, y de lo que a mí no se me dice derechamente, no tengo obligación de sentirme, ni hacer caso." Y deseo persuadir desto a los que por la poca experiencia, o por la condición alterada y presta que naturalmente tienen,

---

14 *sentirse*: "Formar quexa o tener sentimiento de alguna cosa explicándola de algún modo." (Dicc. Aut.) La ed. B. 1881: "no tengo obligación de responder ni hacer caso".

se dan por sentidos de las ignorantes libertades de quien no tiene atrevimiento para decirlas descubiertamente, que ni llevan orden de agravio, ni arguyen ánimo, ni valor en quien las dice; ella es ignorancia grande introducida de gente que trae siempre la honra y la vida en las manos; que no tengo yo de persuadirme a que, pues no me hablan libremente, me ofenden, aunque tengan intención de hacerlo; que los tiros que éstos hacen son como los de una escopeta cargada de pólvora y vacía de bala, que con el ruido espantan la caza y no hacen otra cosa. Los agravios no se han de recebir si no van muy descubiertos, y aun desto se ha de quitar cuanto fuere posible; desapasionándose y haciendo reflexión en si lo son o no, como discretísimamente hizo don Gabriel Zapata, gran caballero y cortesano y de excelentísimo gusto, que enviándole un billete de desafío, a las seis de la mañana, cierto caballero con quien había tenido palabras la noche antes, y habiéndole despertado sus criados por parecerles negocio grave, en leyendo el billete dijo al que le traía: "Decilde a vuestro amo que digo yo que para cosas que me importan mucho gusto no me suelo levantar hasta las doce del día; ¿que por qué quiere que para matarme me levante tan de mañana?" Y volviéndose del

otro lado se tornó a dormir, y aunque después cumplió con su obligación, como tan gran caballero, se tuvo esta respuesta por muy discreta.

Don Fernando de Toledo, el tío —que por discretísimas travesuras que hizo le llamaron *el pícaro*—, viniendo de Flandes, donde había sido valeroso soldado y Maestre de Campo, desembarcándose de una falúa en Barcelona, muy cercado de capitanes, dijo uno de los dos pícaros que estaban en la playa, en voz que él lo pudiese oír: "Este es don Fernando el Pícaro." Dijo don Fernando volviéndose a él: "¿En qué lo echaste de ver?" Respondió el pícaro: "Hasta aquí en que lo oía decir, y ahora en que no os habéis corrido dello." Dijo don Fernando muerto de risa: "Harta honra me haces, pues me tienes por cabeza de tan honrada profesión como la tuya."

Así que aun de aquellas injurias que derechamente vienen a ofendernos habemos de procurar por los mismos filos hacer triaca del

---

5 Cuando Espinel quiso dejar la vida militar y volver a España embarcóse en Sama en las galeras de don Fernando de Toledo, quien le recibió con gran cordialidad y le agasajó hasta desembarcarle en Barcelona. En el PRÓLOGO hemos tratado de las relaciones entre ambos.

22 *Herir por los mismos filos:* "Phrase de la esgrima que vale herir al contrario siguiendo el mismo filo de su

veneno, gusto del disgusto, donaire de la pesadumbre y risa de la ofensa. Que pues procura un hombre entender por dónde camina una espada, los círculos y medios, la fortaleza y flaqueza, la ofensa y la defensa, y lo ejercita con grande perseverancia hasta hacerse muy diestro, para que no le maten o hieran, ¿por qué no se ejercitará en lo que estorba a venir a tan miserable estado, que es la paciencia? Que puesta la cólera en su punto, y vistas dos espadas desnudas, una con otra han de herir o huír, cosa que por tan infame se ha tenido siempre en todas las naciones del mundo; y si con mucho menos trabajo y ejercicio se puede hacer un hombre diestro en la paciencia, que es quien refrena los ímpetus bestiales de la cólera, la potencia de los poderosos, la bra-

espada... Metaphoricamente se toma por valerse uno de las mismas razones o acciones de otro para impugnarle o mortificarle." (Dicc. Aut.)

5 Circulaban a principios del siglo XVII algunos libros que trataban de reducir la esgrima a ciencia matemática, dando reglas sobre las líneas geométricas que debían seguir las armas. Uno de ellos es el de don Luis Pacheco de Narváez, *Libro de la grandeza de la espada, etc...* Madrid, 1600, del cual tomo el siguiente párrafo para explicar *los círculos y medios* a que alude Espinel: "aueys de passar al círculo de punto R por la circunferencia de punto D, y guardando siempre tal medio será impossible poderos herir por la proporción y distancia que siempre llevaréis caminando por el círculo mayor, y jamás vuestro contrario os podrá alcanzar por la calidad que el círculo tiene por ser figura redonda que no tiene principio ni fin."

veza de los valientes, la descortesía de los soberbios ignorantes, y ataja otros mil inconvenientes, ¿por qué no se procurará esto por no llegar a lo otro? En Italia dicen que la paciencia es manjar de poltrones; mas esto se entiende de una paciencia viciosa, que el que la profesa por comer, beber y holgar, sufre cosas indignas de imaginar entre hombres. Aquí se trata de la paciencia que acicala y afina las virtudes, y la que asegura la vida, la quietud del ánimo y la paz del cuerpo, y la que enseña a que no se tenga por injuria la que no lo es ni lleva modo de poderse estimar por tal; que en sólo el uso desta divina virtud se aprende cómo se han de rechazar los agravios paliados, cómo se han de resistir los descubiertos, qué caso se debe hacer de los que se dicen en ausencia, que es otro yerro notable que anda derramado entre la gente, que ni sabe sufrir, ni lo quiere aprender, que así se ofenden de un agravio encañado por arcaduces como de una cuchillada en el rostro, como si hubiese alguno en el mundo, por justo que sea, que tenga las ausencias sin alguna calumnia. Y porque la

15 *paliado*: Disimulado, encubierto. (Dicc. Aut.)

21 *Encañado por arcaduces*: significa aquí oculto, encubierto; lo mismo que *paliado*.

"Encañar el agua, lleuarla por los caños o arcaduzes." (Covarrubias.)

materia de suyo es algo pesada, quiero aligeralla con decir lo que me pasó sirviendo al más desazonado colérico del mundo; porque tras de muchos infortunios, que toda mi vida he sufrido, me vine a hallar desacomodado al cabo de mi vejez, de manera que porque no me prendiesen por vagamundo, hube de encomendarme a un amigo mío, cantor de la Capilla del Obispo —que éstos todo lo conocen, si no es a sí propios— y él me acomodó por escudero y ayo de un médico y su mujer, tan semejante el uno al otro en la vanidad de valentía y hermosura, que no les quedó que repartir en los vecinos, con los cuales me pasaron lances harto dignos de saberse.

9 Se refiere a la Capilla de música del Obispo de Plasencia, de la cual fué maestro Espinel (v. PRÓLOGO).

9 El orig. y las dos ed. de Barcelona, 1618: "todos lo conocen", por errata que corrige la ed. Sevilla, 1641 y siguientes.

DESCANSO SEGUNDO

Llamábase el doctor Sagredo, hombre mozo, de muy gentil disposición, algo locuaz, y aun loco, más colérico y fácil de enojarse que gozque de panadero, presuntuoso y estimador de su persona, y —para que no se echasen a perder dos casas sino una— casado con una mujer de su misma condición, moza y muy hermosa, alta de cuerpo, cogida de cintura, delgada, y no flaca, derecha de espaldas, el movimento con mucho donaire, ojos negros y grandes, pestaña larga, cabello castaño, que tiraba un poco a rubio, briosa, y no muy poco soberbia, vana y presuntuosa.

Llevóme a su casa el buen Doctor, y lo primero que encontré fué una mula muy flaca

5 *gozque*: "Los gozques son unos perritos que crían gente pobre y baxa, son cortos de piernas, largos de cuerpo y de hozico, importunos a los vezinos, molestos a los galanes, odiados de los ladrones, duermen todo el día, y con esto velan y ladran toda la noche; y menos siente un oficial que deys un bofetón a su hijo, que vna coz a su perro." (Covarrubias.)

en una caballeriza, tan ajustada con ella, que si tuviera alas no pudiera caber dentro. Subimos una escalerilla y representóseme luego la sala donde estaba la señora doña Mergelina de Aybar, que ansí se llamaba, a quien yo miré de muy buena gana, que aunque viejo incapaz de semejantes apetitos, por razón y por edad, la miré como a hermosa, que a todos ojos es la hermosura agradable. Dijo el Doctor: "Veis aquí a quien habéis de servir, que es mi mujer." Yo le dije: "Por cierto bien merece tan gentil dama a tal galán." Ella respondió como mujer hermosa ignorante, o por mejor decir, preguntó: "¿Quién os mete a vos en eso?" "Señora —dije yo—, advierta v. merced que cuando la llamé gentil no quise decir que no era cristiana, sino que tenía muy gentil talle y cuerpo." "Que bien os entendí —dijo ella—, sino que no quiero que nadie se me atreva a decirme requiebros." "Es la honra del mundo —dijo el Doctor—; servidla con gusto y cuidado, que yo os lo pagaré muy bien." Miré la casa muy de espacio, aunque se podía ver muy de presto, porque no vi en toda ella si no es un espejo muy grande en un poyo muy pequeño de una ventana, y unas redomillas que lo acompañaban, con un cofrecillo pequeñuelo; y mirando a un rincón, vi un montante con ciertas espadas de

esgrima, dagas, espadas blancas, una rodela y broquel. Díjome el Doctor: "¿Qué os parece de mi recámara? Miradla bien, que en Alcalá era temida aquella espada." "No miraba —dije yo— sino adónde estaban los libros, que soy aficionado a ellos." "Estos son —dijo— mis Galenos y mis Avicenas, que por la negra y la blanca nadie me igualó en Alcalá, y no se meneó contra mí hombre de noche que no fuese lastimado de mis manos." "Luego v. merced —dije yo— más aprendió a matar que a sanar." "Yo aprendí —respondió él— lo que los demás médicos; y por haber poco que vine de mis estudios, no me he reparado de libros, que bien parece en los profesores de las facultades tener cada uno los de la suya. Pero dejemos eso, y llevad a vuestra ama a misa, que es ya tarde."

Púsose su manto mi señora doña Mergelina, y llevéla o acompañéla hasta San Andrés, que vivían en la Morería vieja, y en el camino —como es costumbre— muchos de los que la topaban le decían alguna cosa de su buen talle y rostro; a lo cual ella respondía tan ace-

8 *la negra y la blanca*: Espada negra o de esgrima, y espada blanca.

15 El orig. y las ediciones: "bien parecen en los profesores".

damente, que todos iban desgustados de sus respuestas. Yo le decía: "Mire, señora, que ya que no responda bien, a lo menos tiene obligación de callar como mujer principal, que en el silencio no puede haber que notar." "No soy yo mujer —decía ella— a quien nadie ha de perder el respeto."

Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía: "Y él hermoso majadero." Díjole un día un mozalvillo, no de mal talle: "Así se me tornen las pulgas en la cama"; al cual muy de propósito respondió: "Debe de dormir en alguna zahurda el lechón."

Era tan descortés y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis reprehensiones. A cierto clérigo de San Andrés, pequeño de cuerpo y grande de ánimo, conocido mío, que yendo muy pulido con una sobrepelliz muy blanca, porque le dijo que no se saliese de casa a hacer el oficio de la muerte, le replicó: "También habla el escarabajo hinchado"; que con aquel sacudimiento tenía mucho donaire y gusto en cualquiera ma-

1 *acedamente:* con acritud.

11 Exclamación muy frecuente, usada también por Barahona de Soto y Cervantes, *Quij.* (R. Marín, II, pág. 448 y nota adjunta).

21 *el oficio de la muerte:* oficio de difuntos. Por la seriedad y aspereza de su porte.

teria. Yo, entre muchas veces que le reprendí su vanidad, me arrojé una a decirle todo lo que me pareció, que aunque ella estaba confiada en su buen parecer, quise ver si podía enmendalla con el mío, y le dije:

"Vuesa merced usa de su hermosura lo peor del mundo; porque pudiendo ser querida y loada de cuantos andan en él, quiere ser aborrecida de todos. Quien dice hermosura, dice apacibilidad, dulzura, suavidad de condición y trato, y mezclándola con soberbia y desapacibilidad, se viene a convertir en odio lo que había de ser amor; que un don tan excelente como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razón que tenga alguna correspondencia con el ánimo, que si no parece lo uno a lo otro, arguye mal entendimiento, o poco agradecimiento a la merced que Dios hace a quien lo da. Hermosura con mala condición es una fuente clarísima que tiene por guarda una víbora, y es sobrescrito y carta de recomendación, que en abriéndola tiene un demonio dentro. ¿Hay en el mundo quien quiera ser aborrecido? ¿Hay quien quiera ser estimado en poco? No por cierto. Pues quien tiene consigo por qué le amen y estimen, ¿por qué quiere que le aborrezcan y menosprecien? ¿Es por fuerza que la hermosura ha de estar acompañada con vanidad, des-

dorada con ignorancia y conservada con locura? ¿Por qué cuando se mira vuesa merced al espejo no procura que lo interior se parezca a lo exterior? Pues adviértole que suele el tiempo, y aun Dios, castigar de manera las vanidades, que los montes se allanan y las torres vienen al suelo. ¡Cuántas hermosuras se han visto y veen cada día en esta máquina o ejemplo del mundo rendidas a mil desdichas y calamidades, por faltarles el gobierno y cordura! Que aunque la hermosura, el tiempo que dura, es querida y estimada, en marchitándose no le queda otra prenda sino las que granjeó, y el crédito y amistades que a fuerza de buen término conquistó cuando estaba en su fuerza y vigor. Y es el mundo de tan baja condición, que a nadie acaricia por lo que tuvo, sino por lo que tiene. ¿Qué hermosura se ha visto que no se estrague con el tiempo? ¿Qué vanidad que no venga a dar en mil bajíos? ¿Qué estimación propia que no padezca mil azares? Cierto que fuera bien que, como hay para las mujeres maestros de danzar y bailar, los hubiese también de desengaño, y que como se enseña el movimiento del cuerpo, se enseñase la constancia del ánimo. Yo digo, y aun aconsejo a V. m., lo que como hombre de experiencia me parece que es razón y lleva camino.

Mire no la castigue su presunción y demasiada estimación de su persona."

Estas y otras muchas cosas le dije y decía cada día; pero ella se estuvo siempre en sus trece, y quien no admite consejo para escarmentar en cabeza ajena, serále forzoso escarmentar en la suya, por seguir las inclinaciones propias, como sucedió a la señora doña Mergelina teniendo las suyas por ley y al tiempo por verdugo dellas, desta manera:

Venía casi todas las noches a visitarme un mocito barbero, conocido mío, que tenía bonita voz y garganta; traía consigo una guitarra con que, sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas sonadillas, a que yo le llevaba un mal contrabajo, pero bien concertado —que no hay dos voces que si se entonan y cantan verdad, no parezcan bien—, de manera que con el concierto y la voz del mozo, que era razonable, juntábamos la vecindad a oír nuestra armonía. El mozuelo tañía siempre la guitarra, no tanto por mostrar que lo sabía, como por rascarse con el movimiento las muñecas de las manos, que tenía llenas de una sarna perruna.

15 *sonadillas*: Algunas ed. "tonadillas". La confusión entre las dos palabras debió de ser común, pues Covarrubias dice: "Sonada. El son o cantarcico que corruptamente llaman *tonada*, aunque se puede dezir de *tono*."

24 *sarna perruna*: "La que es mui menuda, más dañosa

Mi ama se ponía siempre a escuchar la música en el corredorcillo, y el Doctor, como venía cansado de hacer sus visitas —aunque tenía pocas—, no reparaba en la música, ni en el cuidado con que su mujer se ponía a oírla. Como el mozuelo era continuo todas las noches en venir a cantar, si alguna faltaba, mi ama lo echaba menos y preguntaba por él, con alguna demostración de gustar de su voz. Vino a parecerle tan bien el cantar, que cuando el mozuelo subía un punto de voz, ella bajaba otro de gravedad, hasta llegar a los umbrales de la puerta, para oírle más cerca las consonancias; que la música instrumental de sala, tanto más tiene de dulzura y suavidad, cuanto menos de vocería y ruido; que como el juez, que es el oído, está muy cerca, percibe mejor y más atentamente las especies que envía al alma, formadas con el aplauso de la media voz. El mozue-

y perniciosa que la común. Llamóse assi por ser semejante a la que da a los perros." (Dicc. Aut.)

10 El orig.: "vino a parecerle también". Las dos ed. B. 1618: "tan bien."

11 "Notas o puntos musicales son ocho caracteres que usan los músicos en la práctica del cantar..." (Dicc. Aut.)

18 "Especies se llaman en música las voces en la composición. Divídense en dissonantes y consonantes, y estas en perfectas e imperfectas." (Dicc. Aut.) Pero creo que aquí se refiere el autor a las llamadas especies sensibles e inteligibles en las escuelas filosóficas.

19 *aplauso*: Tono reposado, solemne, grave: "y él las recibió con grave continente y aplauso." *Quijote* (ed. R.

lo dejó de venir cinco o seis noches, por no sé qué remedio que tomaba para curarse; y las cosas que son muy ordinarias, en faltando hacen mucha falta, y así mi ama cada noche preguntaba por él. Yo le respondí, más por cortesía que por falta que él hiciese: "Señora, este mozuelo es oficial de un barbero, y como sirve, no puede siempre estar desocupado; fuera de que agora se está curando un poquillo de sarna que tiene." "¿Qué hacéis —dijo ella— de aniquilalle y disminuílle?... Mozuelo..., barbero..., sarna...; pues a fee que no falta quien con todas esas que vos le ponéis, le quiera bien." "Bien puede ser —dije yo—, que el pobrecillo es humilde y fácil para lo que le quieran mandar; y cierto que muchas veces le guardo yo de mi ración un bocadillo que cene, porque no todas veces ha cenado." "En verdad —dijo ella— que a tan buena obra os ayude yo": y de allí adelante, siempre le tenía guardado un regalillo todas las noches que venía, una de las cuales entró quejándose porque de una ventana le habían arrojado no sé qué desapacible a las narices; a las quejas suyas salió mi ama al corre-

Marín, II, pág. 483).—"con grave paso poco a poco se movía, y los demás pastores andando con el mismo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra". *Galatea*, lib. II (ed. Viada y Lluch, pág. 119).

dor, y bajó al patio estándose limpiando el mozuelo, y con grande piedad le ayudó a limpiar y sahumó con una pastilla, echando mil maldiciones a quien tal le había parado.

Fuése el mozuelo con su trabajo, sintiéndolo la señora doña Mergelina, tan llena de cólera como de piedad, y con harta más demonstración de la que yo quisiera, loando la paciencia del mozuelo, y agravando la culpa de quien le había salpicado, con tanto extremo, que me obligó a preguntarle por qué lo sentía tanto, siendo sucedido inadvertidamente y sin malicia; a que me respondió: "¿No queréis que sienta ofensa hecha a un corderillo como éste, a una paloma sin hiel, a un mocito tan humilde y apacible, que aun quejarse no sabe de una cosa tan mal hecha? Cierto que quisiera ser hombre en este punto para vengarle, y luego mujer para regalarle y acariciarle."

"Señora —le dije yo—, ¿qué novedad es ésta? ¿Qué mudanza de rigor en blandura? ¿De cuándo acá piadosa? ¿De cuándo acá sensible? ¿De cuándo acá blanda y amorosa?" "Desde que vos —respondió ella— venistes a mi casa, que trujistes este veneno envuelto en una guitarra; desde que reprendistes mis desdenes; desde que, viendo mi bronca y áspera condición, quise ver si podía quedar en un medio lícito y

honesto, y he venido de un extremo a otro: de áspera y desdeñosa, a mansa y amorosa; de desamorada y tibia, a tierna de corazón; de sacudida y soberbia, a humilde y apacible; de altiva y desvanecida, a rendida y sujeta."

"¡Oh pobre de mí —dije yo—, que agora me quedaba por llevar una carga tan pesada como ésta! ¿Qué culpa puedo yo tener en sus accidentes de V. m., o qué parte en sus inclinaciones? ¿Hay quien sea superior en voluntades ajenas? ¿Hay quien pueda ser profeta en las cosas que han de suceder a los gustos y apetitos? Pero, pues por mí comenzó la culpa, por mí se atajará el daño, porque no venga a ser mayor, con hacer que él no vuelva más a esta casa, o irme yo a otra; que si con la ocasión creció lo que yo no pude pensar, con atajarla tornarán las cosas a su principio." "No lo digo —dijo ella— por tanto, padre de mi alma, que la culpa yo la tengo, si hay culpa en los actos de voluntad. No os enojéis por mis inadvertencias, que estoy en tiempo de hacer y decir muchas, antes os admirad de las pocas que viéredes y oyéredes en mí; ni hagáis lo que habéis dicho, si queréis mi vida como queréis mi honra, porque estoy en tiempo que con poca más contradición haré algún borrón que tizne mi reputación y la deje más negra que mi ven-

tura. No estoy para que me desamparéis, ni para admitir reprehensión, sino para pedir socorro y ayuda. Bien me decíades vos que mi presunción y vanidad habían de caer de su trono. Cuanto me podéis repetir y traer a la memoria, yo lo doy por dicho y lo confieso; favorecedme y no me desamparéis en esta ocasión, y no me matéis con decir que os iréis desta casa."

Y con esto y otras cosas que dijo, lloró tan tiernamente, cubriendo el rostro con un lienzo, que por poco fuera menester quien nos consolara a entrambos. Y si fué grande la reprehensión que le di por soberbia, mayor fué el consuelo que le di por afligida; mas animándome en lo que era más razón, acudiendo a mi obligación, a su consuelo y honra de su casa, le dije con la mayor demonstración que pude: "¿Es posible que en tan extraordinaria condición ha podido caber tanta mudanza, y que por ojos tan llenos de hermosura y desdenes hayan salido tan piadosas lágrimas, y que por mejillas tan recatadas haya corrido un licor tan precioso, que siendo bastante a enternecer las entrañas de Dios, se haya derramado y echado a mal por un miserable hombre? ¿Y ya que se había de precipitar y arrojarse, y desdecir de sí propia, no hiciera elección de una

persona de muchas partes y merecimientos? Ya que se rinda quien no podía ser rendida, ¿había de ser a una sabandija tan desventurada? Que se rinda la hermosura a la fealdad, la limpieza a la inmundicia y asquerosidad, no sé qué me diga de tal elección y tan abominable gusto."

"¡Oh cuán engañados —dijo ella— están los hombres en pensar que las mujeres se enamoran por elección, ni por gentileza de cuerpo o hermosura de rostro, ni por más o menos partes, grandeza de linaje, soberbia de estado, abundancia de riqueza! (Trato de lo que verdaderamente es amor.) Pues para que se desengañen, sepan que en las mujeres el amor es una voluntad continuada, que de la vista nace y con la vista crece, y con la comunicación se cría y conserva, sin hacer elección déste ni de aquél, y la que no se guardare desto, caerá sin duda; desta continuación ha nacido mi llama, y con ella se ha criado hasta ser tan grande, que me tiene ciegos los ojos para ver otra cosa, y las orejas cerradas para admitir reprehensión, y la voluntad incapaz de recebir otro sello. Y cuanto más lo deshacéis y aniquiláis, tanto más se enciende la voluntad y el deseo. ¿Por ventura los barberos son de diferente metal que los demás hombres, para que

aniquiléis un oficio que tanta merced hace a los hombres en tornallos de viejos mozos? ¿Llamáisle sarnoso por unas rascadurillas que tienen las muñecas, que parecen hojas de clavel? ¿No echáis de ver aquella honestidad de rostro, la humildad de sus ojos, la gracia con que mueve aquella voz y garganta? No me le deshagáis, ni reprehendáis mi gusto, que no está para contradecillo ni rechazallo."

"¡Ojalá —dije yo— fuera pelota, que yo la chazara y rechazara! Pero, pues ha llegado a tan estrecho paso, haré con vuesa merced lo que con mis amigos, que es en la elección aconsejarles lo mejor que sé, y en la determinación ayudarles lo mejor que puedo."

Díjele esto por no desconsolarla, hasta que poco a poco fuese perdiendo el cariño que pudiera traerla a ofensa de Dios y de su marido, y con esto me aparté aquella noche della, espantándome de ver cuán poderosa es la comunicación y considerando cuán mal hacen los hombres que donde tienen prendas que les duela[n] consienten visitas ordinarias o comunicaciones que duren, y cuánto peor hacen los padres que dan a sus hijas maestros de dan-

4 B. Cormellas, 1618: "que tiene en las muñecas."
11 *chazar*: "Detener la pelota antes que llegue al saque o raya señalada para ganar." (Dicc. Acad.)

zar, tañer, cantar o bailar, si han de faltar un punto de su presencia, y aún es menos daño que no lo sepan: que si han de ser casadas, bástales dar gusto a sus maridos, y criar sus hijos y gobernar su casa; y si han de ser monjas, apréndanlo en el monasterio, que la razón de estar algunas disgustadas quizá es por haber ya tenido fuera comunicaciones de devociones, que por honestas que sean, son de hombres y mujeres sujetos al común orden de naturaleza.

DESCANSO TERCERO

El día siguiente vino el mozuelo más temprano de lo que solía, puesto un cuello al uso, como hombre que se veía favorecido de tan gallarda mujer. Sucedió que dentro de tres o cuatro días vinieron a llamar al doctor Sagredo, su marido y mi amo, para ir a curar a un caballero extranjero que estaba enfermo en Caramanchel, ofreciéndole mucho interese por la cura, de que él recibió mucho contento por el provecho, y ella mucho más por el gusto. Cogió su mula y lacayo, y un braco que siempre le acompañaba, y a las cuatro de la tarde dió con su persona en Caramanchel.

Ella, visto la buena ocasión, hízome aderezar de cenar lo mejor que fué posible, regalándome con palabras y prometiéndome obras, no entendiendo que yo le estorbaría la ejecución de su mal intento. Vino el mozuelo al ano-

---

12 *braco*: perro perdiguero. (Dicc. Acad.)

checer, y comenzando a cantar como solía, ella le dijo que no era lícito, ni parecía bien a la vecindad, estando su marido ausente cantar a la puerta, y así mandó que entrase más dentro. Mandó sentar al mozuelo a la mesa, deseando que la cena fuese breve por que la noche fuese larga. Pero apenas se comenzó la cena cuando entró el braco haciendo mil fiestas a su ama con las narices y la cola. "El Doctor viene —dijo ella—, desdichada de mí. ¿Qué haremos?, que no puede llegar lejos, pues ha llegado el perro." Yo cogí al mozuelo y púsele en un rincón de la sala, cubriéndolo con una tabla, que había de ser estante para los libros, de suerte que no se podía parecer, cuando entró el Doctor por la puerta diciendo: "¿Hay bellaquería semejante que envíen a llamar a un hombre como yo, y por otra parte llamen a otro médico? Vive Dios, si en años atrás me cogieran, que no se habían de burlar conmigo." "¿Pues deso tenéis pena —dijo ella—, marido mío? ¿No vale más dormir en vuestra cama y en vuestra quietud, que desvelaros en velar un enfermo? ¿Qué hijos tenéis que os pidan pan? Vengáis muy en hora buena, que aunque pensé tener diferente noche, con todo eso me

15 *parecerse:* "Dexarse ver u ofrecerse a la vista." (Dicc. Aut.)

dió el espíritu que había de suceder esto, y así os tuve por sí o por no, aderezada la cena." "¿Hay tal mujer en el mundo? —dijo el Doctor—; ya me habéis quitado todo el enojo que traía. Váyanse con el diablo ellos y sus dineros, que más precio veros contenta que cuanto interés hay en la tierra."

"¡Cuántos engaños —dije yo entre mí— hay destos en el mundo, y cuántas, a fuerza de artificio y bondad fingida, se hacen cabezas de sus casas, que merecen tenerlas quitadas de los hombros!"

Apeóse de la rucia el Doctor, y el lacayo púsola en razón, y fuése a su posada con su mujer, que le daban ración y quitación. Sentóse el Doctor a cenar muy sin enojo, loando mucho el cuidado de su mujer. El diablo del braco, que por la fuerza que estos animalejos tienen en el olfato, no hacía sino oler la tabla que encubría al mozuelo, rascando y gruñendo, de

14 *púsola en razón:* la acondicionó.

15 *ración y quitación:* "*Ración*... la parte o porción que se da a los criados para su alimento diario. *Quitación*: renta, sueldo u salario. *Estebanillo González:* "Dábame diez quartos de ración y quitación, los quales gastaba en almorzar cada mañana." *Nueva Recop. de las leyes del Reino*, lib. 6, tít. 16, l. 12: "Por la primera vez pierda cualquier merced y ración y quitación que de Nos tuviere." ANT. GUEVARA, *Aviso de privados*, cap. 8: "Si no les pudieren hacer mercedes, a lo menos páguenles mui bien las quitaciones." (Dicc. Aut.)

manera que el Doctor lo echó de ver y preguntó qué había detrás de la tabla. Yo de presto respondí: "Creo que está allí un cuarto de carne". Tornó el braco a rascar y gruñir, y aun ladrar algo más alto; mi amo lo miró con más cuidado que hasta allí; yo eché de ver el daño que había de suceder si no se remediaba, y conociendo la condición del Doctor, dí en una advertencia buena, que fué decir que iba por unas aceitunas sevillanas, de que eran muy amigos, y estúveme al pie de la escalerilla esperando su determinación.

El braco no dejaba de rascar y ladrar, tanto que mi amo dijo que quería ver por qué perseveraba tanto el perro en ladrar. Entonces yo púseme en la puerta y comencé á dar voces diciendo: "¡Señor, que me quitan la capa; señor doctor Sagredo, que me capean ladrones!" El, con su acostumbrada cólera y natural presteza, se levantó corriendo y de camino arrebató una espada poniéndose de dos saltos en la puerta y preguntando por los ladrones; yo le respondí que como oyeron nombrar al doctor Sagredo echaron a huír por la calle arriba como un rayo. El fué luego en seguimiento suyo y ella echó al

18 *capear*: Comp.: "Daba voces: ¡A los capeadores!; a ellas vino la justicia." *Buscón* (ed. E. Castro, pág. 230). "También en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean." *Lazarillo* (ed. Clás. Cast., pág. 177).

mozuelo de casa sin capa y sin sombrero, poniendo el cuarto de carne detrás de la tabla, como yo le había dado la advertencia. Hasta aquí bien había caminado el negocio; mas el mozuelo iba tan turbado, lleno de miedo y temblor, que no pudo llegar a la puerta de la calle tan presto que no topase mi amo con él a la vuelta. Aquí fué menester valernos de la presteza en remediar este segundo daño, que tenía más evidencia que el primero, y así, antes que él preguntase cosa, le dije: "También han capeado y querido matar a este pobre mocito, y por eso se coló aquí dentro huyendo, que de temor no osa ir a su casa; mire vuesa merced qué lástima tan grande." Y como es muy de coléricos la piedad, túvola mi amo del mozuelo, y dijo: "No tengáis miedo, que en casa del doctor Sagredo estáis, donde nadie os osará ofender." "¿Ofender? —dije yo—; en oyendo nombrar al doctor Sagredo les nacieron alas en los pies." "Yo os aseguro —dijo el Doctor—, si los alcanzara, que os había de vengar a vos y a mi escudero de manera que para siempre no capearan más."

Mi ama, que estaba hasta allí turbada y temblando en el corredor, como vió tan presto re-

16 El orig.: "cólóricos", por errata.

parado el daño y vuelta en piedad la que había de ser sangrienta cólera, ayudó a la compasión del marido de muy buena gana, diciendo: "¿Hay lástima como esta? No dejéis ir a ese pobre mozo; bástanle los tragos en que se ha visto; no le maten esos ladrones." "No le dejaré —dijo el Doctor —hasta que yo le acompañe. ¿Y cómo sucedió esto, gentilhombre?" "Iba, señor —respondió el mozo—, a hacer una sangría, por Juan de Vergara, mi amo, a cierta señora, del tobillo y con harto gusto; pero como no duerme este ángel de los pies aguileños, sucedió lo que vuesa merced ha visto." "Que no faltará ocasión para hacella —dijo la señora—; sosiéguese agora, hermano, que en casa del doctor Sagredo está." "Subidos acá —dijo el Doctor—, que en cenando yo os llevaré a vuestra casa."

El braco, aunque salió a los ladrones imaginados, no por el ruido dejó de tornar al tema de su tabla, y si antes había rascádola por el mozuelo, entonces lo hacía por la tentación de sus narices contra la carne. Mi amo, como vió perseverar al braco, fué a la tabla y halló el cuarto de carne detrás de la tabla, con que se sosegó loando mucho el aliento de su perro. Ella, aun-

5 *trago*: "Metaphoricamente vale adversidad, infortunio, u desgracia que con dificultad y sentimiento se sufre." (Dicc. Aut.)

que se había librado destos trances, todavía durando en su intento, me dió a entender que no dejase ir al mozuelo, que era lo que yo más aborrecía.

Cenaron, y el que primero había sido cabecera de mesa, después comió en la mano como gavilán, y no como galán en la mesa, que la fuerza puede más que el gusto. En cenando quiso el Doctor llevarle a su casa, y aunque yo le ayudé, mi ama dijo que no quería que fuese a ponerse en riesgo de topar con los capeadores, especialmente habiendo de pasar por el pasadizo de San Andrés, donde suele haber tantos capeadores retraídos. "Y aunque esto —dijo— para vuestro ánimo es poco, será para mí de mucho daño, porque estoy en sospecha de preñada y podría sucederme algún accidente o susto que pusiese mi vida en cuidado; que ese mocito podrá dormir con el escudero, que es conocido suyo, y por la mañana irse a su casa." "Alto —dijo el Doctor—; pues vos gustáis deso, sea en hora buena; yo me quiero acostar, que estoy un poco cansado."

Fuéronse a la cama juntos, que siempre lle-

---

6 *comer en la mano*: con la comida en la mano, sin mesa ni plato. La expresión "comer en la mano", tratándose de aves, indica mansedumbre. Juega aquí con las dos significaciones del modismo.

vaba la mujer por delante; aunque como ella vivía con diferentes pensamientos, no dió lugar al sueño hasta que dió en una traza endiablada, que le costó pesadumbre y le pudiera costar la vida. La sala era tan pequeña, que desde mi cama a la suya no había cuatro pasos, y cualquiera movimiento que se hacía en la una, se sentía en la otra; y así no le pareció bien lo que por aquí podía intentar. La mula era de manera inquieta, que en viéndose suelta alborotaba toda la vecindad antes que pudiesen cogella. Parecióle a la señora doña Mergelina que desatándola podría volver a la cama antes que su marido despertase para ir a ponerla en razón, y en el espacio que se había de gastar en cogella y traballa, le tendría ella para destrabar su persona. Y como las mujeres son fáciles en sus determinaciones, en sintiendo al marido dormido levantose paso entre paso de la cama, y yendo a la caballeriza desató la mula entendiendo que pudiera volver a la cama antes que la mula hiciese ruido y el marido despertase, con que tendría lugar para ejecutar su intento. Pero parece que la mula y él se concertaron, la mula en salir presto de la caballeriza haciendo ruido con los pies, y él sentillo tan presto, que se levantó en un instante de la cama, dando al diablo la mula y a quien se la había vendido, y si no se en-

trara la mujer en la caballeriza topara con ella el marido. El cogió una muy gentil vara de membrillo y pególe a la mula, que huyendo a su estrecha caballeriza apenas cupiera por la huéspeda que halló dentro. Ella no tuvo donde encubrirse, por la estrecheza, sino en la misma mula, de suerte que alcanzó, como la vara era cimbreña, gran parte de los muchos varazos que le dió con los tercios postreros en aquellas blancas y regaladas carnes.

Yo estaba en la escalera, como si aguardara al verdugo que me echara della, turbado y sin consejo, porque veía lo que pasaba sin poder remediallo. El barco, sintiendo el ruido y oliendo carne nueva en mi cama, comenzó a darle buenos mordiscos al mozuelo y a ladralle, de suerte que la mujer en manos del marido, y el mozuelo en los dientes del braco, pagaron lo que aún no habían cometido. Yo, viendo la ejecución de su cólera, sin saber lo que hacía, le dije: "Mire vuesa merced lo que hace, que cuantos palos da en la mula los da en el rostro de mi señora, que la quiere de manera, por andar vuesa merced en ella, que no consiente que la toque el sol." "Agradeced, señora mula, lo que me ha dicho de vuestra ama, que hasta la mañana os estuviera pegando. ¿Hay con qué trabar esta mula?" Yo le respondí: "En ese

corralillo hallará vuesa merced una soguilla, que yo estoy con un dolorcillo de ijada que no me atrevo a salir." Así como fué por ella púseme a la puerta haciendo pala a la señora, y subióse a su cama callando, aunque lastimada.

Yo, como siempre procuré que no llegase la ofensa a ejecución, aunque no iba con mucho gusto para ello, en saliendo el doctor le tomé la soguilla y enviélo a la cama. Trabé la mula, y subíme a reposar a la mía, donde hallé al mozuelo quejándose del braco, y a ella en la suya tiernamente; y preguntándole el marido la causa, respondió muy enojada: "Vuestras cóleras y arrebatamientos; que como tan de repente os alborotastes, y yo estaba en lo mejor del sueño, sobresaltada y despavorida caí detras de la cama y di con el rostro en mil baratijas que están aquí, con que me he lastimado muy bien." Sosególa el marido lo mejor que pudo, y pudo muy bien, porque las mujeres honradas cuando tropiezan y no caen en el yerro, caen en la cuenta, que habiendo de ser muy estrecha, es de perdones; y como vió

4 *hacer pala*: "Ponerse un ladrón delante de alguno a quien quieren robar, para ocuparle la vista." Juan Hidalgo, *Vocabulario de germanía.*

23 *Cuenta de perdón:* "Es una cuenta a modo de las del rosario, a quien se dice que el Papa tiene concedida alguna indulgencia en favor de las ánimas del Purgato-

que a tres va la vencida, y ella lo quedó saliendo mal dellas, no quiso probar la cuarta. Al mozuelo, con los peligros y los dientes del braco, se le quitó el poco amor y desvanecimiento como con la mano.

rio." (Dicc. Aut.) "... y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado". *Buscón*, ed. A. Castro, pág. 39.

5 *como con la mano*: "Phrase adverbial, que vale con gran facilidad o ligereza". (Dicc. Aut.)

DESCANSO CUARTO

Como toda la noche hasta allí había sido tan inquieta y llena de disgustos, pesadumbres y alteraciones, efectos propios de semejantes devaneos, fundados en deshonor, ofensa y pecado, lo que hasta la mañana quedaba se durmió tan profundamente, que siendo yo de poquísimo sueño, no desperté hasta que por la mañana dieron golpes a la puerta llamando al Doctor para cierta visita muy necesaria. Alcé el rostro y vi que el sol visitaba ya mi aposento, que en mi vida le miré de más mala gana, y llamé al lastimado mozuelo, que más parecía embelesado que dormido; y hallándolo con determinación de no tornar a las burlas pasadas, le dije: "Pues el mayor peligro queda por pasar, si no vivís con cuidado y recato, que aunque es verdad que vos actualmente no habéis hecho ofensa en esta casa, y los deseos, ya que manchan la conciencia no estragan la honra, con todo eso, para la reputación della

y seguridad vuestra importa guardar el secreto, que como muchacho de poca experiencia podíades revelar, pareciéndoos que son lances muy dignos de saberse y que diciéndolos por cifras no se entenderían, que es un engaño en que caen todos los habladores; pues adviértoos que no os va menos que la vida en saber callar, o la muerte en querer hablar. Ningún delicto se ha cometido por callar, y por hablar se cometen cada día muchos. El hablar es de todos los hombres, y el callar de solos los discretos; yo creo que cuantas muertes se hacen sin saber los autores nacen de ofensas de la lengua. Guardar el secreto es virtud, y al que no le guarda por virtuoso le hacen que le guarde por peligroso. El callar a tiempo es muy alabado, porque lo contrario es muy aborrecido; hablar lo que se ha de callar nos precipita en el peligro y en la muerte, y lo contrario asegura el daño y preserva la vida y quietud. Nadie se ha visto reventar por guardar el secreto, ni ahogado por tragar lo que va a decir; las abejas pican a su gusto, pero dejan el aguijón y la vida, y a los que dicen el secreto que les importa callar, les sucede lo mismo. Y en resolución, el callar es excelentísima virtud, y tan

5 *decir por cifras*: misteriosa o encubiertamente.
20 *asegura el daño*: asegura a uno contra el daño.

estimada entre los hombres, que de la suerte que se admiran de ver hablar bien a un papagayo que no lo sabía, se admiran de ver callar bien a un hombre que sabe hablar. Y para no cansaros más, si no calláredes porque es razón, callaréis por el peligro en que os ponéis tratando de la honra de un hombre tan valiente como el Doctor."

Con estas y otras muchas cosas que le dije lo envié a su casa con más temor que amor, o más temeroso que enamorado. El Doctor se vistió tan de priesa, que no tuvo lugar de mirar el señalado rostro de su mujer, que lo primero que hizo antes de vestirse, y sin aguardar a poner los pies en las mulillas, fué a mirarse al espejo, y viéndose el sobreescrito con algunos borrones, lo sintió de manera, que en muchos días no se quitó del rostro un rebozo, que como era tan apacible y suave, parecía más que le traía por gala que por necesidad. En estando

15 *mulillas*: "Especie de calzado llamado assi de los múleos o muléolos, que entre los antiguos romanos eran calzados de color roxo en forma de una S, puntiagudos y vuelta la punta hacia el empeine, y por el talón subían hasta la mitad de la pierna como las medias botas... Usaronlo después las mugeres, y últimamente los usan los Papas y sus Legados..." (Dicc. Aut.)

"...y últimamente ha venido a ser calçado de mugeres, como agora (1611) son las mulillas de color". (Covarrubias.)

16 Así orig. y S., 1641. Las dos B., 1618: "sobre escrito."

para poderla hablar, me llegué adonde estaba aderezándose el temeroso rostro, y lastimándome de los muchos cardenales que le alcancé a ver —que en personas muy blancas de cualquier accidente se hacen—, le dije con la mayor blandura que pude y supe: "¿Qué le parece de su buena ventura?; que tal lo ha sido, pues en cuantas veces la ha probado la ha guardado de que los pensamientos no viniesen a la ejecución de las obras, para que su honra, ya que ha estado para despeñarse, quedase salva en un aprieto tan grande, que arrojándose con tan determinada voluntad le ha puesto tantos impedimentos para la caída y tantas ayudas para el arrepentimiento. Si cayera en un río muy hondo y saliera sin mojarse la ropa, ¿no lo tuviera a milagro y cosa nunca vista? Si se arrojara entre mil espadas desnudas sin salir herida, ¿no le pareciera obra de la mano de Dios? Pues crea y tenga por cierto que ha sido tanta evidencia de la misericordia divina usada con vuesa merced y con su marido, pues de su misma voluntad la ha librado, que la más poderosa fuerza que hay contra nosotros es la voluntad propia; ella nos rinde, y hace al entendimiento tan esclavo, que no le deja libertad para conocer la razón, o a lo menos para volver por ella. Pues la voluntad depravada

rindió un pecho tan libre, ella misma, con el arrepentimiento y la razón, le han de volver a su libertad. El arrepentirse y volver sobre sí es de ánimos valerosos; el escarmiento nos hace recatados, como la determinación arrojadizos. Cuando la voluntad nos arroja con atrevimiento, el mal suceso lo remedia con temor; mejor es arrepentirse temprano que llorar tarde. Un mal principio atajado mejora el medio y asegura el fin; más vale considerando este mal suceso, detenerse, que perseverando esperar que se mejore. ¡Dichoso aquel a quien le viene el escarmiento antes que el daño! Los malos intentos al principio errados, engendran recato para los venideros. Quien no yerra no tiene de qué enmendarse, mas quien yerra tiene en qué mejorarse; que Dios juzgó por mejor que hubiese males, porque les siguiesen los arrepentimientos, que tener el mundo sin ellos; que más grandeza suya es sacar de los males bienes, que conservar el mundo sin males. ¡Ojalá cuantos males se cometen tuviesen tan ruines principios como éste, que los males serían menores por el escarmiento! Vuesa merced vuelva en sí, estimando su hermosura igualmente con su honra; que este daño tengo yo atajado, y le atajaré más."

A todas estas cosas que yo le decía estuvo

distilando unas lágrimas tan honestas y vergonzosas por las rosadas mejillas, que enternecieran al más tirano ejecutor del mundo. Mas alzando el temeroso rostro, después de haberse enjugado con un lienzo la humidad que lo había bañado, con voz un poco baja me dijo lo siguiente: "Quisiera que fuera posible sacarme el corazón y ponerle en vuestras manos, para que se viera el efecto que ha hecho en él vuestra justa reprehensión, y fuera para mí algún descuento de mis desdichas si me creyérades como os he creído, no sólo para admitir el consejo, sino para obedecerlo y ponerlo en ejecución: que quien oye de buena gana enmendarse quiere. No digo que totalmente estoy fuera del caso, que como estos accidentes tienen su asiento en el alma, no pueden desampararla tan presto; pero como el amor y el desamor nunca paran en el medio —porque en el modo de engendrarse van por una misma senda—, así yo voy pasando de un extremo a otro, porque después que me vi acardenalado y lastimado el rostro por quien tanta honra y cortesía me hace todo el mundo, se me ha revestido un odio mortal contra quien ha sido la causa dello. Fuera de lo que esta noche, en lo

20 Así en las tres primeras ed.; S., 1641, y M., 1744: "en el modo de engañarse."

poco que mis ojos descansaron, soñé que estando cogiendo una hermosa y olorosa manzana del mismo árbol, al tiempo que con los dedos la apreté salió della mucho humo y una culebra tan grande, que me dió dos vueltas al cuerpo por la parte del corazón, y me apretaba tanto que pensé morir; y como ninguno de los circunstantes se atreviese a quitármela, un hombre anciano llegó y la mató con sólo su saliva echada en la cabeza de la culebra, y que al punto cayó muerta dejándome libre y despierta del sueño. Y haciendo reflexión sobre él, a pocas vueltas le di alcance, de modo que con los malos principios y la buena consideración vine a cobrar mi honra y vida, y a tener mi corazón en el extremo de odio que tenía de amor, por vuestros buenos y saludables consejos. Por donde si hasta aquí habéis sido mi escudero, de aquí adelante seáis mi padre y consejero; y si alguna cosa habéis visto en mí que sea en vuestros ojos agradable, por ella os pido y ruego que no me dejéis ni desamparéis en esta ocasión, ni en todo el restante que os queda de vida, que el amor que yo tengo a vuestra persona es tan grande como el cuidado que vos habéis tenido con mi honra. El desengaño me ha cogido antes que el gusto me asalariase; aunque la voluntad se dobló, la honra que-

dó en pie. Si el consentimiento fuera obra, yo confesara mi flaqueza por infamia: quien tiene aliento para asirse tropezando, también lo tendrá para levantarse cayendo; quien se arrepiente, cerca está de la enmienda. Ni me desanimo por tierna, ni me acobardo por derribada. Si está en mí quien pudo derribarme, ¿por qué no lo estará para levantarme? Sin consejo me rendí, pero con él tengo de librarme. Si me dejé llevar sin persuasión ajena, ¿por qué no volveré en mí por la vuestra? Para caer fuí sola, y para levantarme somos vos y yo. Más agradece el enfermo la medicina que le cura, que no el consejo que le preserva; no admití primero vuestro saludable consejo, y agora me rindo al cautiverio de vuestra medicina. Al enfermo que no se ayuda no le aprovechan los remedios; mas al que se esfuerza y vuelve en sí, todo le alivia y alienta. La caridad ha de comenzar de sí propia: si yo no me quiero a mí bien, ¿qué importa que me quiera quien no está en mí?; si yo aborrezco la salud, en vano trabaja quien me la procura; mas si yo deseo convalecer, la mitad del camino tengo andado. Quien obedece al consejo, acertar desea, y quien no replica a la reprehensión, no está lejos de convertirse. Cuando la culebra despide el pellejo, renovarse quiere. No hay más cierta señal pa-

ra venir el fructo que caerse la flor, ni mayores muestras de arrepentimiento que aborrecer el daño y conocer el desengaño. Yo lo conozco, padre de mi alma, y estoy con deseo de levantarme, y determinación de no tornar a caer. Ayudadme con vuestro consejo y consuelo para que vuelva en mí, cobre lo perdido, remedie lo pasado, me anime en lo presente y arme para lo venidero."

Más iba a decir la hermosa escarmentada, sino que por llamar el marido a la puerta fué necesario dejar la más que apacible disculpa o enmienda. Entró el Doctor, y ella se fingió de la enojada, cubriéndose el lastimado, aunque bello rostro, haciendo algunos melindres fingidos para que la desenojase, que amándola tan tiernamente, fácil era el hacerlo. Vióle el rostro, y sintiólo mucho más que ella, y después de haberse blandamente disculpado, le dijo: "Amiga, sacaos un poco de sangre."

"¿Para qué —dije yo— se ha de sangrar?" Respondió el Doctor: "Por la caída." "Pues ¿cayó —pregunté yo— de la torre de San Salvador para que se saque la sangre?" "Sabéis poco —dijo el Doctor—; que de aquella contusión del lapso, habiéndole removido las par-

26 *lapso*: caída.

tes hipocondríacas y renes, podría sobrevenir un *profluvium sanguinis* irreparable, y del livor del rostro quedar una cicatriz perpetua."

"Y luego —dije yo— vendrá el arturo meridional a la circunferencia metafísica del vegetativo corporal, y evacuarse la sangre del hepate." "¿Qué decís —dijo el Doctor—, que no os entiendo?" "¿No me entiende? —dije yo—. Pues menos entiende su mujer a vuesa merced; ¡que para decir que del golpe de la caída puede venir algún flujo de sangre y quedar señal en el rostro, se han de decir tantas pedanterías!: contusión, lapso, hipocondrios, profluvio, cicatriz, livor. Póngase un poco de bálsamo o ungüento blanco o zumo de hojas de rábano, y ríase de lo demás."

"Y aún creo que es lo mejor —dijo ella riendo—; mas es lo peor que se me ha quitado la gana del comer." "Poneos —dijo el Doctor— unos absintios en la boca del ventrículo y echaos un clistel; que con esto y una fricación en las partes inferiores, junto con la exoneración del ventrículo, cesará todo eso." "¿Otra vez? —dije

---

1 *Partes hipocondríacas:* vísceras de la parte superior del abdomen.

1 *renes*: riñones.

2 *Profluvium sanguinis:* hemorragia.

20 *absintios*: ajenjos.

yo—. ¡Que no se podría acabar con los médicos mozos que hablen en su lenguaje que los entiendan!" "Pues qué, ¿queréis vos —dijo el Doctor— que hablen los hombres doctos como los ignorantes?" "Cuanto a la substancia —dije yo—, no, por cierto; pero cuanto al lenguaje, ¿por qué no hablarán como los entiendan?"

"Al conde de Lemos, don Pedro de Castro, el de las grandes fuerzas, yendo a visitar su Estado a Galicia, como era tan grande y grueso y muy bebedor de agua, del cansancio del camino le dió una enfermedad que los médicos llaman hemorrois; y como no iba preparado de médico, díjole Diego de Osma: "Aquí hay "uno que desea tomar el pulso a V. S. días ha." "Pues llamadle, dijo el Conde." Llamáronle, y el buen hombre que supo la enfermedad, fué muy reparado de retórica medicinal, pareciéndole que por allí entraría en la voluntad del Conde. Y vistiéndose una ropa muy raída y entre azul y negra, y una sortijaza que parecía remate de asador, entró por la sala donde estaba el Conde, diciendo: "Beso las manos a Su "Señoría"; y el Conde: "Vengáis en hora buena, "Doctor." Prosiguió el médico: "Dícenme que

1 *que no:* acaso no.

8 Don Pedro de Castro, Conde de Lemos, a cuyo servicio estuvo Espinel; v. Descansos XXIII y XXIV.

13 El orig.: "hermorroys."

"Su Señoría está malo del orificio." El Conde, que tenía extremado gusto de bueno, conocióle luego y preguntóle: "Doctor, ¿qué quiere decir "orificio: platero de oro o qué?" "Señor, dijo el Doctor, orificio es aquella parte por donde "se inundan, exoneran y expelen las inmundicias "interiores que restan de la decocción del man- "tenimiento." "Declaraos más, Doctor, que no "os entiendo", dijo el Conde." Y el médico: "Señor, orificio se dice de *os, oris,* y *facio, fa- "cis,* quasi *os faciens;* porque como tenemos una "boca general por donde entra el mantenimiento, "tenemos otra por donde sale el residuo." El Conde, aunque enfermo, pereciendo de risa, le dijo: "Pues ése, deste modo se llama en cas- "tellano —nombrándolo por su nombre—: an- "dad, que no sois buen médico, pues lo echáis "todo en retórica vana." De manera que por donde pensó acreditarse con el Conde, se echó a perder. El se fué corrido, y el Conde quedó de manera riendo, que hacía temblar la cama y aun la sala; y yo creo cierto que es alivio pa- ra los enfermos que el médico hable en len- guaje que le entiendan, para no poner en cui- dado al pobre paciente. Tienen, fuera desto, obligación de ser dulces y afables, de semblan-

4 *platero de oro:* juega con las palabras *orifice* y *orificio.*

te alegre y de palabras amorosas; es bien que les digan algunos donaires y cuentecillos breves con que los alegren; sean corteses, limpios y olorosos, acaricien tanto al enfermo, que parezca que sola aquella visita es la que les da cuidado; miren si tienen bien hecha la cama con aseo y limpieza, y hagan lo que el doctor Luis del Valle, que a todos, juntamente con hacerles sacramentar, los alienta con darles buenas esperanzas de salud; que hay algunos tan ignorantes en la buena policía y trato, que sin estar una persona enferma, por encarecer su trabajo y subir su ganancia, dicen al enfermo que está peligroso, para que lo esté de veras; y es bien que, pues se tienen por ministros de naturaleza, lo sean en todo. No digo mil descuidos que hay en el conocimiento de las enfermedades y en la aplicación de las medicinas."

"Es muy de médicos viejos —dijo mi amo— andar tan despacio como vos queréis, y mirar en esas niñerías. Ya los neotéricos vamos por otro camino; que para lo que es curar, tenemos el método de purgar y sangrar, con algu-

22 "*Neotéricos*, en las escuelas por los autores modernos que han escrito en nuestros tiempos, de νέος, *novus*, *inde* νεώτερος, y de allí en vulgar neotéricos, *recentiores*." (Covarrubias.)

nos remedios empíricos de que nos valemos." "Y aun por eso —dije yo— huyo de curarme con médicos mozos, porque un amigo mío que lo era en edad y en experiencia, muy gentil estudiante, habiéndose acreditado conmigo con ciertos aforismos de Hipócrates que sabía de memoria, traídos en buena ocasión y pronunciados a lo melindroso, me entregué en sus manos la primera vez que me dió la gota, de las cuales salí con veintidós sudores y unciones, y me las estuviera dando hasta agora, si yo propio no me hallara el pulso con intercadencias; y con decir que habíamos errado la cura —como si yo también la hubiera errado—, me dejó y se apartó de mí confuso y corrido; mas yo, con la recia complexión que tengo y con gobernarme bien, en convaleciendo me encontré con él en la plazuela del Angel cara a cara,

1 Del mismo modo que la Literatura del siglo XVII se vió invadida por el culteranismo y el conceptismo, la Medicina fué muy pobre en producción verdaderamente científica, y casi toda la bibliografía médica se reduce a disquisiciones y logomaquias estériles. Unicamente en las escuelas de Sevilla se mantuvo el espíritu de observación del siglo pasado. V. Fernandez Morejón, *Historia bibliográfica de la Medicina española*. Madrid, 1846, t. IV.

12 *intercadencias*: "Entre los médicos vale desigualdad en el movimiento del pulso, o interrupción de él; que sucede quando entre dos pulsadas naturales hai otra preternatural con que se interrumpe la igualdad del movimiento. Tiénenla los médicos por señal mortal." (Dicc. Aut.)

la suya de color de pimiento y la mía de gualda, y me hube con él de manera, que salió de mi lengua peor que yo de sus manos. Los grandes médicos que yo he conocido y conozco, en llegando al enfermo procuran con gran cuidado saber el origen, causa y estado de la enfermedad, y el humor predominante del paciente, para no curar al colérico como al flemático y al sanguíneo como al melancólico; y aun si es posible —aunque no hay sciencia de particulares—, saber la calidad oculta del enfermo, y desta manera se acierta la cura y se acreditan los médicos."

"No he visto en mi vida —dijo el Doctor— escudero tan licenciado." "Pues más tengo de licencioso —dije yo—, porque en viendo una verdad desamparada me arrojo en su ayuda con la vida y el alma."

"¿Qué sabéis vos de intercadencias —dijo el Doctor— y qué señales tenéis de gota, pues os habéis escapado de lo uno y no padecéis de lo otro?" "Las intercadencias —respondí yo— otras veces las he tenido, que me he visto con

7 *humor*: "En los cuerpos vivientes son aquellos liquores de que se nutren y mantienen, y pertenecen a su constitución physica; como en el hombre la sangre, la cólera, flema y melancolía... Se dice también del efecto que ocasiona algún humor predominante, y assi se dice que un hombre es de humor melanchólico, colérico, etc..." (Dicc. Aut.)

enfermedades apretadas, pero no me he desanimado, antes a un médico mozo y muy galán que me curó en Málaga, le animé porque se turbó hallándomelas en el pulso, que en esto yo fuí médico y él el paciente; y aunque me digan que es calidad propia de mi pulso, ellas tienen todas las partes de intercadencias. Y habiéndome escapado de esta ardentísima fiebre, de que me curé con un cántaro de agua fría que me eché a pechos, me quedaron unas grandísimas ventosidades, para lo cual me dió un remedio tudesco, que si yo le guardara hicieran tanta burla de mí los muchachos como yo hice dél; porque a un hombre colérico y nacido en región cálida le mandó que en toda su vida no bebiese gota de agua, y de la gota me preservó con un consejo de Cicerón, que dice que la verdadera salud consiste en usar de los mantenimientos que nos aprovechan y huír de los que nos dañan. No uso de mantenimientos húmidos, no bebo entre comida y comida, no ceno, bebo agua y no vino, hago todas las mañanas una fricación antes de levantarme de la cama con grande vehemencia desde la cabeza, discurriendo por todos los miembros, hasta los pies, y cuando me siento cargado hago un vómito; con esto, y la templanza en otras cosas, me preservo de la gota."

Perdónome V. Señoría Ilustrísima si la canso con estas niñerías que me pasaron con este médico, que las digo porque quizá encontrará con ellas alguno a quien aprovechen.

Díjome el Doctor entonces: "Por vuestra vida que me digáis si habéis estudiado y adónde, que procedéis con tan buena gracia en todo que me habéis aficionado de manera, que si fuera un gran príncipe no os apartara de mi lado un punto." "Lo mismo —dijo ella— os ruego yo, padre de mi vida, y así os la dé Dios muy larga, que nos deis cuenta de vuestra vida; que vos procedéis de modo que será grandísimo entretenimiento: al Doctor, por el entendimiento, y a mí, por la voluntad."

"Contar desdichas —dije yo— no es bueno para muchas veces; acordarse de infelicidades el que está caído, puede traerlo a desesperación. Una diferencia hay entre la prosperidad y la adversidad: que la memoria de las desdichas en la adversidad entristece más, pero en la prosperidad aumenta el gusto. No se le ha de pedir al que todavía está en miserias que cuente las que ha pasado, porque es renovarle la llaga que ya se iba cerrando con traerle a

1 El Arzobispo de Toledo, a quien va dirigida la obra. De vez en cuando alude a él en el relato (comp. Descanso I, pág. 41).

la memoria lo que desea olvidar. El que se ha escapado de la tormenta, no se contenta con sólo verse fuera della, sino con besar la tierra; pero el que está todavía padeciendo el naufragio, solamente se acuerda de lo presente que solicita el remedio; porque aunque yo tengo condición de pobre, tengo ánimo de rico, y si no me desanimo por caído, no tengo de qué animarme por levantado, y no son mis trabajos para contados muchas veces."

DESCANSO QUINTO

Mas como la privación puede tanto con las mujeres, por el mismo caso que yo lo rehusaba, mi ama procuraba más que lo dijese, que como tenía pecho noble y le parecía que la tenía obligada en alguna manera, sacaba fuerzas de flaqueza, y buscaba modos como darme a entender que estaba de mí agradecidísima. Que esta diferencia hace un pecho liso y sencillo a uno de mala raza y cosecha, que el bueno aun el bien imaginado agradece, mas el bronco y desabrido no solamente no agradece, pero busca modos como desagradecer el bien recibido. Pero cuanto más mi ama se esforzaba por dar a entender su agradecimiento, tanto más me ofendía yo en que pensase que había hecho algo en servirla; que el saber flaquezas ajenas, que o todos las cometemos o estamos naturalmente dispuestos a ello, no ha de ser parte para estimar en menos a aquellos de quien las sabemos. Saber el secreto ajeno, o es acaso, o por con-

fianza que hacen de nosotros: si es acaso, la misma naturaleza nos enseña que puede suceder lo mismo por nosotros: y si es por confianza ya entra en guardarle la reputación del que lo sabe. Encubrir faltas ajenas es de ángeles, y descubrirlas es de perros, que ladran cuando más dañan. Querer saber secretos ajenos nace de pechos sin merecimientos, que lo que no pueden merecer por sí, quieren merecerlo a costa ajena. Quien quiere saber faltas ajenas, quiere estar mal con todo el mundo y que se publiquen las suyas. ¡Dichosos aquellos a cuya noticia no han llegado las faltas ajenas que ni ofenderán ni serán ofendidos! Hay algunos ánimos tan fuera del orden natural, que les parece que han alcanzado una gran joya cuando saben alguna falta de su prójimo; pues no se persuada a entender quien tiene tan abominable costumbre, que no hay contratretas para semejantes desafueros; que todos traen el castigo por sombra, y no hay mala intención que no tenga su semejante o peor.

Un fraile, aunque no muy docto, bien intencionado, preguntado en un escrutinio si sabía

24 El orig. dice: "preguntando". Las demás ed., "preguntado".

24 *escrutinio*: "Reconocimiento y regulación de los votos secretos con que se elige un sugeto para algún empleo, por número competente de electores: como sucede en las

faltas o descuidos de sus compañeros, respondió que no; porque si las había oído, o no había reparado en ellas o las había dejado olvidar; y si venían por relación, o no las había oído o no las había creído. Y otro, habiendo desacreditado a todos los compañeros por acreditarse a sí, en el escrutinio salió más culpado que todos.

Este almacén de palabras he traído para decir el recelo que mi ama debía tener, pareciéndole que podía revelar su secreto, o que a lo menos le quería tener, como dicen, el pie sobre el pescuezo. Y así, prosiguiendo en su intento, dijo que por mi buen término y trato quisiera perpetuarme en su casa para tenerme en lugar de padre, queriéndome casar con una parienta suya, doncella, de muy buena gracia y de poca edad: y declarándose con su marido y conmigo encareciendo la bondad y virtud de la moza, y cuán bien me estaría para el regalo de mi vejez casarme con ella, yo le dije: "Señora, no haré eso por todas las cosas del mundo, porque quien se casa viejo, presto da el pellejo." Y riéndose ella, proseguí diciendo que en Italia traen un refrancete a este modo: que

oposiciones de canonicatos de oficio en las Iglesias Cathedrales, y en otras Comunidades para los oficios y ministerios de su instituto." (Dicc. Aut.)

"el que casa viejo tiene el mal del cabrito, que o se muere presto o viene a ser cabrón". "¡Jesús! —dijo mi ama—. ¿Pues eso ha de imaginar un hombre tan honrado como vos?" "Señora —dije yo—, lo que veo y he visto siempre es que al viejo que se casa con moza, todos los miembros del cuerpo se le van consumiendo si no es la frente, que le crece más.

Las mozas son alegres de corazón y regocijadas en compañía, andan siempre jugando y saltando como ciervas, y los maridos como ciervos siendo viejos. No es tan perseguida la liebre de los galgos como la mujer del viejo de los paseantes; no hay mozo en el todo lugar que no sea su pariente, ni vieja rezadera que no sea su conocida; en todas las iglesias tiene devociones, o por huír del marido o por visitar las comadres; si es pobre el marido, se anda quejando dél; si es rico, a pocas vueltas le deja como el invierno a la cornicabra, con sólo el fruto en la frente. He rehusado en mi mocedad tomar esta carga sobre mis hombros, ¿y la había de tomar ahora sobre mi cabeza? Dios me guarde mi juicio; bien me estoy solo; ya me sé gobernar con la soledad; no quiero entrar en nuevos cuidados; afuera consejos vanos."

A todo esto el Doctor estaba pereciendo de

risa, y su mujer pensando en la réplica que había de hacer; y así, con gran donaire y desenvoltura, dijo a su marido y a mí: "Cada día vemos cosas nuevas; bien es vivir para experimentar condiciones. El primer viejo sois que he visto y oído decir que haya rehusado casamiento de niña. Todos apetecen la compañía de sangre nueva para conservación de la suya. A los árboles viejos con un enjerto nuevo los remozan: a las plantas, por que no se hielen, les ponen abrigo: la palma, si no tiene junto a sí su compañera, no lleva fruta; la soledad, ¿qué bien puede traer sino melancolía, y aun desesperación? Todos los animales, racionales y brutos, apetecen la compañía. No seáis como aquel bestial filósofo que habiéndole preguntado cuál era buena edad para casarse, respondió que cuando era mozo, era temprano, y cuando viejo, tarde. Mirad que, fuera de ser para mí grande gusto, para vuestra comodidad es bien vivir con abrigo."

"Yo confieso —le dije— que tan elegantes razones, dichas con tanta gracia y estilo, persuadieran a cualquiera que no estuviera con tanta experiencia de las cosas del mundo y tan hecho a la soledad como yo; pero verdades tan apuradas, no admiten persuasiones retóricas, porque casarse un viejo con una muchacha, si

ella es como debe ser, es dejar hijos huérfanos y pobres, y en pocos años venir a ser entrambos de una misma edad, porque naturaleza va siempre tras su conservación, y el viejo conserva la suya consumiendo la juventud de la pobre muchacha. Y si no es desta suerte, tiene puestos los ojos en lo que ha de heredar y la voluntad e intención en el marido que ha de escoger. Mas, ¿qué tal pareciera yo con mis blancas canas junto a una niña rubia y blanca, bien puesta y hermosa, que cuando alzara los ojos a mirarme el copete lo viera más liso que el carcañal, las entradas como el colodrillo de la ocasión, la barba más crespa y cana que la del Cid?"

"Eso no os dé pena —dijo ella—, que Juan de Vergara tiene una tinta tan negra y fina,

---

12 *copete*: "Cierta porción de pelo que se levanta encima de la frente, más alto que lo demás, de figura redonda o prolongada, que unas veces es natural y otras postizo. Usábase antiguamente y oy tiene poco uso." (Dicc. Aut.)

14 *colodrillo de la ocasión*: A la ocasión pintan calva. Lugar común muy corriente en el habla vulgar y en la Literatura, que toma origen de la fábula de Fedro *Occasio depicta:*

"Cursu volucri pendens in novacula
Calvus, comosa fronte, nudo corpore,
Quem si occuparis, teneas; elapsum semel,
Non ipse possit Jupiter reprehendere,
Occasionem rerum significat brevem, etc..."

(Lib. V, fáb. VIII.)

que a cuantos hombres y mujeres entran en su casa con canas, los pone de manera que a la salida no los conocen."

"Ni aun ellos propios se conocen a sí mismos —dije yo— con un engaño como ése, y creo cierto que nace esa flaqueza de no conocer nuestra hechura; porque disfrazar y entretener las canas no sé de qué sirva, sino de una ocupación de zurradores, que no rehusan traer las manos como ébano de Portugal. Y realmente, los que lo saben tienen tanta ventura, que a nadie engañan sino a sí solos; porque todos lo saben, de modo que les añaden muchos más años de los que tienen, y ellos no se desengañan hasta que, por alguna enfermedad, dejan de teñirse, y se hallan cuando se miran la barba como urraca ahorcada. Pues si la tinta no acierta a ser del color de la barba —que es muy ordinario—, en dándoles el sol hace visos como el arco del cielo. Si con el teñir se reparara la flaqueza de la vista, se supliera la falta de los dientes, se cobrara la fuerza de piernas y brazos, o se entretuvieran los años

10 *como ébano de Portugal*: por lo negras. Los portugueses comerciaron mucho con el ébano de la India y creo probable que por esta razón se le llamara ébano de Portugal.

17 *como urraca ahorcada*: por la mezcla de plumas blancas y negras.

para engañar a la muerte todos lo hiciéramos. Pero hase la muerte con los teñidos como la zorra con el asno de Cumas, que se vistió una piel de león para espantar a los animales y pacer con seguridad; mas la zorra, viéndole andar tan despacio, miróle a las patas y dijo: "Asno sois vos." Así la muerte mira los teñidos y les dice: "Viejo sois vos." Tíñase quien quisiere, que yo tengo por mejor lo claro que lo obscuro, el día que la noche, lo blanco que lo negro. Más quiero parecer paloma que cuervo, más hermoso es el marfil que el ébano. Si como las barbas pasan de negras a blancas, pasaran de blancas a negras, ¿cuánto más odiosas fueran por el color tapetado? En fin, la plata es más alegre que el ébano; ¿no bastaba casado sino tiznado?"

"Andad —dijo mi ama—, que con eso se disimulan algunos años, y sin eso no se pueden negar."

"Aunque los hombres de bien —dije yo— jamás han de mentir, en todas las cosas del mundo puede aprovechar una mentira si no es en los años y en el juego; porque ni los años

---

2 *hase:* Así en las tres ed. 1618. B. 1881 y Rivad., "hace".

3 Fábula de Esopo.

15 *tapetado:* "Color obscuro o prieto." (Dicc. Aut.)

pueden ser menos por negarlos, ni la ganancia se ha de quitar por confesarla. Pero volviendo a nuestro propósito, digo que el matrimonio es cosa santísima, no se puede negar, ni yo lo niego; que el no apetecerlo yo, nace de la incapacidad mía y no de la excelencia suya; apetézcalo quien está en edad y disposición para ello, con la igualdad que la misma naturaleza pide, que ni sean ambos niños, ni ambos viejos, ni él viejo y ella niña, ni ella vieja ni él niño. Sobre lo cual hay diversas opiniones entre filósofos, y la más cierta es que el varón sea mayor que la mujer diez o doce años; pero que tenga yo cincuenta años y mi señora mujer quince o diez y seis, es como querer que un contrabajo y un tiple canten una misma voz, que por fuerza han de ir apartados ocho puntos el uno del otro."

"¿Pues nunca habéis sido enamorado?" —dijo mi ama—. "Y tanto —dije yo— que he compuesto coplas y reñido pendencias; que la mocedad está llena de mil inconsideraciones y disparates."

"No lo serían —dijo ella—; que los hombres de buen discurso sazonan las cosas diferentemente que los demás." "Reniego —dije yo— de ejercicio que ha de traer a un hombre hecho lechuza, guardando cimenterios, sufriendo fríos

y serenos, incomodidades y peligros tan ordinarios como suceden de noche, y aun cosas dignas de callarse. El que anda de noche vee los daños ajenos y no conoce los suyos, consume presto la mocedad y se desacredita para la vejez. Vense de noche cosas que se juzgan por malas no siéndolo; ¡qué de temores y espantos cuentan los que pasean de noche, que vistos de día nos provocarían a risa!"

"Acuérdome, que teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginés, con otro juicio tal como el mío era entonces, martes de Carnestolendas en la tarde, me envió a decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne, que en estos días hay libertad para pedirlo, y aun para negarlo; pero por usar de fineza por ser la primera cosa que hacía en su servicio, vendí ciertas cosillas que me hicieron harta falta, y en acabándose la grita de jeringas y naranjazos, y el martirio perruno causado de las mazas —de quien sin saber por qué, huyen hasta reventar— di conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos de una empanada y par de perdices, un

20 Costumbre carnavalesca de mojarse unos a otros con jeringas y perseguirse a naranjazos.

21 *maza:* "Palo grueso u otra cosa que por entretenimiento se suele poner en las carnestolendas atado a la cola de los perros." (Dicc. Acad.)

conejo y frutillas de sartén, y atándolo muy bien, caminé a darlo por una ventana a más de las once de la noche; y como el día siguiente, por ser Miércoles de Ceniza, era día de mucha recolección (aunque todo el pasado había sido alegría para los muchachos y trabajos para los perros), había silencio general; de suerte que, aunque yo iba bien cargado, no me podía ver nadie. Llegando a la plazuela de San Ginés sentí que venía la ronda, y retiréme debajo de aquel cobertizo donde suele haber una tumba para los aniversarios y obsequias, y antes que pudiesen llegar a mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenía la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario que siempre traigo conmigo, comencé a fingir que re-

1 *fruta de sartén:* "Pasta de harina a que se suele añadir huevos y azucar, hecha en diferentes figuras y frita después en manteca o aceite." (Dicc. Aut.) "luego le aficionaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sartén, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas ollas." *Quijote*, ed. R. Marín, IV, pág. 402.

5 *recolección:* recogimiento.

12 *obsequias:* exequias.

> "Otros dejan para misas,
> Otros hacen cabo de año,
> Celebrando por sus almas
> Las obsequias de cristianos."

Romance de la expulsión de los moriscos (Rivad., XVI, pág. 192 *a*).

zaba. Llegó la ronda, y pensando que fuese algún retraído, asieron de mí preguntando qué hacía allí. Llegó el alcalde y visto el rosario y mi poca turbación —que importa mucho en cualquiera ocasión no perturbarse el ánimo— dijo que me dejasen y me recogiese. Hice que me iba, y en trasponiendo la ronda, torné por mi paño de manos y cena a la negra tumba, donde lo había dejado, y aunque con un poco de temor por la hora y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar, y no topé con el paño ni con lo que estaba en él, de lo cual quedé temblando y helado, y es de creer que me causaría horrible miedo una cosa tan espantosa en un cimenterio, debajo de una tumba a más de las once de la noche y con tan gran silencio, que parecía que se había acabado el mundo. Pues junto con esto sentí dentro de la tumba tan gran ruido de hierro, que se me representaron mil cadenas y otras tantas ánimas padeciendo el purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbación y desatiento, que se me olvidó el amor y la cena, y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que

---

2 *retraído:* "Usado como substantivo se toma por el refugiado a lugar sagrado o immune." (Dicc. Aut.)

22 *desatiento:* B. Cormellas, 1618: "desatino". "Turbación, enajenación del sentido y tiento." (Dicc. Aut.)

pude, o lo menos mal que acerté, volví las espaldas y fuíme poco a poco, arrimándome a la pared, pareciéndome que iba tras mí un ejército de difuntos; pues yendo con esta turbación, me sentí por detrás tirar de la capa, desanimándome de manera que di un golpazo con mi persona en el suelo y con los hocicos en la guarnición de la espada; volví a mirar si era algún cadáver descarnado, y no vi otra cosa sino mi capa asida a un clavo del calvario que está en aquella pared; con esto respiré un poco y fuí cobrando aliento y desechando el temor del clavo y de la capa, pero no el de la tumba.

Sentéme y miré alrededor a ver si había cosa que me pudiese acompañar, y descansé, porque estaba tan cansado que lo hube menester, que no lo estuviera más si hubiera andado cien leguas por los altos y bajos de Sierra Morena. Hice reflexión sobre lo pasado, considerando qué cuenta daría de mí el día siguiente contando lo que había sucedido sin haber visto cosa que fuese de momento; porque decir un terror tan horrible sin haber averiguado el fundamento era desacreditarme y quedar en fama de co-

1 El orig., "lo mejor que puede", por errata.

10 *calvario:* "El lugar u ossario donde se echan los huessos de los difuntos ya secos y consumidos. Díxose assi, porque al rededor se suelen poner muchas calaveras." (Dicc. Aut.)

barde o mentiroso; dejar de contarlo era quedar en opinión de miserable con la señora dayfa, habiendo gastado lo que no tenía, sin decir el fin que tuvo. Por otra parte veía que si fuera algún difunto no tenía necesidad de mi pobre cena; pues hombre, no podía estar tan abreviado que no topara con él cuando extendí el brazo.

Al fin hice mi cuenta desta manera: Si es demonio, mostrándole la señal de la cruz huirá; si es ánima, sabré si pide algunos sufragios, y si es hombre, tan buenas manos y espada tengo como él; y con esta resolución fuíme animosamente a la tumba, desenvainé la espada, y rodeando la capa al brazo, dije con muy gentil determinación: "Yo te conjuro y mando, de parte del cura desta Iglesia, que si eres cosa mala te salgas deste lugar sagrado, y si eres ánima que andas en pena, me reveles qué quieres o qué has menester (y el ruido del hierro con mi conjuro andaba más agudo); una y dos y tres veces te lo digo y torno a decir." Pero cuanto más le decía, tantos más golpes de hierro sonaban en la tumba que me hacían temblar. Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinación que tenía

3 *Dayfa:* "Es nombre arábigo, y en rigor vale tanto como huéspeda, pero alárgase a sinificar el ama, la señora y la dama." (Covarrubias.)

tornaría de nuevo el temor a desanimarme, púseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro con un cencerro atado a la cola, que huyendo de los muchachos se había recogido a descansar a sagrado; y como después de haber reposado olió la comida retiróla para sí y sacó el vientre de mal año; pero con el grande y no pensado ruido que hizo saliendo, fué tanto mi espanto, que como él fué huyendo por una parte, yo fuera por otra, sino por un espinillazo que al salir me dió con el cencerro, de que no me pude menear tan presto; pero fué tanta la pasión de risa que después de quitado el dolor, me dió, que siempre que me acuerdo dello, aunque sea a solas y por la calle, no puedo dejar de dar alguna demonstración dello."

Fué menester que el Doctor y su mujer acabasen de reír para proseguir el intento para que truje el cuento, y habiéndolo solenizado les dije: "No se podrá creer lo que yo me holgué de averiguar aquella duda que en tanta confusión me había de tener para contar lo que no había visto, por donde pusiera mal nombre a aquel lugar, como lo han hecho otros muchos,

espinillazo: golpe en la espinilla.

que por no averiguar los temores o las causas dellos, desacreditan mil lugares y quedan siempre desacreditados por temerosos y espantables, sin haber causa para ello; mas de haber visto alguna extraordinaria cosa, y sin averigualla, van a contar mil desalumbramientos y disparates. Uno dijo que había visto un caballo lleno de cadenas y descabezado, y era una bestia que venía del prado a su casa con las trabas de hierro."

Son infinitos los disparates que en esto se dicen, de manera que no hay población donde no hay[a] un lugar desacreditado por temeroso, y ninguno, si no es burlando o haciendo donaire, dice la verdad. En Ronda hay un paso temeroso después que se subió de noche una mona en un tejado que con la maza y cadena atoró o encalló en una canal, y desde allí echaba tejas a cuantos pasaban; y todo es desta manera. Solas dos cosas hallo yo que pueden hacer mal de noche, que son los hombres y los serenos, que los unos pueden quitar la vida y los otros la vista.

17 *maza:* un tronco u objeto pesado al cual se sujetaba a las monas con una cuerda o cadena.

17 *atorar:* "Apretar vna cosa entrexiriéndola en otra." (Covarrubias.)

21 *serenos:* "Comunmente llamamos sereno el ayre alterado de la prima noche, con algún vapor que se ha levantado de la tierra." (Covarrubias.)

DESCANSO SEXTO

Al tiempo que me iba hallando mejor con el doctor Sagredo y mi señora doña Mergelina de Aybar, por el amor que me tenían, como mi suerte ha sido siempre variable, hecha y acostumbrada a mudanzas de fortuna y ejercitada en ellas toda mi vida, vinieron a llamar de un pueblo de Castilla la Vieja al doctor Sagredo con un gran salario, el cual no pudo rehusar por haberlo menester y para ejercitar lo que había estudiado, que ni la grandeza del ingenio, ni el continuo estudio hacen a un hombre docto si le falta experiencia, que es la que sazona los documentos de las escuelas, sosiega las bachillerías que hacen al ingenio confiado por las filaterias de la Dialéctica, que realmente no podemos decir que tenemos entero conocimien-

---

14 *documentos:* Usado aquí en su significado etimológico (*doceo*) de "enseñanzas".

16 *filateria:* "Demasía de palabras para explicar un concepto." (Dicc. Acad.)

to de la sciencia hasta que conocemos los efectos de las causas, que enseña la experiencia, que con ella se comienza a saber la verdad. Más sabe un experimentado sin letras, que un letrado sin experiencia, la cual faltaba al doctor Sagredo, y así le estuvo bien aceptar aquel partido, por esto y por repararse de las cosas necesarias para la conservación de la vida humana.

Aceptado el partido, pidiéronme con toda la fuerza posible que me fuese con ellos, lo cual yo hiciera si no fuera porque no me atreví a los fríos de Castilla la Vieja; que estando un hombre en los postreros tercios de la vida no se ha de atrever a hacer lo que hace en la mocedad. El frío es enemigo de la naturaleza, y aunque uno muera de ardentísimas fiebres, al fin queda frío. Las acciones del viejo son tardas por la falta de calor; como la mocedad es cálida y húmeda, la vejez es fría y seca; por falta del calor viene la vejez, y por esto han de huír los viejos de regiones frías, como yo lo hice, que me quedé desacomodado por no ir adonde me acabase el frío en breve tiempo.

Fuéronse, y quedéme solo y sin arrimo que me pudiese valer, que los que dejan pasar los verdes años sin acordarse de la vejez, han de sufrir estos y otros mayores daños y trabajos.

Nadie se prometa esperanzas de vida, ni piense que sin diligencia puede asegurarla, que hay tan poco de la mocedad a la vejez, como de la vejez a la muerte; no puede creerlo sino quien ha entregado sus años a la dilación de las esperanzas. Cada día que se pasa en ociosidad, es uno menos en la vida, y muchos en la costumbre que se va haciendo.

Siendo estudiante en Salamanca el Licenciado Alonso Rodríguez Navarro, varón de singular prudencia y ingenio, le hallé una noche durmiendo sobre un libro, y diciéndole que mirase lo que hacía, que se quemaba las pestañas, respondió que apelaría para el tiempo que le diese otras; pero que si perdía el tiempo, no tenía para quien apelar, sino para el arrepentimiento. Al mismo preguntándole por qué camino había venido a ser tan bien quisto en su ciudad, que es Murcia, respondió que haciendo placer, y disimulando desagradecimientos, pero que nunca llegaron a engendrar en su pecho arrepentimientos de haber hecho el bien; que los hombres de bien no han de hacer cosas de que se deban arrepentir. Y así, si el arrepentimiento viene tarde, y es bien recebido, apro-

24 El orig.: "Y así el arrepentimiento viene tarde." Adopto la corrección de las dos B. 1618.

vecha para el reparo de la vida, que como el arrepentimiento sigue a los daños sucedidos por propia culpa, viene acompañado con asomos de virtud nacida del escarmiento y ayudados de la prudencia. Mas no hay arrepentimiento que venga tarde, como sea bien recebido.

Cuatro efectos suelen resultar del tiempo mal gastado y peor pasado: dejamiento de sí propio, desesperación de cobrar lo perdido, confusión vergonzosa, arrepentimiento voluntario. Estos dos postreros arguyen buen ánimo y estar cercanos a la enmienda; pero entiéndese que como el yerro fué con tiempo, el arrepentimiento no ha de ser sin tiempo; que si el mucho tiempo se pasó presto, el poco se pasará volando y llegará tarde el arrepentimiento; como el tiempo que se pasa al descuido con gusto, no se cuenta por horas, como el que se pasa trabajando, no se echa de ver hasta que es pasado.

Yo quedé solo y pobre, y para reparo de mis necesidades, me topó mi suerte con cierto hidalgo que se había retirado a vivir a una aldea y había venido a buscar un maestro o ayo

---

1 *como* = cuando: "Y como Sancho vió a la novia, dijo." *Quijote*, R. Marín, IV, pág. 421.

para dos niños que tenía de poca edad; y preguntándome si quería criárselos, le respondí, que criar niños era oficio de amas y no de escuderos; rióse y dijo: "Buen gusto tenéis, a fee de caballero que habéis de ir conmigo, ¿no os hallaréis bien en mi casa?" Yo respondí: "Agora sí, pero después no sé." "¿Por qué?" —preguntó el hidalgo.

"Porque hasta tomar el tiento a las cosas —dije yo— no se puede responder afirmativamente; y no se ha de preguntar a los criados si quieren servir, sino si saben servir, que el querer servir arguye necesidad, y saber servir, habilidad y experiencia en el ministerio que los quieren. Y de aquí nace que muchos criados, a pocos días de servicio, o se despiden, o los despiden, porque entraron a servir por necesidad y no por habilidad, como también algunos estudiantes perdidos, que en viéndose rematados, entran en Religión tan llenos de necedad como de necesidad, y a pocos lances, o desamparan el hábito, o el hábito los desampara. Primero se ha de inquirir y escudriñar si es bueno y suficiente el criado para el cargo que le quieren dar, que no si tiene voluntad de servir, porque de tener criados ociosos y que no saben acudir al oficio para que fueron recebidos, fuera del gasto impertinente, se siguen otros mayores in-

convenientes. Aunque cierto Príncipe destos reinos, diciéndole un mayordomo suyo que reformase su casa, porque tenía muchos criados impertinentes, respondió: "El impertinente sois vos, que los baldíos me agradecen y honran, y esos otros, pagándoles, les parece que me hacen mucha merced en servirme; y el que no obliga con buenas obras, ni es amado, ni ama, y en las buenas se parece un hombre a Dios."

"Paréceme —dijo el hidalgo— que quien sabe eso, sabrá también servir en lo que le mandasen, especialmente que mi hijo el mayor os podrá hacer bien en algún tiempo, que tiene acción y espectativa a un mayorazgo de parte de su madre, que agora posee su abuela; y del hijo mayor, a quien le viene, no tiene sino dos nietecillos enfermizos, y muriendo ellos y su padre, queda mi hijo por heredero."

"Eso es —dije yo— como el que deseando hartarse de dátiles fué a Berbería por una planta de palma y compró un pedazo de tierra en que la plantó, y está esperando todavía que dé el fruto; así yo tengo que esperar a tres vidas, estando la mía en los últimos tercios, para la poca merced que se guarda de quien aun no tiene esperanza, que como ella vive entre la seguridad y el temor, es necesario que tenga larga vida quien se sustenta della, que no hay

cosa que más la vaya consumiendo que una esperanza muy dilatada; y es de creer que el que se va a pasar la suya entre robles y jarales, ni la tiene muy cerca ni muy cierta; que por no martirizarme con ellos ni verme en los tragos en que ponen a quien los sigue, he tenido por mejor y más seguro abrazarme con la pobreza que abrazarme con la esperanza."

"Esa —dijo el hidalgo— es cuenta de los perdidos, que por no esperar ni sufrir quieren ser pobres toda la vida."

"¿Y qué mayor pobreza —dije yo— que andar bebiendo los vientos, echando trazas, acortando la vida y apresurando la muerte, viviendo sin gusto con aquella insaciable hambre y perpetua sed de buscar hacienda y honra? Que la riqueza, o viene por diligencia buscada, o por herencia poseída, o por antojo de la fortuna prestada: si por diligencia, no da lugar a otra cosa de virtud; y si por herencia, ordinariamente se posee acompañada de vicios y envidiada de parientes; si por antojo o arrojamiento de la fortuna, hace al hombre olvidarse de lo que antes era, y de cualquier manera que sea,

13 "*Beber los vientos y los elementos.* (Dícese de un enamorado: "bebe los vientos por fulana", y del que anda en pretensión que mucho desea.)" Correas, ed. Mir, página 308.

todos en la muerte se despiden de mala gana de la hacienda y de las honras que por ella les hacían. Una diferencia hallo en la muerte del rico y la del pobre: que el rico a todos los deja quejosos, y el pobre, piadosos."

DESCANSO SÉTIMO

"Parece —dijo el hidalgo— que nos habemos apartado de mi principal intento, que es la crianza y doctrina de mis hijos, en que consiste salir industriados en virtud, valor y estimación, y cortesía, que son cosas que han de resplandecer en los hombres nobles y principales."

"Acerca de la materia —dije— de criar los hijos, hay tantas cosas que advertir y tantas que observar, que aun de los propios padres que los engendraron no se puede muchas veces confiar la doctrina que ellos han menester; porque las costumbres, corrompidas o mal arraigadas en el principio, de los padres, destruyen los sucesores de las casas nobles y ordinarias. Si los antecesores saben los hijos que fueron cazadores, los hijos quieren serlo; si fueron valientes, hacen lo mismo; si se dejaron llevar de algún vicio que los hijos lo sepan, siguen el mismo camino; y para corregir y enmendar vicios heredados de sus

mayores, casi es menester, y aun necesario, que no conozcan a los padres; que sería lo más acertado sepultar las memorias de algunos linajes, que por ellos se van imitando lo que oyeron decir de sus mayores, que más valiera que no lo oyeran para que no lo imitaran. Y de aquí nace que suban unos en virtud y merecimientos, no habiendo a quien imitar en su linaje, por la educación valerosa que se imprimió en los verdes años, y otros bajen al mismo centro de la flaqueza y miseria humana, degenerando de la virtud heredada, o por la imitación adulterada de los ascendientes, o por la depravada doctrina impresa y sembrada en los tiernos años, que es tan poderosa, que de una yerba tan humilde como la chicoria, se viene por la crianza a hacer una hortaliza tan excelente como la escarola, y de un ciprés tan eminente y alto, por sembrarlo o plantarlo en una maceta o tiesto, se hace un arbolillo enano y miserable, por no haberlo ayudado con buena educación.

"Si a los animales de su naturaleza bravos, nacidos y criados en incultos montes y breñas, como son jabalíes, osos, lobos y otros semejantes, los crían y regalan entre gentes, vienen a ser mansos y comunicables; y si a los domésticos los dejan con libertad irse a los montes, y criarse sin ver gente, vienen a ser tan feroces

como las mismas naturales fieras. En tiempo del potentísimo Rey Felipe Tercero, anduvo una leona en los patios de los Consejos, y jugaban los pajes con ella, y si le hacían mal, se amparaba con llegarse a las piernas de un hombre. Yo la vi echarse a los pies de las criaturas. y porque no la tuviesen miedo se arrojaba a sus pies. Y en tiempo del prudentísimo Felipe Segundo, en Gibraltar, se fué un lechón al monte que está sobre la ciudad, y vino a ser tan fiero dentro de cuatro o cinco años que anduvo libre en el monte, que a cuantos perros le echaban para matarle, los destripaba. Que es tan poderosa la crianza, que hace de lo malo bueno, y de lo bueno mejor; de lo inculto y montaraz, urbano y manso; y por el contrario, de lo tratable y sujeto, intratable y feroz."

"Bien sé —dijo el hidalgo— que es importantísimo el cuidado de criar bien los hijos, porque de ahí viene la vida y honra suya, y la quietud y descanso de sus padres, que como han de conservar en ellos su mismo ser y especie, al paso que los aman, desean su proceder y término y la imitación de sus progenitores. Sabemos que dijo aquel Rey de Macedonia que tenía por tan gran merced del cielo haber nacido su hijo en tiempo de Aristóteles, para que fue-

se su maestro, como tener quien le sucediese en el Reino."

"De tal suerte —dije yo— han de ser los maestros o ayos, que con la aprobación de su vida y costumbres enseñan más que con los preceptos morales llenos de superflua vanidad; que muchas veces enseña más el maestro por acreditarse a sí, y por mostrar jactancia, que por mostrar virtud y fundamentar el dicípulo en valor, bondad y humildad; la doctrina llena deste deseo santo de acertar el camino de la verdad, al buen natural perficiona y a la mala inclinación corrige. Al hijo del caballero hánsele de enseñar con las letras juntamente virtudes, que refieran aquellas del origen que trae la antigüedad de sus pasados, humildad con valor, y estimación sin desvanecimiento, cortesía con el superior, amistad con el igual, llaneza y bondad con el inferior, grandeza de ánimo para las cosas arduas y difíciles de cometer, desprecio voluntario de las que no pueden aumentar sus merecimientos.

"La zorra un tiempo puso escuela de enseñar a cazar; y como el lobo se hallaba viejo y sin presas, rogóle que le enseñase un hijo que le parecía que había de ser valeroso para mantenerlo a él y a su madre en su vejez; la zorra, hallando en qué vengarse de los agravios que el

lobo le había hecho, con mucha presteza y buen gusto recibió el pupilo. Lo primero que hizo fué apartarle de sus atrevidas inclinaciones, que eran de acometer a reses grandes, y enseñarle las raposerías que ella solía por su natural distinto; y dióse tan buena maña, que en menos de un año el lobillo salió grandísimo cazador de gallinas. Envióselo al padre por muy hábil y diestro en el oficio; holgóse el padre y la madre pensando que tenían un hijo que había de asolar la campaña de ganado. Enviáronle a buscar la vida para matar la hambre que habían padecido, y habiendo tardado día y medio, volvió con una gallina y muchos mordiscones y palos que le habían dado. Viendo el lobo la mala doctrina que había aprendido, dijo: "Al fin nadie puede enseñar lo que no sabe; dejéme engañar de la zorra por no trabajar con mi hijo, porque la poltronería hace buen rostro a la mentira, y hame salido a los ojos lo que no miré con los de la consideración. Hijo, andad acá", y mostrándole unas ternerillas cerca de un cortijo le dijo: "Aquella es la caza que habéis de aprender y cazar." Apenas acabó de

6 *distinto* = instinto: "que pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto." *Quijote*, ed. R. Marín, t. III, pág. 438.

24 *aprender*: tomar, coger.

mostrárselas cuando inconsideradamente cerró con ellas, porque las madres, que ya los habían olido, en un momento pusieron los hijos en medio y todas puestas en muela hicieron trincheas de sus cuernos, y el pobre lobillo que pensó llevar presa, quedó preso, porque le recibieron con las picas o picos de su herramienta, y lo echaron tan alto que cuando cayó no fué para levantarse más. El padre que con su ancianidad no pudo vengar la muerte de su hijo, se volvió a su manida diciendo: "La mala doctrina no tiene medicina; costumbres de mal maestro sacan hijo siniestro." De aquí quedaron los odios para siempre confirmados entre la zorra y el lobo, y así ella no va a buscar la vida sino adonde el lobo no se atreve, que es a las poblaciones, porque allí no pueden encontrarse.

"Mucho gustara —dijo el hidalgo—, ya que habéis traído tan a propósito el cuento, que alargásemos un poco más la materia para que averigüemos cómo se podría elegir el maestro que ha de ser el guión del cuerpo y alma del hijo ajeno, que ha de criar con más cuidado que si fuera suyo, y enseñarle para conseguir

4 *muela:* "la rueda o corro que se hace con alguna cosa." FR. L. DE GRANADA. *Symbolo de la Fe*, part. I, cap. 17: "las vacas quando sienten peligro de alguna fiera, hácense todas una muela y encierran dentro de ella los becerrillos." (Dicc. Aut.)

el verdadero camino que le guíe a la perfección de caballero cristiano, que de caballero solamente, ya tenemos entendido el modo que todos siguen."

"Este modo de caballero —dije yo— está muy cargado de obligaciones por la significación que traen consigo, de que podrá ser tratar después, si el tiempo nos diere lugar, porque ni la materia quiere brevedad, ni yo tengo espacio para ser largo. Y alargando la que tenemos comenzada, digo, que la primera y principal parte que ha de tener el que ha de ser maestro de algún Príncipe o gran caballero, es que tenga experiencia con madurez de edad, que por lo menos tenga los aceros de la juventud gastados; edad en que con dificultad puede ser sabio y prudente un hombre, por faltar el tiempo que nos hace previstos y recatados. Mas si fuere mozo, sea tal que le alaben los viejos experimentados en sciencia y bondad, aunque la mocedad es tan sujeta a variedades, impaciencias, furores y otros inconvenientes arrebatados, que si no es con mucho valor y entereza de virtud experimentada y conocida, tendría por mejor elegir para maestro a un viejo cansado del mundo y con buena opinión, que a un mozo que va entrando en él y con buenas esperanzas, que al fin, de aquél se tiene la segu-

ridad que basta, y déste la confianza que puede mudarse. [En los viejos va creciendo siempre el desengaño y la ciencia, y disminuyéndose la fuerza, se levanta la contemplación; y en el mozo va creciendo la confianza y el desvanecimiento, fuerza y estimación propia, de modo que tiene necesidad de ajeno consejo y amigable sofrenada, que en nuestros tiempos se han visto en algunos sujetos, dignos de estimación por su nacimiento, tan exorbitantes vicios y desdichas por la imprudencia de maestros mozos destemplados y lascivos, que da horror removerlas en la memoria; a las cuales infelicidades no diera lugar la doctrina de un maestro viejo, cansado de dar y recebir heridas ya sanas del trato y comunicación del mundo; que de darles maestros no elegidos por capacidad y partes dignas de tal oficio, sino mozos recebidos por favor y ruegos armados de un poco de hipocresía, suelen venir a dar en cosas indignas de imaginarse.]

Ha de ser el maestro lleno de mansedumbre con gravedad, para que juntamente le amen y estimen, y haga el mismo efecto en el dicípulo, no perdiéndole un punto de su vista si no fuere los ratos diputados para el gusto de sus padres

2 El trozo entre corchetes falta en la ed. B. 1881.

o cuando el niño le tuviere con sus iguales; y en el entretenimiento se halle presente el maestro, alentándole y mostrándole el modo con que se ha de haber en el pasatiempo; no haciendo lo que yo vi hacer a un pedante, maestro de un gran caballero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un gran Príncipe, que habiendo concertado con otros sus iguales en edad y calidad, un juego de gallos, día de Carnestolendas, salió también el bárbaro pedante con su capisayo o armas de guadamací sobre la sotana, con más barbas que Esculapio diciendo a los niños: *Destrorsum heus sinistrorsum*", y desenvainando su alfanje de aro de cedazo, descolorido todo el rostro iba con tanta

9 "*Correr gallos.* Divertimiento de Carnestolendas, que se executa ordinariamente enterrando un gallo, dexando solamente fuera la cabeza y pescuezo, y vendándole a uno los ojos parte desde alguna distancia a buscarle con la espada en la mano; y el lance consiste en herirle o cortarle la cabeza con ella. Otros le corren continuamente hasta que le alcanzan o le cansan, hiriéndole del mismo modo." (Dicc. Aut.) "Llegó... el tiempo de las Carnestolendas, y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos." Quevedo, *Buscón*, ed. A. Castro, pág. 26.

10 *capisayo:* "Vestidura corta a manera de capotillo abierto, que se viste por la cabeza como la sotana cerrada, y sirve como capa y sayo juntamente, de cuyos nombres se forma esta voz." (Dicc. Aut.)

10 *guadamací:* "Cabritilla adobada en que a fuerza de la prensa se forman por el haz diferentes figuras de diversos colores." (Dicc. Aut.)

furia contra el gallo como si fuera contra Morato Arráez, diciendo a grandes voces: "*Non te peto, piscem peto, cur me fugis, galle?*" De la cual pedantería él quedó muy ufano y contento, y los que le oyeron llenos de risa y burla. Yo me llegué, y le dije: "Mire, señor Licenciado, que por tener poca memoria los gallos, se les olvida el latín." Él respondió muy de presto: "*Nunquam didicerunt, nisi roncantes excitare.*" Este con mil impertinentes bachillerías, llenas de ignorancias gramaticales, dejó al caballero estragado su buen natural. Diéronle otro maestro cuerdo, poco o nada hablador, modesto y de buena compostura, y en pocos días enmendó los borrones que el otro le había enseñado, que, con muchas reglas mal sabidas y peor enseñadas y a voces repetidas, le había estragado, y estotro con pocas y muy calladas lo reparó. Parecieron a dos hermanos, el uno muy colérico

---

2 *Morato Arráez:* Es probable que fuera algún célebre pirata o caudillo, real o imaginario. Comp.: "...y saltando dos amigos con hábito turquesco en la barca, arrebataron la nueva Elena, que trasladando della al vergantín enrriquezieron los brazos de Philandro; las voces de los fingidos turcos que apellidauan a Morato Arráez, hizieron creer a los que en la barca dexaron libres, que fuese indubitadamente el autor del robo." Lope de Vega, *El peregrino en su patria* (ed. Sevilla, 1604, fol. 8 v.). Tal vez sea nombre arbitrario como el *Agi Morato* del *Quijote* (2.ª parte, cap. 41).

y el otro muy reposado y lleno de santimonia, que ganaban la vida con un pollino: el colérico le daba mil voces y palos, y el jumento no por eso hacía más movimiento que antes. El reposado no le decía más que: "Arre, válgate Jesús", y hincábale un aguijón de un geme por las ancas, con lo que le hacía volar.

"La modestia del maestro, y las otras partes buenas, se imprimen y son como espejo en que se mira el dicípulo, y la imprudencia y poco valor es causa de menosprecio para con el maestro, y de incapacidad para con los demás; y así, lo que había de ser doctrina viene a ser pasatiempo, y si se pasa no puede cobrarse, y en este poco se le puede enseñar con brevedad la lengua latina, sin cargalle de preceptos, que los mismos maestros, o no los saben, o no los han olvidado, de suerte, que en sabiendo declinar y conjugar, les lean libros importantes, así para la lengua latina, como para las costumbres, y todo lo demás tengo por tiempo mal gastado; porque las diferencias o propiedades de nom-

1 *santimonia:* "Lo mismo que santidad. Es voz puramente latina y de poco uso. ACOSTA, *Hist. Ind.*, lib. 6, capítulo II: "gente dedicada a recogimiento y santimónia fingida, y mil géneros de Prophetas falsos". (Dicc. Aut.)

6 *geme* o *xeme:* "La distancia que hai desde la extremidad del dedo pulgar a la del dedo índice, que sirve de medida." (Dicc. Aut.)

bres y verbos se pueden declarar en los libros que se fuesen leyendo, sin hacer lo que los cirujanos, que detienen la cura porque dure la ganancia; que en esto realmente son culpados los maestros de las lenguas que se aprenden por reglas, porque faltaron los que las hablaban: porque las ordinarias fácilmente se aprenden con oírlas a los que las hablan, y los que las aprenden para saberlas y no para enseñarlas, con que entiendan el libro que les leyeren, sabrán más que sus maestros.

"Y volviendo al ejemplo de la zorra, sea el maestro de buen nacimiento o crianza, templado, vergonzoso, verdadero, secreto, humilde, con valor, callado, no lisonjero ni hablador, que como dicho tengo, enseñe más con la vida y costumbres que con las palabras, o a lo menos, que se parezca lo uno a lo otro, para que no le abata al dicípulo los pensamientos bien heredados a presas mal arraigadas por la ignorante doctrina; que la virtud ha de crecer con el dicípulo de manera, que con enseñalle modestia no le enseñen encogimiento que le desjarrete el valor del ánimo con que nació.

---

7 *lenguas ordinarias*, v. pág. 31.

20 *abata los pensamientos... a presas...* comparación con el abatirse de las aves de caza sobre su presa. En el párrafo siguiente pone en parangón la educación del caballero con la de los halcones.

"La educación de los caballeros ha de ser como la de los halcones, que el halcón que se cría encerrado, no sale con aquella fineza y aliento con que sale el que se cría donde le dé el aire, como le criaban sus padres. Hase de criar el halcón en lugar alto, en donde, gozando de la pureza del aire, pueda ver las aves a quien después se ha de abatir. El que se cría encerrado, fuera de ser más tardío en el oficio para que le crían, no sale con aquel coraje y determinación que el otro que se crió al aire. Así el caballero que se ha de criar para imitar la grandeza de sus progenitores, aunque se críe lleno de virtud y modestia, aquel recogimiento no ha de ser encogimiento de ánimo, sino, como arriba dije, ha de tener valor con humildad, estimación sin desvanecimiento, cortesía y circunspección en todos sus actos, de suerte que no falte cosa para cabal señor; que eso quiere decir *caballero*, compuesto desta voz, *cabal* y *hero*, que en latín quiere decir señor. Así que caballero es cabal hero, o cabal señor, que no le falta cosa para serlo; y digan otros lo que quisieren, que la Filosofía cristiana nos da lugar y licencia para dar sentido que tenga olor de virtud."

"Mucha satisfación y gusto —dijo el hidalgo— he recebido con el buen discurso que ha-

béis hecho: satisfación en la doctrina, que realmente va encaminada a la verdad cristiana, y gusto de las ignorancias de aquel pedante. Mas cuanto a la derivación de caballero, es muy sabido que se dice de caballo, porque sustentan caballo, y andan a caballo, y pelean a caballo."

"Si por esta razón fuera —dije yo— también se llamara caballero el playero, o arriero que trae caballas de la mar, y también se dice el que va en un jumento o acémila, que va caballero, que realmente no es caballo, y parece que en esa opinión es impropio."

"También —dijo el hidalgo— llamaron *eques* al caballero, desta palabra *equus,* que quiere decir caballo."

"Tan poco —dije yo— concedo lo uno como lo otro; porque los romanos siempre dieron los nombres a las cosas que significasen la misma obra para que las criaban. Como a los cónsules les dieron este nombre de *consulo,* que quiere decir aconsejar y mirar por el bien de la República. Y así el caballero, no creo que le dieron el nombre de *equus* por caballo, sino de *æquus, æqua, æquum,* por cosa igual, cabal y justa, como tiene obligación de serlo quien ha de ser cabeza y modelo de las costumbres que

16 El orig. y las ed., "Tampoco."

han de imitar los miembros inferiores de la República, aunque realmente se van deslizando algunos de sus obligaciones, quizá entendiendo que el caballero quiere decir alcabalero de los mercaderes, sacándolo de su propia significación y de la entereza y firmeza que ha de guardar en todas sus acciones, que por eso al baluarte le llaman caballero, porque ha de estar siempre firme e inmutable a la fuerza de los contrarios, y al ímpetu de la artillería, como el caballero lo ha de estar a resistir las injusticias y agravios que se hacen a los inferiores y oprimidos; y haciendo al contrario van contra su calidad, y contra las obligaciones que heredaron de sus pasados."

8 *caballero:* "Térm. de fortificación. Es una obra que se levanta sobre el terraplén de la Plaza, alta diez u doce pies, larga de ochenta a noventa, y ancha de treinta a quarenta, sobre la cual se forma el parapeto hacia los lados de la campaña, y su subida por el lado de la ciudad, donde no se le pone parapeto para que en caso de ganarle el enemigo quede enteramente descubierto. Llámase Caballero, porque assi como un hombre a caballo señorea a todos los que estén a pié, assi este Caballero domina a toda la plaza y a los enemigos." (Dicc. Aut.)

DESCANSO OCTAVO

Toda esta plática o conversación pasó estando este hidalgo y yo echados de pechos sobre el guardalado de la puente Segoviana, mirando hacia la Casa del Campo por donde vimos asomar un buen atajo de vacas que nos interrumpió la conversación, y viéndolas le dije: "Aquellas vacas han de pasar por esta puente más apiñadas y más apriesa que vienen por aquella parte, por eso no aguardemos aquí el ímpetu con que han de pasar."

"No temáis —dijo el hidalgo— que yo os guardaré a vos y a mí."

"Guárdese a sí —dije yo— que a mí aquella pared que baja de la puente al río me guardará; porque yo no me entiendo con gente que no habla, ni sé reñir con quien trae armas do-

---

4 *guardalado:* "El antepecho de piedras que hai a los lados de las puentes, que sirve de defensa y resguardo para que los que passan no puedan caer al agua." (Dicc. Aut.)

bles en la frente, fuera de lo que dicen: "Dios me libre de bellacos en cuadrilla." Hase de reñir con uno que si le digo "teneos allá", me entienda. Reñir con un animal bruto, es dar ocasión que se ria quien lo mira, y cuando salga bien dello, no ha hecho nada. No se ha de poner un hombre en peligro que no le importa mucho; defenderse del peligro es de hombres, y ponerse en él es de brutos. El temor es guarda de la vida, y la temeridad es correo de la muerte. ¿Qué honra o provecho se puede sacar de matar un buey, cuando se haga por ventura, sino tener que pagar a su dueño? Si yo puedo estar seguro, ¿por qué tengo de poner mi seguridad en peligro?"

Con todo esto que yo le dije, él se quedó haciendo piernas, y yo con las mías me puse lo más presto que pude detrás de la esquina. Venía por la puente adelante una mula con dos cueros de vino de San Martín y un negro atasajado en medio dellos, y aunque venía un poco apriesa delante de los bueyes, con el ímpetu que venían, por la priesa que los vaqueros les dieron, cogieron a la mula en medio, al tiempo

17 *hacer piernas:* "Por presumir y estribar, y tenerse contra otro." (Correas, pág. 631.)

21 *atasajado:* "Partido, dividido en dos o tres o quatro partes o trozos y hecho tasajos, de cuyo nombre se forma este adjetivo." (Dicc. Aut.)

que llegaron a emparejar con mi negro hidalgo. La mula era maliciosa, y como se vió cercada de cuernos, comenzó a tirar puñadas y coces de manera que arrojó a el negro y a los dos cueros encima de la herramienta de un novillejo harto alegre, y que comenzando a usar de sus armas, arrojó el un cuero por la puente al río en medio de muchas lavanderas. El hidalgo, por librar al negro y defenderse a sí, puso mano a su espada, y afirmándose contra el novillo, le tiró una estocada uñas abajo con que hizo al otro cuero dos claraboyas que alegraron harto a la gente lacayuna; pero no fué tan de balde que no le trujese por delante asido por las cuchilladas de las calzas, que de puro manidas, no pudiendo resistir a la violencia de los cuernos, se rindieron y él quedo arrimado al guardalado de la puente con algunos chichoncillos en la cabeza, diciendo: "si trujera las nuevas, buen lance había echado."

En pasando la manada —que fué en un instante— acudieron los gentileshombres guiones de la gente de a caballo, y acometiendo por los orificios de los ijares al cuerpo sin aliento, en un instante le dejaron sin gota de sangre.

Las lavanderas acudieron al que había caído en el río, cada una con su jarrillo, que llevando uno en las tripas y otro en la mano,

le dejaron la boca al aire, y el señor cuero, callar; al negro medio deslomado le pusieron sobre la mula, no sé lo que fué dél. Yo acudí a mi hidalgo, no a darle en cara el no haber seguido mi consejo, sino a limpiarle y consolarle, diciendo que lo había hecho muy como valiente hidalgo. Que es yerro al afligido y corrido reprehenderle lo que no tiene remedio; con la reciente pesadumbre a nadie se ha de de decir: bien os decía yo; que en el daño hecho es mala la corrección temprana; al que está compungido de su daño, no se ha de dar en cara lo que dejó de hacer, que él se tiene consigo la penitencia de su yerro; y en semejantes sucesos el empacho y vergüenza, son castigos de la confianza. El se puso muy hueco del consuelo que yo le dí en alabarle de su disparate, aunque se echó de ver la confusión que tenía en el rostro. Con todo eso, me agradeció lo que le dije, y para alegrallo le mostré el esguazo que los lacayos hacían en el cuero y la alegría de las lavanderas que le echaban mil bendiciones al novillo, rogando a Dios que ca-

21 *esguazo:* Así en las tres ed. 1618; las demás, "estrago". Puede ser aplicación metafórica de la significación que da el Dicc. Aut.: "El acto de vadear y passar un rio, canal o brazo de mar baxo, de una a otra parte. COLOMA, *Guerra de Flandes,* lib. I: "Otra noche, a los 17 de octubre, tentó el duque el esguazo, tentado ya otras veces con felicidad."

da día sucediese lo mismo. Y en habiendo ellos y ellas concluído con dejar los pellejos sin alma, se tornaron a su costumbre antigua. Los lacayos, a decir mal de sus amos y del gobierno de la República, y las lavanderas, a murmurar de doncellas y religiosos. ¡Lastimosa cosa, que pasando toda la vida en pobreza, trabajo y miseria, con que pueden ganar a Dios la voluntad, vengan a hallar alivio y descanso en los brazos de la murmuración! Que es tan poco humilde nuestra naturaleza, que ordinariamente la pobreza se rinde a la envidia, como si el repartimiento de las partes superiores dependiese de sola la diligencia humana, sin orden de la voluntad divina, y que se aborrezca por cosa infame, lo que tanto amó el Autor de la vida. Los pobres son piadosos para otros pobres, pero no para los ricos; y si considerasen con los ojos del alma, cuánto más cargados de obligaciones están, y cuidados los ricos que los pobres, sin duda no trocarían su suerte por la del rico; que al rico todos procuran derriballe, y al pobre nadie le tiene envidia. Y con todo eso su mayor consuelo es murmurar del que ven acrecentado o en mejor estado que el suyo. Pero dejemos ahora a los lacayos gobernar el mundo, y a las lavanderas aniquilar y deshacer lo mejor que hay en él.

El hidalgo —aunque algo desabrido del suceso— con grandes veras me comenzó a persuadir que fuése con él; yo a considerar si me estaba bien; porque cuanto a lo primero yo echaba de ver que el andar vagamundo y ocioso era cosa perniciosa para conservar la reputación y sustentar la vida, que aunque es así que la ocupación cansa el cuerpo, y la ociosidad fatiga el espíritu, y el que trabaja piensa en lo que hace de bien, y el ocioso en lo que puede hacer de mal, gracia del cielo es menester para que el ocioso se ocupe en cosas de virtud, y mucha fuerza de mala inclinación, para que el ocupado se ejercite en el vicio. Muchas veces oí decir al Doctor Cetina, gran juez, que aborrecía las ocupaciones de su oficio, por no saber faltas ajenas, y por otra parte las deseaba por no estar ocioso. Cuanto a lo segundo, consideraba que no era cordura salir de Madrid, adonde todo sobra, por ir a una aldea, donde todo falta; que en las grandes Repúblicas el que es conocido, aunque anochezca sin dineros, sabe que el día siguiente no ha de morir de hambre. En los pueblos pequeños, en faltando lo propio, no hay esperanza de lo ajeno; el perro que no es de muchas bodas siempre anda flaco. Si el conejo tiene dos puertas en su vivar, puede salvarse; pero si no tiene más de

una, luego es cazado. El hombre que no sabe nadar, en un charco se ahoga; pero el que sabe entrar y salir, en la mar no se anega. Lo tercero, veía tan inclinado al buen hidalgo a llevarme consigo, y a mí tan agradecido a quien me quiere bien, que no sabía negárselo; que el agradecer el amor y las buenas obras es de pechos nobles, y la ingratitud de tiranos, el que no agradece no merece tener amigos: nada tienen los hombres que no sea recebido, y así desde nuestro nacimiento habemos de comenzar a agradecer.

Tras de todo esto consideré mi estado, y la obligación natural que tengo a mí propio. El buen hidalgo era no muy rico, y de sus acciones descubría estrecheza de corazón; no parecía liberal; pobreza y miseria en un sujeto, aunque son para en uno, no quiero que sean para mí. Yo naturalmente soy enemigo de la escaseza, y aun creo que la misma naturaleza la aborrece, siendo como es pródiga en dar; y a este hidalgo se le echaba de ver que no era escaso por pobre, sino por inclinación; pero con todo eso me aventuré a no negalle lo que me pedía.

Fuíme con él a casa de cierto título, con quien profesaba parentesco o amistad; porque él tenía necesidad de algún regalo, por las burlas que le habían pasado con el novillo, y en-

trando dijo a un despensero de la casa que me regalase: él entendió sin duda que me reglase, y así lo hizo de manera, que de pura dieta casi se me vino a juntar el pecho con el espinazo. Era ya tarde, y mostróme el dicho despensero un tinelo donde comían los criados más importantes de la casa, como son gentileshombres y pajes. Llegóse la hora de cenar, y el tinelo estaba más escuro que la última cubierta del navío.

Entró cierto galancete, aunque no alto de cuerpo, de razonable talle, trigueño de rostro, ceja arqueada, casi de hechura de mariposa de seda, buena expedición de lengua, pocos conceptos y muchas palabras, más lleno de hambre que de hidalguía. Y como vió tan lóbrego el aposento, dijo: "Hola, trae aquí velas." Vino un pícaro con más andrajos que un molino de papel, con un cabo de vela portuguesa y hincóla en un agujero de la misma mesa tinelar, que si no tuviera nudo la madera le hincara en la pared. Pusieron en ella unos manteles desvirados que parecían delantal de zurrador. Sacó aquel galán una servilleta de la faltriquera,

6 *tinelo*: "Corredor de la servidumbre en las casas de los grandes." (Dicc. Acad.)

23 *desvirado*: "part. pass. del verbo *desvirar*: Pulir el zapato, cortando con el tranchete lo supérfluo de la suela." (Dicc. Aut.)

no más limpia pero más agujerada que cubierta de salvadera, y por gran cosa dijo: "Más ha de veinte años que la tengo conmigo, lo uno por no ensuciarme con estos manteles; lo otro, porque me la dió cierta señora, que no quiero decir más." Pusiéronles a cada uno un rábano, cuyas hojas fueron la ensalada, y el rábano el sello estomatical. Yo les dije que estaban seguros de la fatigosa pasión de orina, así por el uso de las hojas, como por la templanza en la comida; que no les dieron a cenar sino unos bofes salpimentados con hollín y salpimienta. Respondió aquel entonadillo: "Siempre en casa de mis padres oí alabar esa virtud de la templanza, y por haberme criado con ella, soy templado en todas mis acciones." "Si no es en hablar" —dijo otro gentilhombre. Prosiguió que "los hidalgos tan honrados y bien nacidos como yo, no se han de enseñar a ser glotones, que no saben en lo que se han de ver, en paz o en guerra".

"No se halla que mi padre comiese más de una vez al día, y con mucha templanza —si no era cuando le convidaba el Duque de Alba,

8 *sello estomatical:* "Por alusión se llama qualquiera pequeña porción de comida, sólida y vigorosa, que afirma y corrobora la demás comida tomada sobre ella." (Dicc. Aut.)

grande amigo suyo, que entonces comía más que cuantos había en la mesa—, por ser tan gran cortesano, tan discreto y decidor, que entretenía solo a una sala de gente, sino que con todo eso nos dejó muy pobres." "No me espanto deso —dije yo—, que si el caudal eran palabras, la resulta sería viento; que cuando el hablar no se acompaña con el hacer, como se queda en la primera parte, nunca se vee el fruto de la segunda. La dulzura y gracia de la lengua satisface tanto a su dueño, que todo se va en vanagloria para sí y detracción para los demás. Y en resolución, la lengua es la más cierta señal de lo interior del alma, que la mucha locuacidad no deja cosa en ella que no lo echa fuera."

A todo esto, yo esperaba mi cena, que según se tardaba me parecía que servía ya en palacio. Asomó mi despensero con un platillo de mondongo, más frío que las gracias de Mari Angola. Tomélo y despedacélo, que no había con qué cortarlo, y al olor que subió de tripa mal lava-

18 Las cosas de palacio van despacio.

21 *Mari Angola.* Acerca de esta frase de Espinel dice don Luis Montoto, *Personajes, personas y personillas, que corren por las tierras de ambas Castillas,* t. II, pág. 140: "La Mariangola de la frase debió de ser una mujer que, alardeando de graciosa, jamás dijo gracia alguna, sino insulseces y pampiroladas."

da, dijo aquel hablador: "En viendo este género de comida siento un olor ambarino que me consuela el alma, porque lo comíamos siempre en mi aldea, hecho con las manos de una hermana mía, que si no fuera por unos cabellejos más rubios que el oro que se caían encima, los podía comer un ermitaño." A mí me olió de manera, que deseaba que el pícaro me lo quitara de delante, y convidéle a aquel hidalgo con él, diciendo que había cenado. El lo probó y aprobó, y alabando el picante de la pimienta y cebolla, y la limpieza de las manos que lo habían hecho, se acabó junto con el cabo de vela. Comenzó éste a decir: "Pícaro, trae aquí velas."

"¿Cuáles velas? —preguntó el pícaro—. ¡Váyase a pasear y deje las velas!"

"A fee de hidalgo —dijo aquel gentilhombre— que os tengo de hacer quitar la ración."

"Eso fuera —dijo el pícaro— si me la hubieran dado, pero la que no se ha dado, mal se puede quitar; que como sabe, ha más de cuatro meses que no se da ración en esta casa."

"¡Oh villano —dijo el otro—, deshonra buenos! ¿y tal has de decir? Los mal nacidos, como éste, infaman las casas de los señores; que no saben tener paciencia ni sufrir un mal día, luego echan las faltas en la calle, no se con-

tentan con el respecto que los tienen por servir a quien sirven. Mal callárades vos lo que yo he callado, y sufriérades lo que yo he sufrido, y hubiérades hecho lo que yo he hecho supliendo sus faltas, gastando mi hacienda, prestando mi dinero, y diciendo muchas mentiras por desculpar sus descuidos. Los bien nacidos tienen consideración a las muchas obligaciones de los señores: si hoy no tienen, mañana les sobra, y pagan junto lo que no dan por menudo."

"Señor —dijo el pícaro—, yo no tengo las inteligencias que v. m., que se va a las casas de juego."

Atajóle de presto el gentilhombre diciendo: "Es verdad que yo juego de ordinario, que aun no ha más desta tarde que gané dineros y ciertas joyuelas y una cadenilla de oro."

"¿Pues cómo no tiene para velas?", dijo el pícaro.

"Porque dí —respondió— todo el dinero de barato."

"No es mucho —dijo el pícaro—, si es verdad eso, que de cuantas veces lo recibe le dé una."

"¿Yo pícaro?" —dijo el mozalbillo.

"Como su padre" —respondió el pícaro.

"Mi padre —dijo el galán— tomábalo porque se lo daban y lo merecía."

"Y vuesa merced —dijo el pícaro— porque lo pide y no lo merece."

A toda esta pendencia, y otra que se había trabado entre dos pajes, sobre la antigüedad del asiento, estaba a escuras el lóbrego tinelo, y yo espantado dije al mozuelo que callase y tuviese respecto, que a los que tienen oficio superior en casa de los señores, no se les habían de atrever de aquella manera.

"Déjelo vuestra merced —dijo otro gentilhombre— que si el pícaro habla, por todos habla; que si jugando sentencia una suerte que no sea en su favor, luego dice que lo hacen porque le den barato. Fuera de ser el que nos pone a todos en mal con el señor; congraciador general, y celebrador y reidor de lo que el señor dice; arcaduz de la oreja, manantial de chismes, estafeta de lo que no pasa en todo el mundo. Si dice algo, él lo celebra y quiere que se lo celebren todos; si otro dice o hace algo bueno, lo procura derribar y deshacer; si malo, a pura risa lo persigue; y si alguno le parece que se le va entrando al señor en la voluntad, por mil caminos le descompone. Estas y otras muchas cosas le dije yo de mi persona a la suya con cinco palmos de espada." Cuando yo espe-

17 *arcaduz de la oreja:* caño que conduce los chismes a la oreja del señor.

raba una grande pendencia, el habladorcillo dió una gran carcajada de risa, con que el otro se indignó mucho más, y dijo: "¿Luego no es verdad lo que digo?"

Y el otro con una risa falsa le dijo: "Eso y mucho más es verdad; y vuesa merced sabe poco de palacio, que aquí el doblez y la ficción están en su lugar: no hay verdad, sino lisonja y mentira, y el que no la trata no puede valer en palacio. Desde que nací me crié en él, y aunque mi padre me avisaba desto mismo, nunca le vi medrar, sino cuando decía mal de algún ausente, que como sea dicho con donaire —como él lo decía— alegra el ánimo, endulza el oído, atrae la voluntad y saca risa de los pechos melancólicos."

"Y llevárase el diablo —dije yo— a quien lo dice, y a quien lo escucha, y a quien incita a que se diga, y a quien tiene tan ruín opinión, y a quien lo consiente, pudiéndolo estorbar que no se diga. Y querer nadie hacer ley de su mala condición y costumbre en las cosas de palacio, es yerro notable y digno de castigo, que todos esos son actos que tienen su principal descendencia y origen de la antiquísima casa de la envidia, pasión infame, engendrada en

2 El orig., "earcajada" por errata. Las dos ed. B. 1618: "una grande carcajada."

pechos que piensan que el bien ajeno ha de redundar en daño suyo, desnudos de partes y merecimientos; la cual envidia es la más perniciosa de todas, porque, como tiene su fundamento en pesar del bien ajeno, todo el tiempo que dura en aquél la prosperidad, dura en éste la malicia, y sin tasa ni elección, porque el mismo en quien se halla tan abominable inclinación, a todos se opone: al menor, porque no se le iguale, y al igual, porque no le deje atrás, y al mayor, porque no le sujete y supedite

"¡Qué templado está a lo viejo!" —dijo el hablador.

"¡Y qué destemplado está él a lo moderno!" —dije yo. Y prosiguió diciendo:

"Entre los religiosos y religiosas, ¿puede negarme que no son muy ordinarias las envidias sobre las elecciones de superiores y oficios?"

"Cuando las haya, que pocas veces las hay —dije yo— al fin son sobre cosas honradas, de mucha calidad e importancia para su religión, y cada uno sigue el bando que más le parece conveniente para cosas de tanta substancia. Pero en palacio, ¿sobre qué es la envidia, sino sobre unas calzas viejas, que desechó el señor por más que viejas? ¿o sobre hacelle secretario de lo que es público en la boca de to-

dos? Pues quiero que entiendan los habladores y cizañeros de palacio, que ya que con su argentería falsa pueden traer enlabiado al señor, en tanto que por la tierna edad se deja llevar de congraciadores, que al fin son descendientes de sangres alimentadas con virtud y valor de ánimo, y han de caer en la cuenta mejor que en el yerro, y conocer lo que es bien y mal, y premiallo conforme a la intención con que ha corrido."

Preguntó aquel gentilhombre: "¿Pues no ha de tener el Príncipe criados que por la reputación del señor sepan cumplir de palabra con los mercaderes, y entretener los acreedores a quien deben?"

"Eso —dije yo— es lo que menos importa a los señores, porque los tales criados no mienten por entretener las trampas de los señores, sino por dilatar las que ellos hicieron a vueltas dellas. Mas pregunto: ¿es forzoso que por estar un hombre ocioso y vicioso, ha de servir toda la vida sujeto a las costumbres envejecidas de los que no pretenden más de vivir y morir, y por levantarse tarde y ejercitar la poltronería, han de estar todo el día arrimados a la pared como ánima de gigantón en puerta de

26 Alude quizás a lo inexpresivo del armazón de los gigantones (?).

taberna? Bien sé que no han de ser todos soldados, ni todos estudiantes, oficiales y sacerdotes; que servirse tienen las gentes de las gentes y los Príncipes de hombres que sean hombres, que no profesen la adulación por comer y holgar. Estudien, lean, aprendan algo de virtud, que no ha de ser todo congraciarse con el señor, derribando al uno, desacreditando al otro, y amenazando a aquél, y enfadando a todos. Sobre cosas que no tienen más calidad, ni cantidad que comer y pasearse, y a la vejez contar historias, que ni las vieron, ni las leyeron, ni aun quizá las oyeron, que la necesidad los hace inventores."

Ya se me iba desatando el frenillo contra la vida de palacio, como el estómago estaba desocupado y las partes orgánicas obraban más desenvueltamente, cuando entraron hachas encendidas, alumbrando toda la casa, que sirvió la visita de que por una saetía entrase la luz a la mesa de los doce pajes, y acudiendo cada uno a sus obligaciones, quedé tan solo, que pude desamparar las mías en el tinelo, y deslicéme lo más calladamente que pude sin des-

---

20 *saetía:* "Una ventanilla angosta por la parte de afuera, y más ancha en diminución por la de adentro, que hacían en las torres y murallas para disparar las saetas." (Dicc. Aut.)

pedirme de nadie, ni hablar palabra, volviendo de cuando en cuando el rostro atrás, por ver si me seguían por la costa que había hecho en el regalo mondonguil, que no comí, ni comiera; y en verme libre de aquel carnero de huesos mondos, entendí que me había escapado de alguna mazmorra de Argel.

Fuíme a mi posadilla, que aunque pequeña, me hallé con una docena de amigos que me restituyeron mi libertad, que los libros hacen libre a quien los quiere bien. Con ellos me consolé de la prisión que se me aparejaba, y satisfice el hambre con un pedazo de pan conservado en una servilleta, y a la dieta con un capítulo que encontré en alabanza del ayuno. ¡Oh libros, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir, y centinelas para bien morir! ¿Cuántos hombres de obscuro suelo habéis levantado a las cumbres más altas del mundo? ¿Y cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo? ¡Oh libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo!

Reposé aquella noche muy poco, porque como el sueño, que se dió para descanso del cuerpo, se hace de vapores cálidos y húmedos que

suben del estómago y manjar al celebro, y yo estaba casi en ayunas, fué tan poco mi sueño, que a las seis de la mañana estaba ya vestido. Santigüéme, y encomendándome al Autor de la vida, fuíme a un humilladero del bendito Angel de la Guarda que está en la otra parte de la puente Segoviana. El día amaneció claro, y el sol grande y de color amarillazo. Fuera desto, en un rebaño de ovejas que encontré cerca de la puente, vi que los carneros se topaban unos con otros y de cuando en cuando alzaban los rostros al cielo; eché de ver la tempestad que amenazaba al día, dime priesa para volver presto. Fuí a rezar, y en acabando llegó el ermitaño a mí —que pareció ser hombre de buen discurso— y me dijo: "No hará tan buen día hoy como hizo el del bienaventurado San Isidro, si se halló vuesa merced aquí."

"Sí me hallé —dije yo—, y he conocido las mismas señales del mal tiempo, por donde este día no se parecerá al otro."

"Cierto —dijo el ermitaño— que miré desde este alto y se me representó, con la mucha cantidad que había de coches y carrozas, una hermosa flota de navíos de alto bordo que me

24 Coches y carrozas con que iban en romería el día de San Isidro.

25 B. Corm., 1618: "navíos de alto borde."

trujo a la memoria algunas que he visto en España y fuera della."

"En el mismo concepto —dije yo— estuve aquel día, que venía con un poco de gota, con el espacio y remanso que requiere tal enfermedad, y me acordé de la armada de Santander que tan hermosa apariencia tuvo y tan mal se logró."

"Llegando al medio de la puente me llamaron para subir en un coche dos caballeros del hábito eclesiástico, de muy gallardos entendimientos acompañados de prudencia y bondad. Subí, y apenas estuve en el coche, cuando se alborotaron los caballos por una superchería que usó un hombre de a caballo con un hidalgo de a pie, de muy buena suerte, sobre haber sido estorbo para no hablar a su comodidad con una cuadrilla de cien mujeres que ocupaban un

8 Se refiere a la armada que en 1574 se formó en Santander al mando de don Pedro Menéndez de Avilés; v. INTRODUCCIÓN. En ella estuvo Espinel.

9 Hay aquí una falta de ilación en el relato. El texto debe de estar viciado, aunque es igual en todas las ediciones.

14 *supercheria:* Como observa el señor Castro en la ed. del *Buscón*, pág. 121, nota, no sólo significa "engaño", "fraude", sino, además, "atropello" o "abuso de fuerza". Comp.: "más quiero... estar en un sitio la nieve a la cinta... que sufrir las supercherías que se hacen a un hombre de bien." Quevedo, *l. c.* "¡Ah, traidores, que son muchos y yo solo!; pero con todo eso no ha de valeros vuestra supercheria." Cervantes, *La señora Cornelia.*

coche ajeno, que en cogiéndole prestado cabe dentro todo un linaje y toda una vecindad. Alborotada la flota carrozal, llegóse cerca de nosotros el autor de la pesadumbre muy ufano de lo que había hecho. Díjole uno de aquellos dos caballeros, Bernardo de Oviedo: "Si fuera lícito a los hombres hacer todo lo que pueden, no se fuera vuesa merced riendo de la sinrazón que ha hecho."

Respondió el otro: "Vuesa merced no debe de saber qué cosa es ser enamorado."

"A lo menos —dijo Bernardo— sé que el amor no enseña a hacer cosas ruínes."

Pasó acaso por allí el maestro Franco con su mula, y dijo al agresor: "No se desconsuele vuesa merced, que por lo menos ha granjeado la voluntad de doce mujeres, que con esa hazaña y doce pasteles de costa, irán a decir

---

6 Bernardo de Oviedo. Uno de los protegidos por el Arzobispo de Toledo, lo mismo que Luis de Oviedo citado más adelante. (V. Dedicatoria a don Bernardo de Sandoval y Rojas, pág. 29.)

14 El maestro Franco. Citado en el testamento de Espinel: "Item, declaro que debo en la ciudad de Milán, en Lombardía, veinte ducados a un mercader que se llama Ludovico Mateo de Recto... los quales quiero que se le paguen, y si fuese muerto a sus herederos, y caso que no los haya, el señor Maestro Franco se los diga de misas para sus almas." Prólogo de Pérez de Guzmán a la ed. B. 1881, pág. xx.

que vuesa merced es un Alexandre y un Scipión."

"¿Huélganse conmigo? —dijo el valiente—. Pues vive Dios que si no fueran clérigos había de pasar el negocio adelante."

"Pues por eso —dijo el maestro Franco— lo hizo Dios mejor, que sin quedar v. m. descomulgado, nos ha dado harta materia para reir."

A todo esto estaba muy colérico cierto gentilhombre que iba allí, de buena conversación y poca sustancia, y dijo: "¿Es posible que ha tenido aquel hidalgo paciencia para no vengarse de su agravio aunque le hicieran pedazos?"

"¿De cuál agravio? —dijo Bernardo—. El anduvo muy bien en no hacer diligencia donde no había de aprovechar, y los agravios que no caen sobre materia no tocan a la honra, ni aun a la ropa, si bien perturban el ánimo. Jugando suelen decir mil disparates los que pierden, como decir: cualquiera que se huelga que pierda miente y es un cornudo. Hase de reir desto, porque nadie dió materia para la desmentida. Y llámase materia la ocasión de agravio, hecho con palabras o con obras, sobre que caiga

1 *un Alexandre y un Scipión:* generoso y valiente. Comp.: "Porque era el ciego para con este vn Alexandre Magno, con ser la mesma auaricia, como he contado." *Lazarillo* (ed. Clás. Cast., pág. 126).—"*Es un Alejandro.* Por liberal y magnífico, y con ironía." Correas, pág. 526.

la venganza. Si dándole a un jumento de varazos, le alcanzan a dar a un hombre, o si jugando al mallo o a los trucos le aciertan a dar un palo, no tiene de qué sentirse porque aquel agravio no cayó sobre materia; y la paciencia en semejantes casos, arguye mucho valor de ánimo."

"Ea, señor —dijo el otro—, que la paciencia en tan notorias injurias descubre pocos hígados en quien ordinariamente la tiene."

"Por tres cosas —dijo Luis de Oviedo— tiene un hombre paciencia notable: o por no entender bien las cosas del mundo, o por templanza natural de condición, o por virtud adquirida de muchos actos; y el que sin estas tres cosas sufre injurias que no puede remediar, mani-

3 *mallo:* "Juego en que se hace correr por el suelo unas bolas de madera de siete a ocho centímetros de diámetro, dándoles con unos mazos de mango largo." (Dicc. Acad.)

3 *truco:* "Juego que de pocos años a esta parte se ha introducido en España y trúxose de Italia; es una mesa grande guarnecida de paño muy tirante e igual, sin ninguna arruga ni tropeçón; está cercada de unos listones y de trecho en trecho tiene unas ventanillas por donde pueden caber las bolas, una puente de hierro que sirve de lo que el argolla en el juego que llaman de la argolla, y gran similitud con él porque juegan del principio de la tabla, y si entran por la puente ganan dos piedras; si se salió la bola por alguna de las ventanillas, lo pierde todo. Tienen otras leyes particulares que por ser notorias no las pongo aquí." (Covarrubias.)

fiesta invencible ánimo para ellas, y menosprecio para quien las hace."

Al tiempo que acababa esta conversación con el ermitaño, vi todo el cielo revuelto y turbado. Fuíme a despedir para irme, y él me detuvo diciendo que antes que acabase de pasar la puente me cogería la borrasca. Dentro de poco espacio fué tan grande la tempestad de truenos, relámpagos y rayos, que la creciente en menos de media hora casi vino a cubrir los ojos de la puente y fué forzoso cerrar las puertas del humilladero, que combatidas del aire hicieron mucho en no rendirse a su violencia. "Mejor está v. m. aquí —dijo el ermitaño— que no en el camino."

"Mejor —dije yo—, que estando en la casa del mismo defensor de nuestras almas y cuerpos, criado para eso de la inefable bondad del Eterno Padre, más bien guardados estaremos que fuera della; guarda a quien no solamente la heredad de Dios reverencia y conoce, pero aun la antigüedad ciega de la lumbre de Fe, tuvo en grande veneración dedicándole templos y levantándole altares en nombre del Genio, que así llamaban los antiguos al benditísimo Angel Custodio. ¡Jesús, y qué continuos

3 Nueva falta de ilación en el relato. Así en todas las eds.

y civiles truenos! ¡qué gruesa piedra! ¡qué perseverancia tan grande! Desde que yo vine a Castilla, nunca entendí que fuera tan sujeta a tempestades tan desatadas como las que muchas veces he visto, que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas, muy altas y sujetas a la fuerza de los vientos, no es tan de admirar que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos y granizo."

"¿De dónde es vuesa merced?" —dijo el ermitaño.

"Yo, señor —respondí—, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos; de manera que si fueran los edificios como éstos, se los llevaran tormentas."

"Nunca he sabido hasta agora —dijo el er-

---

1 *civil:* "En su recto significado vale sociable, urbano, cortés, político y de prendas propias de ciudadano; pero en este sentido no tiene uso, y solamente se dice del que es desestimable, mezquino, ruín y de baxa condición y procederes. *Recop. de leyes del Reino,* lib. 8, tít. 14, l. 1: "Elijan y nombren dos Alcaldes de Hermandad, el uno del estado de los Caballeros y Escuderos, y el otro de los Ciudadanos y pecheros, tales que sean pertenecientes para usar de los dichos oficios, que no sean hombres baxos ni civiles, mas de los mejores y más honrados que hubiere." Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso,* fol. 250. "Cotéjeme V. md. esta mechánica y civil ocupación de ser tendero de chocolate con la afectada caballería que pretende introducir." (Dicc. Aut.)

mitaño— de donde fuese vuesa merced, aunque le conocí en Sevilla y le comuniqué en Flandes y en Italia."

Miréle con cuidado, y haciendo reflexión conocíle que había sido soldado donde dijo. Holguéme y abracélo, y supe dél que se había retirado a la soledad de los montes algunos años a servir a Dios, y por haber enfermado, se vino a poblado, o cerca dél, a pasar la vida eremítica, dándole a Dios lo que le quedaba.

Aunque la furia del argavieso no duró más de una hora, el agua que tras él se siguió duró sin cesar hasta el día siguiente, con furia de vientos deshechos. El buen ermitaño se halló con carbón, encendió un brasero, y hízome quedar a comer con él, de lo que Dios le había enviado por mano de gente muy devota, de que hay mucha abundancia en Madrid.

DESCANSO NOVENO

Cerradas las puertas del humilladero para defensa del viento, y encendido el carbón para la del frío, estaba el lugar abrigado y apacible; que el armonía que el aire hace con el ruído de los canales, produce una consonancia agradable para las orejas y no para el cuerpo, que en esto se diferencia el oído del tacto, que hay cosas que tocadas son buenas y oídas son malas, y al contrario. Comimos, y encerrados todo el día, con la escuridad, la noche y día fueron todo noche.

Tornó el ermitaño a repetir su primera pregunta, y como estábamos ociosos y encerrados sin tener otra preocupación, tratamos de lo que se nos ofreció. Preguntóme dónde había estudiado, y cómo me había divertido tanto por el

---

9 El orig. y las ediciones, "todas son buenas".

17 *divertir:* apartarse, esparcirse, derramar, vagar. Comp.: "El dia passado su Magestad y Altezas no oyeron bien el sermón; que la distancia por la altura, el murmurio de tanta gente como andaba por la Iglesia, su espaciosidad,

mundo, siendo de una ciudad tan apartada del concurso ordinario, y que para la cortedad de la vida humana tiene bastantes y sobrados regalos para pasar con alguna quietud.

Yo le respondí a todo lo que me preguntó: "Aunque aquellos altos riscos y peñas levantadas, por la falta de la comunicación, despertadora de la ociosidad y engendradora de amistades, no son muy conocidos, con todo eso cría tan gallardos espíritus, que ellos mismos apetecen la comunicación de las grandes ciudades y Universidades que purifican los ingenios y los hinchen de doctrina, por donde hay vivos en este tiempo varones, con cuya salud se alegra, con tanta aprobación de hombres doctos, que no tienen necesidad de la mía. Tuvimos allí un gran maestro de gramática, llamado Juan Cansino, no de los que dicen ahora preceptores, sino de aquellos a quien la antigüedad dió nombre de gramáticos, que sabían generalmente de todas las ciencias, doctísimo en las humanas letras, virtuoso en las costumbres, dechado que obligaba a que se las imitasen, las cuales enseñó juntamente con la lengua latina

y no tener sombrero el púlpito, divertían la voz del predicador." Pedro de Herrera, *Descripción de la Capilla de N.ª S.ª del Sagrario*. Madrid, 1617, fol. 66 r.°

18 Cansino: v. PRÓLOGO.

en que hacía muy elegantes versos. Era naturalmente manco de ambas manos; pero de los más respetados y temidos a fucia de virtud propia; lo cual granjeó con enseñar silencio más que hablar, porque decía él muchas veces, que el hablar era para las ocasiones forzosas, y el callar para siempre. Desto, y la lengua latina, si no fuí de los mejores dicípulos, tampoco fuí de los peores.

Estando yo razonablemente instruído en la lengua latina, de manera que sabía entender una epigrama y componer otra, y adornado con un poco de música —que siempre han tenido entre sí algún parentesco estas dos facultades— por la inquietud natural que siempre tengo y he tenido, quise ir a donde pudiese aprender alguna cosa que me adornase y perficionase el natural talento que Dios y naturaleza me habían concedido. Mi padre, viendo mi deseo e inclinación, no me hizo resistencia, antes me habló a su modo con la sencillez que por allá se usa, diciendo: "Hijo, mi costilla no alcanza a más de lo que he hecho, id a buscar vuestra ventura. Dios os guíe y

3 *a fucia de:* "modo adverbial antiguo equivalente a *en confianza.*" (Dicc. Acad.)

23 *costilla:* "el caudal que vno tiene para ajustarse con el gasto." (Covarrubias.)

haga hombre de bien"; y con esto me echó su bendición, y me dió lo que pudo, y una espada de Bilbao, que pesaba más que yo, que en todo el camino no me sirvió sino de estorbo.

"Partíme para Córdoba, aunque llegué entero, que es donde acude el arriero de Salamanca, y allí vienen de toda aquella comarca los estudiantes que quieren encaminarse para la dicha Universidad. Fuíme al mesón del Potro, donde el dicho arriero tenía posada, holguéme de ver a Córdoba la llana, como muchacho inclinado a trafagar el mundo. Fuíme luego a ver la Iglesia mayor, por oir la música, donde me dí a conocer a algunas personas, así por acompañar a mi soledad, como por tratar gente de quien poder aprender; que realmente con la poca experiencia y haberme apartado poco había de mis padres y hermanos —acto que engendra encogimiento en los más gallardos espíritus—, viendo que en aquella ausencia era forzoso, y que la fortuna nos acomete con cobardía, animéme lo mejor que pude, diciendo: la pobreza me sacó, o por mejor decir, me echó de casa de mis padres, ¿qué cuenta daría yo de mí

6 Juego de palabras indicando que "llegó entero aunque *se partió* para Córdoba".

12 *trafagar:* "andar o caminar por diversas tierras, tratando y conversando en varias provincias." (Dicc. Aut.)

si me tornase a ella? Si los pobres no se alientan y animan a sí propios, ¿quién los ha de animar y alentar? Y si los ricos acometen las dificultades, los pobres ¿por qué no acometerán las dificultades, y aun los imposibles, si es posible? Terneza siento con la memoria de mis hermanos; pero ésta se ha de olvidar con el deseo de poderles hacer bien; y si no pudiere, a lo menos habré hecho de mi parte lo posible y obligatorio. No se vienen las cosas sin trabajo; quien no se anima de cobarde se queda en los principios de la dificultad; si no hago más que mis vecinos, tan ignorante me quedaré como ellos; ánimo, que Dios me ha de ayudar.

Fuíme a mi posada, o a la del mesón del Potro, y púseme a comer lo que yo pude, que era día de pescado. En sentándome a la mesa, llegóse cerca de mí un gran maleante, que los hay en Córdoba muy finos, que debía ser vagamundo, y me oyó hablar en la Iglesia mayor, o el diablo hablaba en él y díjome: "Señor soldado, bien pensará vuesa merced que no le han conocido: pues sepa que está su fama por acá esparcida muchos días ha." Yo que soy un poco vano, y no poco, creímelo y le dije: "Vuesa merced ¿conóceme?" Y él me respondió: "De

18 M. 1744: "un gran marchante."

nombre y fama muchos días ha"; y diciendo esto sentóse junto a mí y me dijo: "Vuesa merced se llama fulano, y es gran latino, y poeta y músico." Desvanecíme mucho más, y convidélo si quería comer. Él no se hizo de rogar y echó mano de un par de huevos y unos peces, y comiólos; yo pedí más, y él dijo: "Señora huéspeda —porque no posaba en aquella posada—, no sabe vuesa merced lo que tiene en su casa; sepa que es el más hábil mozo que hay en toda la Andalucía." A mí dióme más vanidad, y yo a él más comida, y dijo: "Como en esta ciudad se crían siempre tan buenos ingenios, tienen noticia de todos los que hay buenos en toda esta comarca. ¿Vuesa merced no bebe vino?" "No, señor —respondí yo. "Hace mal —dijo él—, porque es ya hombrecico, y para caminos y ventas, donde suele haber malas aguas, importa beber vino, fuera de ir vuesa merced a Salamanca, tierra frigidísima, donde un jarro de agua suele corromper a un hombre; el vino templado con agua da esfuerzo al corazón, color al rostro, quita la melancolía, alivia en el camino, da coraje al más cobarde, templa el hígado, y hace olvidar todos los pesares." Tanto me dijo del vino, que me hizo traer de lo fino media azumbre que él bebiese, que yo no me atreví. Bebió el buen hombre, y tornó

a mis alabanzas, y yo a oirlas de muy buena voluntad, y al sabor dellas a traer más comida; tornó a beber y a convidar a otros tan desengañados como él, diciendo que yo era un Alexandre, y mirando hacia mí, dijo: "No me harto de ver a vuesa merced ¿que v. m. es N.? Aquí está un hidalgo, tan amigo de hombres de ingenio, que dará por ver en su casa a vuesa merced, doscientos ducados."

"Ya yo no cabía en mí de hinchado con tantas alabanzas, y acabando de comer le pregunté quién era aquel caballero. El dijo: "Vamos a su casa, que quiero poner a vuesa merced con él." Fuímos, y siguiéronle aquellos amigos suyos y del vino, y yendo por el barrio de San Pedro, topamos en una casa grande un hombre ciego, que parecía hombre principal, y riéndose el bellacón, me dijo: "Este es el hidalgo que dará docientos ducados por ver a vuesa merced."

"Yo corrido de la burla le dije: "Y aun por veros a vos en la horca los diera yo de muy buena gana." Ellos se fueron riendo, y yo quedé muy colérico y medio afrentado con la burla, y aunque dijo verdad, que el ciego bien diera por verme todo cuanto tenía.

"Esta fué la primera baza de mis desengaños, y el principio de conocer que no se ha de fiar

nadie de palabras lisonjeras, que traen el castigo al pie de la obra. ¿De qué podía yo desvanecerme, pues no tenía virtud adquirida en que fundar mi vanidad? La poca edad está llena de mil desconciertos y desalumbramientos; los que poco saben, fácilmente se dejan llevar de la adulación. Yo me dejé engañar con aquello que deseaba hubiera en mí, pero no es de extrañar que un hombre sencillo y sin experiencia sea engañado de un cauteloso, mas será digno de castigo si se deja engañar segunda vez. No tenía de qué correrme por lo hecho, sino de qué aprender para adelante a desapasionarme de las cosas del mundo; pero al fin me lastimó la burla de manera, que no siendo amigo de venganzas, quise probar la mano a ver si sabría dar una traza, para que me la pagase aquel burlador.

Había otros dos estudiantes esperando al mismo arriero; híceme camarada con ellos y comenzamos a pasear juntos. Yo me quité el vestido de camino, y me vestí una sotanilla y herreruelo negro de muy gentil ventidoseno de

23 *herreruelo:* Así en Cuesta y B. Marg. 1618. Las demás, "ferreruelo". "Capa más bien corta que larga, con sólo cuello sin capilla." (Dicc. Acad.)

23 *ventidoseno:* "un género de paño de una de las clases de los texidos... Llámase assí porque consta de dos mil y ducientos hilos, que hacen veinte y dos centenares." (Dicc. Aut.)

Segovia, y trújelo de manera que los estudiantes lo conociesen bien, y luego me torné a poner de camino. El bellaco del burlador vino a la tarde riéndose mucho, y yo más; porque no entendiese que me había corrido, díjele que quería por mi amigo a hombre de tan buen gusto; y entre los dos y sus amigos reímos el disimulo con que había comido y hablado. Él tenía conocimiento —no muy sencillo— en una casa donde se daba de comer razonablemente y a precio convenible, y así me dijo que quería que comiese yo allí siempre, porque nos harían cortesía. Yo le dije: "sí haré, con tal que vuesa merced coma conmigo, pero estoy esperando un mercader que acude a las ferias de Ronda, para quien traigo una libranza de cien ducados, y hasta que él venga no lo puedo pasar muy bien." "No le dé a vuesa merced pena —dijo él pensando que tenía lance—, que yo haré que le fíen cuanto quisiere." "Eso no —dije yo—, que tiemblo de tratar de fiar ni ser fiado, que por ahí se perdió mi padre; yo le daré a vuesa merced una muy gentil prenda sobre que nos fíen, hasta que venga este mercader." "Sea en hora buena" —dijo el buen hombre.

Fuíme a mi casa, y doblando muy bien aquel ferreruelo de ventidoseno, y llaméle a solas, de

que él se holgó mucho, y díselo para que le llevase por prenda, yendo yo con él. Vísele dar y comenzamos a comer sobre él, el bellacón y los dos estudiantes; y yo estuve siempre alerta que no pudiese entrar sin mí a la casa donde comíamos, porque no me hiciese alguna treta como lo tenía pensado, que de la mía no tenía sospecha. Vino el arriero de Salamanca y tratamos de irnos. El redomadazo, como no pudo hacer treta con el cuidado que yo tenía, a lo menos pidióle a la buena mujer una docena de reales sobre el ferreruelo, porque dijo que quería ir fuera; no pudo decírselo sin que yo lo oyese. Díjele: "pues se va fuera vuesa merced, dígale a esa señora que si yo viniere por el ferreruelo con el dinero, me le dé." Y así lo hizo, que su intención era desaparecerse hasta que se hubiese ido el arriero, y quedarse con la prenda. Desapareciόse y yo fuí a un juez, y le dije con gran sentimiento, y palabras que pudieran moverle, que como había sido estudiante, era fácil el persuadirle quejándome: "Señor, yo soy estudiante y estoy de camino para Salamanca, habiendo quince días que estoy aquí esperando al arriero; hanme hurtado un ferreruelo que me llegó a veinte ducados, tengo noticia que está

10 *hacer treta:* "hacer engaño y beta." Correas, página 631.

en cierta casa; suplico a vuesa merced porque no me desavíe de ir con el arriero, pues sabe vuesa merced, como tan gran estudiante y letrado, en qué caen estas cosas, me mande con justicia restituir el ferreruelo, que el que lo hurtó aguardó al punto crudo porque me faltase tiempo para cobrallo y gozar de su bellaquería."

"No le valdrá —dijo el juez— que a semejantes trazas sé yo acudir con justicia y diligencia. ¡Qué grande maldad que a un pobre estudiante, que quizá no llevaba otra cosa con que honrarse en Salamanca, le querían desaviar quedándose con su hacienda hurtada!"

Dió luego a un alguacil y escribano comisión para que hiciese la diligencia. Yo repartí entre los dos ocho reales, con que se les encendió el deseo de cumplir con lo mandado por el juez. Fuí con los dos estudiantes a la buena mujer —Dios me lo perdone—, y dejando a la puerta al escribano y alguacil, díjele que me sacase el ferreruelo. Sacólo, viéronlo los estudiantes y conocieron ser el mío. Entraron el alguacil y escribano, y tomados los testigos, la mujer dijo que no quería dar el ferreruelo sino a quien se

2 *desaviar:* "Desacomodar, negar o quitar lo que se necesita." (Dicc. Aut.)

6 *a punto crudo:* "Tarde y sin oportunidad, en mala ocasión y coyuntura, fuera de sazón." (Dicc. Aut.)

lo había empeñado, que era un conocido suyo, hombre muy honrado. El escribano se hizo depositario dél, y en llegando al juez con la información, mandó entregarme mi ferreruelo, dando mandamiento de prisión contra el bellaconazo, que si antes no parecía por lo que quería hacer, después no pareció por lo que querían hacer con él. Fuímonos con el arriero, y habiendo comido a costa suya, lo dejamos en este trance, con que reímos todo el camino.

No alabo yo el haber hecho esta pesada burla, que al fin fué venganza, cosa indigna de un valeroso pecho, y que realmente en esta edad no la hiciera; pero quien hace mal a quien no se lo merece ¿qué espera sino venganza y castigo? Estos hombres vagamundos y ociosos, que se quieren sustentar y alimentar de sangre ajena, merecen que toda la república sea su fiscal y verdugo.

El ocioso siempre piensa en hacer mal, o en defenderse del que ha hecho, y en no pensando en esto, está triste y melancólico. La melancolía facilísimamente acomete a los holgazanes ¡Qué contento queda uno déstos cuando ha puesto en ejecución una maldad, y qué presto vuelve a estar en su mala intención! La misma vida que trae el ocioso lo trae arrastrando; por más infelice tengo a un hombre ocioso que a un en-

fermo, porque éste tiene esperanza de salud, y la procura con todos los medios posibles, mas los ociosos y vagamundos nunca desean salir de su mal estado. Como el que está en galeras muchos años no se halla fuera de aquella miseria, así el ocioso en ocupándolo, no se halla fuera de su ruin vida. ¡Qué disgustos pasa cuando juega y pierde! ¡qué desesperación siente cuando vee a los virtuosos bien puestos! ¡qué carcoma infernal le acomete cuando se vee incapaz de merecer lo que el otro alcanza! Dios nos libre de tan abominable vicio, origen y principio de pobreza, poca estimación, olvido de la honra, y ofensa de la Majestad de Dios.

DESCANSO DECIMO

Fuimos caminando con el arriero, la mitad del camino al pie de la letra, y la otra como tercios de pescado cuando al arriero se le antojaba, que era mozo tesezuelo de condición, desapacible, enseñado a perder el respeto a los estudiantes novatos. Y así nos quiso hacer una burla en un pueblo pequeño, y en parte la hizo, lo uno por llevar sus mulos descansados, y lo otro porque pensó, quedándose sólo, derribar la fortaleza de una mujercita de buena gracia

---

3 *al pie de la letra:* "Puntual y exactamente. En sentido jocoso y familiar se dice del que camina a pie." (Dicc. Aut.)

4 *tercio*, según el Dicc. Acad., es: "Cada uno de los fardos con que se carga una acémila," y "la mitad de la carga de una acémila cuando va en fardos". Los tercios recibían el nombre de su contenido, y así se decía tercios de fruta, de pescado, etc. Se refiere, pues, Espinel a que iban colocados como tercios de pescado, esto es, como bultos o fardos, sobre las mulas. Comp. Correas, pág. 528: "Es carga cerrada. Dícese por el casamiento que no se ve qué tal es ni cómo han de salir las condiciones, y tómase de las cargas de fruta que se conciertan sin descubrir el tercio, y así en otras cosas."

que iba en nuestra compañía, destituyéndola del arrimo y apoyo que llevaba con cierto oficial que se había de casar con ella.

Fingió que le habían hurtado un zurrón de dineros, y que la justicia venía a prendernos a todos, para darnos tormento hasta averiguar quién lo tenía. Y junto con esto, juró que nos había de dejar en la cárcel y caminar con sus mulos lo más que pudiese, que para muchachos sin experiencia, cualquiera temor déstos bastaba. Creímoslo como si fuera verdad averiguada, y encarecíólo de manera, que nos hizo andar toda aquella noche —tras lo que habíamos caminado el día antes— cinco o seis leguas, y no caminando, sino huyendo por dehesas y montañas, fuera de camino, sin guía que nos pudiese alumbrar por donde íbamos, y él se quedó riendo, importunando con requiebros y mal lenguaje a la pobre mujer, sola y sin defensa. Pero no le sucedió como pensaba, porque el ruido que él había hecho había sido por medio de un alguacilejo amigo suyo; y la mujer, como valerosa, después de haberse defendido de la violencia que con ella quiso usar, tuvo modo como escabullirse dél y yéndose al Alcalde, le dijo con grandísima acción de palabra y sentimiento, que aquel arriero había hecho una estratagema y maraña muy perniciosa, por

aprovecharse della y quitalle el remedio que consigo traía. Creyólo el buen hombre, así por conocer la desvergüenza y mal trato del arriero, como por atajar el daño que a la pobre mujer le podía suceder, y afeándole este caso y la inhumanidad que había usado con los estudiantes, le mandó que diese fianzas que llevaría muy regalada a la mujer sin hacerle agravio ni ofensa, y que no le castigaba muy gravemente por no desaviar la jornada a los estudiantes; y amonestóle, que mirase cómo procedía, porque le castigaría con todo rigor, sin tener respecto a cosa alguna, si por el camino iba haciendo insolencias; y mandóle con esto que se aviase muy de mañana para recoger a los cansados y hambrientos estudiantes.

¡Oh arrieros, impía gente y sin caridad! ¡crueles contra su misma naturaleza! No conocen a nadie más de en cuanto le están quitando el dinero. Y así los castiga Dios, porque tienen muchas posadas y pocos amigos. Todos los géneros de gente aman la piedad, si no son éstos. El día que no hacen alguna burla a los caminantes, no están en sí. Tratan con bestias, y así se van convirtiendo en su naturaleza. No se ha visto que llevando bestias vacías aliviasen del trabajo del camino a algún miserable; parece que les falta el uso de la razón natural

como a éste, que no pudiera uno de ley contraria usar con nosotros más exorbitante bellaquería que hacernos huir de noche, cansados de haber caminado el día antes, sin más ocasión de cometer dos inormes maldades.

Ibamos huyendo y por no ser sentidos, yendo en tropa, dividímonos cada cual por donde mejor le pareció. Yo seguí una media vereda, que estaba bien cubierta de árboles; hice cuanto pude de mi parte por no quedarme más atrás de los otros, pero mi cansancio era de modo que en poco espacio a ninguno de todos sentía. Puse el oído en la tierra, que deste modo se oyen mejor los pasos aunque estén algo lejos: no sentía cosa que me hiciese compañía. Traspúseme un poco, y luego dime priesa a andar, volviéndome hacia atrás, pensando que iba adelante, y así cuanto más andaba y me apresuraba, menos esperanza tenía de alcanzar los compañeros. Hacia las espaldas me parecía que oía perros ladrar algo lejos, que como los compañeros iban apriesa alteraban estos animalejos. Como no estaba ejercitado en caminos, y el día antes se había trabajado en eso, el sueño —como descanso general de todos los miembros— solicitaba sus horas diputadas, y no pudiendo ya más conmigo, rendíme al cansancio y al sueño.

Topéme con un alcornoque, bien ancho de troncón y por una parte descorchado, de suerte que formaba un arrimo a modo de alacena, donde pude arrimar y reclinar las molidas espaldas. Dejéme dormir; pero como no se duerme bien sentado, caíme de lado como una cosa muerta. Desperté a cabo de rato, porque me parecía que me andaban hormigas por el rostro; limpiélas con la mano y volvíme del otro lado; torné a recordar, porque sentí lo mismo; pero como el cansancio era tanto, y el sueño tan profundo, aunque algo temeroso de la soledad en que me veía, dejéme caer tercera vez en el mismo lugar. No mucho después —aunque el sueño no mide el tiempo— desperté a una tristísima y muy cansada voz de un ¡ay! que al parecer salía de las entrañas de la tierra, que hizo en las mías tal armonía, que por poco me faltara el aliento y la vida; mas teniendo la respiración, así por el temor como por tornar a escuchar con atención la dolorosa voz, sentí otra más cerca de mí, que como había unas

10 *recordar*. Despertar. *Romancero general*. Rivad., t. X, pág. 563 a:

Como vieron al león,
A huir habían echado.
Al ruido de las voces
El buen Cid ha recordado:
Antes estaba durmiendo
Echado sobre el su escaño.

matas un poco altas, no veía el instrumento de donde salía.

Ya yo estaba casi para espirar, o para hacer alguna flaqueza indigna de hombre de pecho, cuando muy cerca de mí, tanto que veía el bulto, sonó tercera vez la voz diciendo: "¡Ay de mí, más infelice y sola que cuantas padecen cautiverio y servidumbre en las mazmorras de crueles e inclementes moros! ¡Ay de mí, la más desventurada que las que han visto despedazar sus hijos en su presencia! ¡Ay, más sin remedio y consuelo que las ya condenadas por sentencia de riguroso juez! ¡Oh sitio maldito, árbol descomulgado, testigo de dos muertes, por quien yo diera mil vidas, si las tuviera! ¿Qué obsequias hará quien desea morir sin ellas, siendo homicida de sí propia? ¿Con qué llanto podré entregarme a la rabiosa muerte que tanto huye de mí? ¡Cuántos días y noches vengo a ver si puedo acompañar a estos despedazados miembros!"

Yo me levanté, y estando ella muy junto a mí sin hacer movimiento y yo temblando, me dijo: "¿Eres acaso sombra que vienes enviada de la región de los muertos a llevarme a la compañía de mi esposo y de mi amigo? Si eres de allá, ya sabes que en este mismo lugar adonde estás, mi amante dió la muerte a mi esposo

sin consentimiento mío, por gozarme a solas y con libertad, y que en ese mismo árbol, el amante que me había quedado para consuelo, pagó la culpa de su delito. Veslo ahí sobre ti colgado, siendo mantenimiento de aves y animales."

Yo, escandalizado, alcé el rostro y vi —porque ya comenzaba a amanecer— a aquel cuyos gusanos andaban por mi rostro, cuando yo pensaba que eran hormigas; y confieso que con el hórrido espectáculo de la desesperada mujer, y con el hediente espantajo del árbol, si no hubiera luz me cayera muerto, cortado y sin fuerzas: mas para no hacerlo me ayudó el oir los cencerros y campanillas de la recua del arriero, que ya salía del pueblo; porque —como arriba dije— pensando que iba adelante, me iba hacia atrás, y a él le hicieron salir más de mañana que solía, porque fuese a recoger los engañados estudiantes.

Y prosiguiendo la miserable mujer, dijo: "Y si eres cosa deste mundo, huye deste execrable lugar, y déjame proseguir mis acostumbradas exequias, desesperado mantenimiento con que me desayuno todas las mañanas." Y bien pudo dudar la irremediable mujer si yo era fantasma o visión horrible de los olvidados sepulcros, porque el temor me había chupado los carrillos, alargado el rostro, y teñido el color de rojo en pajizo; la falta del sueño me tenía hundidos los

ojos a lo último del colodrillo, la hambre prolongado el pescuezo vara y media, y el cansancio desjarretado piernas y brazos; el ferreruelo tenía hecho turbante sobre la cabeza: miren qué figura para no juzgarme por del otro mundo; y no digo lo demás por mi honra. No pude responderle palabra, ni ofrecelle ningún favor, porque para mí le había menester. No acertaba a quitarme de aquella más que horrible mujer de ojos encarnizados y hundidos, nariz prolongada, rostro arrugado y hambriento, dientes amarillos, labios negros, barba aguzada, el cuello que parecía lengua de vaca; torcíase las manos que parecían dos manojos de culebras, y todo lo demás a esta traza.

El temor me tenía travado el entendimiento, y el entendimiento las demás acciones que podían aprovecharme para partirme della. Pero alentándome lo mejor que pude —y pude muy mal— fuí moviendo los pies como toro desjarretado, maldiciendo la soledad y a quien quiere andar sin compañía, considerando qué bien puede traer, si no es estas cosas y otras peores; ¿qué temores no trae? ¿qué imaginaciones no engendra? ¿qué males no causa? ¿qué desesperaciones no ofrece? Los que tie-

9 *quitarme:* apartarme.

nen aborrecida la vida, buscan la soledad para acabarla de presto; quien huye la compañía no quiere ser aconsejado en su mal. ¿Hay más apacible cosa que la compañía, ni más odiosa que la soledad? ¡Cuántas desdichas, cuántos robos, cuántas muertes suceden cada día por ir sin compañía! ¡cuántas venganzas se ponen en ejecución que no se pondrían sino por la soledad! Al solo nadie le va a la mano en el mal, ni le ayuda en el bien. ¡Ay del solo!, que si cae no hay quien le ayude a levantar. Andese quien quisiere solo, que la soledad sólo es buena para santos o para poetas, que los unos tratan con Dios, que los acompaña, y los otros con su imaginación, que los desvanece.

10 "...¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante." *Ecclesiastés*, cap. 4, vers. 10.

DESCANSO UNDÉCIMO

Con estas solitarias consideraciones llegué al camino, donde viéndome el arriero, con más blandas palabras que solía, paró la recua, y con cortesía y afabilidad me dijo que subiese, doliéndose mucho de la mala noche que habíamos padecido. "Y aun si bien lo supiérades" —dije yo. Y preguntando a la mujer que venía con él, qué novedad era aquella, respondió lo referido. Los demás, con el marido de la buena mujer, hallamos ya hartos de dormir y comer; yo, aunque me preguntaron cómo me había quedado atrás, no respondí más de que había errado el camino. Del cuento sucedido no les dije palabra, lo uno, por pensar que pudiera haber sido ilusión del enemigo del género humano, lo otro, porque las cosas tan extraordinarias hacen diferentes efectos en los que las oyen, y el más cierto es reirse y dar matraca

19 *dar matraca:* "Burla y chasco que se da a uno zahiriéndole y reprehendiéndole alguna cosa que ha hecho." (Dicc. Aut.)

a quien las cuenta. Las cosas en que puede ponerse duda, no se han de decir sino a los muy particulares amigos, o a los discretos, que las reciben como ellas son. No todos tienen capacidad para oir cosas graves. Verdades que pueden escandalizar y alborotar los pechos, cuando no es necesario, no se han de decir. Yo reventaba por hablar, pero consideraba que me ponía a peligro de no ser creído. Más vale callar que dar ocasión de incredulidad o murmuración. La admiración da ocasión al silencio, y desta vez quise ver si podía enseñarme a callar.

Fuimos nuestro camino sin suceder cosa notable, yo callando, y los demás preguntándome la causa; yo respondía no más de que era condición natural mía; pero en todo el camino no se apartó de mi imaginación la mujer, el árbol, la fruta y la cama llena de gusanos, hasta que llegamos a Salamanca, donde la grandeza de aquella Universidad hizo que me olvidase de todo lo pasado.

Alegróse mi alma de veer que los ojos gozasen lo que tenían los oídos y los deseos llenos de la soberbia fama de aquellas academias que han puesto silencio a cuantas hay en el mundo. Vi aquellas cuatro columnas sobre quien estriba el gobierno universal de toda la Europa, las

basas que defienden la verdad católica. Vi al Padre Mancio, cuyo nombre estaba y está esparcido en todo lo descubierto, y otros excelentísimos sujetos, con cuya doctrina se conservan las facultades en su fuerza y vigor. Vi al Abad Salinas, el ciego, el más docto varón en música especulativa que ha conocido la antigüedad, no solamente en el género diatónico y cromático, sino también en el armónico, de quien tan poca noticia se tiene hoy, a quien después sucedió en el mismo lugar Bernardo Clavijo, doctísimo en entender y obrar, hoy organista de Felipe Tercero.

En comenzando a beber de el agua de Tormes, frigidísima, y a comer de aquel regalado pan, me cuajé de sarna, como les sucede a todos los buenos comedores, de manera que estudiando una noche la lección de súmulas me

2 Mancio (1497-1576). Célebre teólogo, catedrático de la Universidad.

6 Francisco de Salinas (1513-1590). Una de las figuras más importantes en la historia de la música española. Fray Luis de León le dedicó una de sus más inspiradas odas. Ocupó la cátedra de música de la Universidad hasta 1584 en que le sucedió Bernardo Clavijo, quien la desempeñó hasta el curso de 1604 a 1605.

9 "La música es de tres géneros: diatónico, cromático y enharmónico." (Covarrubias.) Sobre el diferente sentido que tienen estas palabras en la música antigua y en la moderna, v. Pedrell, *Diccionario técnico de la Música*, Barcelona, 1894.

18 *súmulas:* "Compendio o sumario que contiene los principios elementales de la Lógica." (Dicc. Aut.)

comencé a rascar los muslos al sabor de unos carboncillos que tenía encendidos en un tiesto de cántaro, y cuando volví en mí los hallé tan desollados, que con el agua que destilaban me quedé hecho una alquitara, y por quince días me negaron la obediencia y el respecto; daño en que ordinariamente caen los principiantes en Salamanca, porque como el pan es blanco, candeal y bien sazonado, y el agua delgada y fría, sin consideración comen y beben, hasta cargarse unos de la perruna, y otros de la gruesa, y así es menester que los que comienzan nuevos en Salamanca, [vivan con cuidado en esto, porque también suelen acudir unas cámaras de sangre algo peligrosas, y aunque en todas las partes donde hay mudanzas de aguas y mantenimientos, se ha de entrar con recato en el uso dellos, más particularmente se ha de hacer en Salamanca,] lo uno por la frialdad y sutileza del agua, y lo otro porque los estudiantes van hechos al regalo de sus casas y de sus padres y tierras, y con la poca edad se recibe más fácilmente el daño; fuera de que entrando con este cuidado, la templanza es la que conserva la salud y aviva el ingenio.

11 Sarna común o gruesa y perruna o pequeña; v. página 57, nota.

13 el trozo entre corchetes falta en B. 1881.

Los repletos de comida y bebida están incapaces de acudir a cosas de entendimiento y prudencia, y realmente la templanza da más gusto a los mantenimientos del que ellos en sí tienen, y con ella se templa la lujuria en los mozos; pero yo me hube tan destempladamente con el pan y agua de Salamanca, que por la Natividad de nuestro Redemptor me dieron unas grandísimas calenturas; llamé al doctor Medina, Catedrático de Prima doctísimo de aquella Universidad, y lo primero que hizo fué mandar que me quitasen el agua. Yo le dije que mirase que era colérico, y muy encendido de sangre, y él me respondió —como si dijera una gran hazaña suya—: "Ya saben que el doctor Medina quita el agua a los enfermos." Creció la calentura, y no el remedio; comenzó a darme unos hordiates, que no aprovecharon cosa, porque la salud de los coléricos con calenturas sólo consiste en darles agua fría a sus tiempos, y sangrías moderadas, y consistiendo la salud mía en no negarme el agua, no me la dejaron en todo el aposento. Diéronme unos baños con veinte suciedades, y dejáronse allí una artesilla en que me los habían dado; yo me vi tan impaciente, y tan acosado de la sed, que

18 *hordiate:* "Cebada mondada, o bebida que se hace de cebada semejante a tisana. (Dicc. Acad.)

me levanté como pude a buscar agua, y como no la hallé, pegué con la artesilla del agua, que estaba fría como un hielo, y a dos golpes que bebí, la dejé en el asiento, y la panza como vela latina con el viento en popa; pero duró poco, porque dentro de un ochavo de hora comenzó el estómago a basquear, y arrojó tanta cantidad de bocanadas, que de vacía la barriga, la doblaba como alforza un lado sobre otro. Vino a la mañana el Doctor y vió el artesilla más llena que la dejó, porque en ella misma descargó el nublado. Preguntóme cómo me hallaba, respondíle que muerto de hambre. Miró el pulso, y hallóle sin calentura; admiróse de ver la mudanza, y dijo: "¡Oh milagroso baño! No se ha inventado tal medicina en el mundo: no le he dado a hombre que no le haga notable provecho." "Habránle tomado —dije— como yo." "Este baño —dijo el Doctor— alienta y refresca, confortando las partes interiores y exteriores." "¿Y cómo se le da vuesa merced —dije yo— a los demás?" "Tibio —respondió él—, y bañando todo el cuerpo por de fuera." "Pues désele —dije yo— frío y bebido, que así lo tomé yo, y les aprovechará mucho más." Y contándole el caso, dijo: *Rectum ab errore,* repitiéndolo cuatro o cinco veces y haciéndose cruces, se fué y me dejó sano.

Hay médicos tan crueles que a un pobre enfermo colérico fogoso, le dejan que se le abrase el hígado y se le sequen los huesos, pareciéndoles que negándole el agua, acabarán más presto con la enfermedad y el enfermo. Aquel refrán que dicen: *Al que es de vida, el agua le es medicina,* se ha de entender desta manera, que aquel *de vida* sea participio, de manera que al que es *debida* el agua, y al que se le debe el agua, a ése le es medicina, que no al otro. Y siendo así ¿a quién se le debe más que a un colérico con calenturas? Y esa otra significación ordinaria, la tengo por burla y modo de hablar de gracia.

En Ronda conocí un tejero, que había cuarenta y cuatro años que no probaba gota de agua, que decía por donaire que él no había de beber licor donde se ensuciaban las ranas. Vino una vez con tanta sed y cansancio, que para quitarla bebió un jarro de agua fría, que dentro de veinte y cuatro horas le puso como el barro con quien trataba. A éste no se le debía el agua, lo uno, por no estar acostumbrado a ella, lo otro, porque su estómago no era de hombre colérico; y al que es debida el agua le es medicina.

7 "A quien es de vida el agua le es melecina." Sbarbi, pág. 56; tomado de Fernando de Arce.

DESCANSO DOCE

Si los trabajos y necesidades que los estudiantes pasan, no los llevase la buena edad en que los coge, no había vida para sufrir tantas miserias y descomodidades como se pasan ordinariamente; pero con ser en la puericia y adolescencia, edad tan quitada de cuidados y sentimientos, se hace gusto del acíbar, risa y pasatiempo de la necesidad, con que se va pasando aquel espacio en que se sazona y hinche de doctrina el entendimiento, que con la esperanza del premio todo se hace sufrible. Ninguno hay que no se prometa grandes cosas en los primeros años, que en comenzando a gustar o disgustarse de la mala correspondencia, por la tardanza de los arrieros, o del olvido de los padres y parientes, por la mayor parte se encogen y desaniman, especialmente aquellos que por ser pobres no tienen quien les acuda con lo necesario o parte dello; que cierto desjarreta mucho la necesidad al que con buenos pensa-

mientos comienza los estudios. La falta de mantenimientos, el carecer de libros, la desnudez, la poca estimación que consigo traen estas cosas, tiene[n] muchos y grandes ingenios acobardados, arrinconados, y aun distraídos por la privación de sus esperanzas mal logradas. Yo confieso de mí, que la inquietud natural mía, junta con la poca ayuda que tuve, me quebraron las fuerzas de la voluntad para trabajar tanto como fuera razón. Y como en esta edad los alientos de la mocedad están tan dispuestos para el mantenimiento, nunca se vee un hombre harto.

Acuérdome, que después de haber comido la ración del pupilaje de Gálvez, me comí seis pasteles de a ocho en una pastelería excelentísima, que había en el desafiadero. Miren qué alientos éstos para las necesidades de Salamanca. Estábamos después desto tres compañeros al barrio de San Vicente tan abundantes de necesidad, que el menos desamparado de las armas reales era yo, por ciertas lecciones de cantar que yo

17 *desafiadero:* "El sitio o parage donde en algunos lugares se reñían los desafíos, por ser oculto y excusado: como en Madrid el callejón de S. Blas y otros. LAGUNA, *Sobre Dioscórides,* lib. I, cap. 145: "Sobre apuesta me comió seis libras de higos los más sucios y enharinados que se pudieron hallar en el desafiadero de Salamanca." (Dicc. Aut.)

21 *desamparado de las armas reales:* falto de moneda.

daba; y aun las daba, porque se pagaban tan mal, que antes eran dadas que pagadas; y aun dadas al diablo. Consolábamonos con la igualdad de la provisión, y aunque parezcan niñerías indignas deste lugar, y aun de acordarse y tratarse, tengo de decir alguna para que no se desanimen los que se vieren con ingenio y pobreza, y con deseo de saber; que haciendo gusto de la necesidad, puede llevarse la penuria que de ordinario se pasa en los estudios; ver pasar a otros mayores trabajos disminuye la fuerza de los nuestros. Miserias y necesidades agenas —aunque sean contadas para ejemplo— en parte consuelan a los afligidos. ¿Qué trabajos puede tener un estudiante, que no los haya mucho mayores? El trabajo y necesidad que toca a muchos, y muchos le llevan, se hace sufrible, aligera y alivia las cargas de todos. Cuanto más, que el que con buen ánimo acomete al trabajo, la mitad tiene hecho, y al fin los valerosos ánimos atropellan las forzosas necesidades. Dígolo, porque las que pasaron mis compañeros y yo fueron de manera que pudieran consolar a los estudiantes más llenos de miserias del mundo, y entre otras contaré una que puede servir de risa y de consuelo.

Hallámonos una noche, entre otras muchas, tan rematados de dineros y paciencia, que nos

salimos de casa medio desesperados, sin cenar, sin luz para alumbrarnos, sin lumbre para calentarnos, haciendo un frío que en echando el agua en la calle, se tornaba cristal. Yo fuí en casa de cierto dicípulo, y dióme un par de huevos y un panecillo; vine muy contento a casa, y hallé a mis compañeros temblando de frío y muertos de hambre —como dicen los muchachos— que no osaban desenvolver un poco de rescoldo que se había guardado para su menester. Dije lo que traía, salieron a buscar algunas serojas para avivar el rescoldo; vinieron presto muy contentos, por haberse hallado un leño bien largo; pusímoslo en el poco rescoldo que había quedado, y soplamos cuanto pudimos todos tres y el leño no se quería encender; tornamos a soplar una y otra vez; pero quedándose el leño sin encender, se hinchó el aposento de un humo muy hediondo.

Eché un papel en el rescoldo para que diera luz en el aposento, y en encendiéndose, descubrió, que el leño era un muy descarnado zancarrón de un mulo, que por poco nos hiciera reventar de asco; y si antes no cenamos por no tener qué, después no cenamos por eso, y por la náusea de nuestros estómagos, que hubo alguno que purgó por dos partes lo que no había comido ni cenado, hasta echar sangre por

la boca, y el que lo trujo quiso cortarse la mano. Bien confieso que no son estas cosas para contarse; pero como sean para consuelo de afligidos, y mi principal intento sea enseñar a tener paciencia, a sufrir trabajos, y a padecer desventuras, puede llevarse con los demás que no cuento. Todo lo que se escribe, para doctrina nuestra se escribe, y aunque sea de cosas humildes, se ha de recibir para el efecto que se dice. Y habemos de pensar, que ni en los ejemplos de cosas grandes hay siempre provecho, ni que en las pequeñas falta doctrina. Tan bien se reciben las fábulas de Isopo, como los estratagemas de Cornelio Tácito. Más gusto se halla en un higo que en una calabaza; así conté una niñería como ésta; porque para decir necesidades de estudiante, que son de hambre, desnudez y mal pasar, también las historias ejemplos han de ser de pobreza, para consolar a quien la padece.

No paró aquí la mala ventura de aquella noche, porque estando a la puerta de la calle, por no poder sufrir el pestilencial olor del leño mular, pasó rondando el Corregidor —que al presente era don Enrique de Bolaños, muy gran caballero, cortés, y de muy buen gusto—, y nos dijo: "¿Qué gente?" Yo me quité el sombrero, y descubrí el rostro, y haciendo una gran reve-

rencia, respondí: "Estudiantes somos, que nuestra misma casa nos ha echado en la calle." Mis compañeros se estuvieron con sus sombreros y cebaderas sin hacer cortesía a la justicia. Indignóse el Corregidor, y dijo: "Llevad presos a esos desvergonzados." Ellos, como ignorantes, dijeron: "Si nos llevaren presos, nos soltarán un pie a la francesa"; asiéronlos, y llevánlos por la calle de Santa Ana abajo. Yo, con la mayor humildad que pude, le dije: "Suplico a vuesa merced se sirva de no llevar a la cárcel a estos miserables, que si vuesa merced supiese cómo están, no los culparía." "Tengo de ver —dijo el Corregidor— si puedo enseñar buena crianza a algunos estudiantes."

"A éstos —dije yo—, con dalles de cenar y quitalles el frío, los hará vuesa merced más corteses que a un indio mejicano." Y junto con esto —viendo que me escuchaba de buena gana— le conté lo pasado de los huevos y de la humareda que procedió del sacrificio acemilar. Rióse del cuento —que tenía mucha apacibilidad— y a costa de ciertas espadas que había quitado a ciertos escolares vagamundos, les hin-

4 *cebadera:* morral.

8 *un pie a la francesa:* "Phrase con que se da a entender que alguno ha de precisar a otro a que execute lo que le mandare, ya sea por fuerza, o ya por dominio o superioridad." (Dicc. Aut.)

chó el vientre de pasteles y marrana, y de lo de la tabernilla, y a mí me hizo mucha merced de allí adelante.

Díjeles a mis compañeros: "Amigos, muy mal anduvistes con el Corregidor." "¿Por qué? —preguntaron ellos—, ¿es nuestro juez?" Respondí yo: "Porque a las personas constituídas en dignidad, sean o no sean superiores nuestros, tenemos obligación de tratarlos con reverencia y cortesía; y no sólo a éstos, sino a todos los más poderosos, o por oficios, o por nobleza, o por hacienda, porque siéndoles bien criados y humildes, en cierta forma los igualamos con nosotros, y haciendo al contrario, nos damos por enemigos de los que nos pueden agraviar muy a su salvo. Dios crió el mundo con estos grados de superioridad, que en el cielo hay unos ángeles superiores a otros, y en el mundo se van imitando estos mismos grados de personas, para que los inferiores obedezcamos a los superiores. Y ya que no seamos capaces de conocernos a nosotros propios, seámoslo de conocer a quien puede, vale y tiene más que nosotros. Esta humildad y cortesía es forzosa para conservar la quietud y asegurar la vida. Es muy gran yerro querer ajustar nuestras fuerzas con las de los poderosos, usar del rigor de nuestra condición con quien es

más cierto el perder que el ganar. La humildad con los poderosos es el fundamento de la paz, y la soberbia, la destruición de nuestro sosiego, que al fin pueden todo lo que quieren en la república.

En esta vida pasé tres o cuatro años hasta que se me dió una plaza en el colegio de San Pelayo, estando entonces allí el señor don Juan de Llanos de Valdés, que cuando esto se escribe es del Consejo Supremo de Inquisición, en compañía de sus hermanos, tan grandes estudiantes como caballeros, y el señor Vigil de Quiñones, que a fuerza de virtud y merecimientos es agora Obispo de Valladolid; donde teníamos conclusiones todos los sábados, y pudiera yo aprovecharme si la necesidad de mis padres y el deseo que yo tenía de servirles, no me sacara con una carta suya para ir a heredar cierta hacienda de que un pariente me quería hacer donación, o capellanía.

15 *conclusiones:* "Puntos o proposiciones Theológicas, Juristas, Canonistas, Philosóphicas o Médicas, que se defienden públicamente en las Escuelas." (Dicc. Aut.)

DESCANSO TRECE

Salí de Salamanca sin el dinero que bastara para dejar de ser peón, y como era por fuerza el serlo, acordándome de la poca población que había en Sierra Morena, por aquella parte de la Hinojosa que había quince leguas sin poblado, y por no dejar de veer a Madrid y a Toledo, vine por esta máquina: pasé por Toledo y Ciudad Real, donde una monja muy virtuosa y principal llamada doña Ana Carrillo, me regaló y ayudó para el camino. Saliendo de Ciudad Real, me encontré con un mozo de muy buen talle que parecía extranjero; fuimos caminando hasta Almodóvar del Campo, y topamos con dos gentiles hombres en el camino, que llevaban entre los dos un muy gallardo macho remudando a veces de cuando en cuando. Trabamos conversación con ellos, y parece que se in-

8 *máquina:* "Metaphoricamente significa la phantasía u traza que uno idea u imagina para forjar alguna cosa." (Dicc. Aut.)

clinaron a no dejarnos atrás. Colegí de su modo de proceder que traían lengua de dos mercaderes que iban a la feria de Ronda con muy gentil dinero, que a mí me dió gusto por ser aquel mi viaje. No me pareció bien, y con gran cuidado les miré a las manos y a las bocas. Entramos en una misma posada, y como yo llevaba tragada la malicia y andaba sobre aviso, no hablaban palabra que, fingiéndome dormido, no se la entendiese. El uno dellos no hacía sino entrar y salir en la posada, hasta que ya topó con la de los mercaderes.

En amaneciendo cogió el uno dellos una cabalgadura, y se partió delante, llevando para cierto efecto una graciosísima sortija —que no pudieron dar la traza, sin que yo la oyese—. Fuése aquel delantero, como criado, y quedóse estotro como señor. Muy por la mañana aderezó su macho, y estuvo con mucho cuidado aguardando a que pasasen los mercaderes; en pasando, hízose encontradizo con ellos, y preguntóles con grande comedimiento adónde caminaban, y respondiéndole ellos, que a la feria de Ronda, hizo grandes demostraciones de holgarse, diciendo: "Mejor me ha sucedido que pensaba, en haberme encontrado con tan principal compañía; porque voy a la misma feria, a comprar un atajuelo de docientas o trecien-

tas vacas, y por no haber andado este camino, a lo menos de las Ventas Nuevas adelante, iba con algún recelo de mil daños, que suelen suceder a los que llevan dinerillo, y habiendo encontrado con vuesas mercedes, iré muy consolado, así por la buena compañía, como porque vuesas mercedes me encaminarán allá, pues tienen más inteligencias que yo para lo que voy a comprar." Ellos le ofrecieron de ayudalle y hacerle amistad en la feria, por ser muy conocidos en la ciudad.

Estos dos bellacones, que iban en seguimiento de los mercaderes —a lo que después entendí— eran de un género de fulleros, que entre ellos llaman donilleros. Fueron riendo por el camino, porque el fullerazo era grande hablador, y les iba diciendo cuentos, con que los entretenía con mucha gracia y donaire. Yo, por no perdellos hasta ver el fin, andaba lo más que podía asiéndome de cuando en cuando al estribo, o al tranzado del macho, que como dije que iba a la feria de Ronda, y era natural de ella, los mercaderes me animaban y esperaban a ratos. Llegando cerca de cierta venta, que la

15 *donillero:* "Fullero que agasaja y convida a aquellos a quienes quiere inducir a jugar." (Dicc. Acad.)

21 *tranzado:* trenzado. "Trançado dixose quasi trençado." (Covarrubias.) "Echar al tranzado; o echarlo al tranzado," (Correas, pág. 141.)

mitad del año está desamparada, puesta en una ladera a mano derecha como subimos, el fullero sacó de la faltriquera ciertos mostachones, que por la mucha especia, llaman la sed a tiro de arcabuz, y dió a cada mercader uno, y como era por el mes de mayo cuando llegaron a emparejar con la venta, que estaba medio caída y sin gente, iban ya pereciendo de sed, dijo el fullero: "Aquí dentro hay una fuentecica muy fresca, entremos a cumplir con los mostachones; y si vuesas mercedes quieren, aquí llevo una bota de muy gentil vino de Ciudad Real, con que podemos hacer satisfación al llamamiento."

Apeáronse, y entró el fullero primero en la venta, llegó a la fuente, y siguiéndole los mercaderes, bajóse a beber, y dijo con grande admiración: "¡Ay! ¿qué es esto que me he hallado aquí?" Y alzó la sortija que el ladrón de su compañero había dejado en la fuente. "¡Oh que graciosa sortija! —dijeron los mercaderes—; sin duda que algún caballero se la quitó para lavarse las manos, y se la dejó olvidada; cada cual se holgará de habérsela hallado." "Todos tres —dijo el bellaco del fullero— la hallamos, y de todos tres ha de ser." "¿Pues qué haremos de ella?" —dijo un mercader. "Echar-

la a una quínola —dijo el fullero— en llegando a la venta, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga." "Bien dice vuesa merced —dijeron los mercaderes— y a fee que si la gana cualquiera de los dos, se ha de emplear muy bien." Pero cierto, la sortijuela era de mucha codicia, porque alrededor tenía doce diamantes, aunque pequeños, muy finos, y en lugar de piedra un rubí de hechura de corazón, que a cualquiera aficionara, labrado todo con mil donaires. Fueron todos muy codiciosos della, tratando por todo el camino los mercaderes del descuido del que la había perdido, y el bellacón del cuidado del que la había dejado, haciendo mil monerías con ella, para ponerles más codicia.

Llegaron a Ventas Nuevas, y no parando en la primera, llegaron a la segunda, por hallarse más cerca del puerto. Apeáronse, y el bellacón sacó la bota de vino añejo de Ciudad Real, de más hojas que un Calepino, de que

1 *quínola:* "Juego de naipes cuyo lance principal consiste en reunir cuatro de un palo, ganando, cuando hay más de un jugador que tenga quínola, aquella que suma más puntos atendiendo al valor de las cartas. (Dicc. Aut.) "Fuí a dar el caballo al alquilador, y desde allí a mi casa, donde halle a los compañeros jugando quinolillas." *Buscón*, pág. 215, ed. A. Castro.

20 M. Cuesta y B. Marg., "anexo", por errata.

21 *hojas del vino:* años. (Dicc. Acad.)

21 *Calepino:* Diccionario latino de Ambrosio Calepino, im-

bebieron de muy buena gana. En comiendo un bocado depriesa, por codicia que cada uno tenía de la sortija, que les estaba haciendo del ojo, con el bocado en la boca, preguntaron al huésped si tenía unos naipes para echar una rifa. Dijo que no, y el ladrón del compañero, haciéndose bobo, dijo: "Yo llevo aquí unas no sé cuántas barajas que me encomendaron en mi pueblo, y por las muchas que allá se levantan sobre ellas, no las llevo de muy buena gana. Si sus mercedes me las pagan, yo se las daré." "Mostrad acá —dijo el fullero— que estos señores y yo os las pagaremos muy bien." Dióles una baraja hecha a su modo; y como el licor de Ciudad Real se arrima tanto al corazón y huméa para el celebro, alegráronse y con mucho gusto echaron la rifa a cuatro quínolas. El fullero les dejó llegar a cada uno a tres sin haber tomado ninguna para sí, y en dos pasantes que echó, una de su mano y otra del que tenía al lado, hizo las cuatro y arrebató la sortija haciendo grandes algazaras con ella.

Picáronse desto y dijeron: "Juguemos dineros." El fullero con cierta socarronería, negando al principio, dijo que no quería poner

preso por primera vez en Regio con el título de *Cornucopiae* y conocido generalmente con el nombre de su autor.

10 *barajas:* riñas, disputas.

en peligro el su dinero, o las vacas que se habían de comprar de él; pero al fin persuadido, jugó, teniendo más gana él que los otros, que con palabras que tenía hechas a propósito, los iba haciendo picar. Pedía que les diesen de beber de la olorosa bota, que estaba metida en parte fresca, y en calentándose las orejas, echaban dobles como granizo; de suerte que se estuvieron toda la tarde jugando, una vez ganando el fullero, y otra dejando ganar a los mercaderes por disimular la fullería; y quejándose a veces, decía: "Vuesas mercedes me han de ganar aquí esta tarde cuatro o cinco mil escudos, según estoy de picado."

Al tiempo que entramos en la venta el mocito y yo, nos dijeron que allí no se daba posada a gente que no traía cabalgaduras. Recebimos con humildad la notificación y parámonos a descansar un poco. Mi compañero, afligido, preguntó: "¿Pues qué habemos de hacer para esperar el fin y suceso desta grande aventura?" Yo le respondí: "Dejadme, que yo conjuraré a la ventera de manera que no nos eche de la venta." "¿Pues es endemoniada —dijo él— o bruja?" "A lo menos —dije yo— parécelo, pero no digo yo sino con el conjuro general de las mujeres." "¿Cuál es?", preguntó el otro. "Agora lo veréis", dije yo.

Lleguéme a la ventera, que era una mujer coja y mal tallada; tenía las narices tan romas, que si se reía quedaba sin ellas; los ojos parecían de capirote de diciplinante; echaba un tufo de ajos y vino, por unos dientes entresacados y pardos, bastante a ahuyentar todas las víboras de Sierra Morena; las manos parecían manojos de patatas; sólo tenía que notar la limpieza, que parecía haber salido del naufragio de los Condes de Carrión. Con todo esto me llegué a ella y le dije: "¿Qué desdicha fué la que trujo a estas soledades a una mujer de tan buena gracia como vuesa merced?" "¡Qué despacio está —dijo ella— el señor estudiante!"

4 *capirote:* "Cucurucho de cartón cubierto de lienzo blanco u de olandilla negra, que se ponen los disciplinantes por la Quaresma para cubrir el rostro..." (Dicc. Aut.) —*los ojos parecían de capirote de diciplinante,* probablemente por lo inexpresivos.

10 *el naufragio de los Condes de Carrión:* Se refiere al miedo que tuvieron los yernos del Cid al escapar el león de la jaula, y según los romances:

"Diego, el mayor de los dos,
Se escondió a trecho más largo
En un lugar tan lijoso,
Que no puede ser contado."
(*Romanc. general,* Rivad., X, pág. 542 *b.*)

"Miradle, señor, dó viene,
Empero faceos a un lado,
Que habéis, para estar par dél,
Menester un incensario."
(Idem, pág. 543 *a.*)

14 *Estar despacio:* Tener pocos quehaceres que le apre-

"No he cierto —dije yo— sino que desde el punto que llegué aquí, puse los ojos en vuesa merced, para consolarme del cansancio del camino." "No haga burla —dijo ella— de las mal vestidas." "Yo no hago tal, sino que me parece vuesa merced muy hermosa." "Hermosa —dijo ella— como gata lagañosa."

Parecióme que ya iba creyendo, y díjele: "Pues miren con qué gracia y donaire responde. Cierto que es igual el rostro con la habla, y todo es con mucho gusto." "Y como Deo gracias —dijo ella—; si conocieran a una hermana mía que tengo, tabernera en las ventas de Arcolea, dijeran eso de veras; que por sólo oilla echar pullas, van a beber a su casa cuantos pasan." "¿Y vuesa merced —dije yo— cómo no se acerca hacia Córdoba?" "Porque, señor —dijo ella—, unas tienen ventura y otras tienen ventrada." "¿Pues es posible —dije yo— que no ha habido quien saque a vuesa merced de tan mal oficio?" Y respondió ella: "Estáse la carne en el garabato por falta de gato." "Pues a fee —dije yo— que si me hallara en disposición que había de hacerlo; porque me da

mien. Comp.: "De espacio está quien buey chamusca." Correas, pág. 280.

22 Correas, pág. 136, cita la variante: "Estáse la asadura en la clavera, porque el gato no va a ella."

lástima ver entre estos riscos y montañas a una mujer de tan buenas partes." "Pues calle vuesa merced —dijo ella—, que mi marido y yo les habemos de quitar el dinero a estos que quedaren con él, y por la mañana haremos lo que nos pareciere; y si acaso mi marido volviere a decir a la noche que se salgan de la venta, váyanse por la puerta trasera del corral, que yo se la dejaré abierta."

Fuése, y mi compañero me preguntó: "¿Qué es del conjuro?" "¿Qué mayor conjuro queréis —dije yo— que haber llamado hermosa a una bestia, que parecía panza de vaca, con su zumaque y menudillos?" "Conjuro es este —dijo— que puede servir de malilla en todo el mundo."

En tanto que pasamos esta conversación, se llegó la noche, y la desesperación de los mercaderes; porque con las chanzas que el fullero iba haciendo, y con los tragos de cuando en cuando de Ciudad Real, les fué chupando la plata y oro, y los zurrones en que tenían el dinero. Los mercaderes quedaron dados al diablo, y

---

14 *zumaque:* "Planta usada por los zurradores para adobar pieles." (Dicc. Acad.)

15 *malilla:* "Tém. del juego del Hombre. La segunda carta del estuche, superior a todas menos a la espadilla, que del palo de oros y copas es el siete, y del de bastos y espadas el dos." (Dicc. Aut.)

maldiciendo la venta, y quien a ella los había traído, se volvieron a dormir a la que habían dejado atrás, con intención de volverse a Toledo. El huésped, que no era lerdo, entendió muy bien la bellaquería; yo estaba para reventar por lo que había oído la noche antes, y por lo que había visto entonces. Estuve determinado de revelarles la maldad, porque volviéndose los mercaderes me faltaba el bien que me habían prometido hacer por el camino; pero consideré que decir el secreto que estaba tan en duda, era desacreditar a los fulleros y a mí ponerme en peligro; que no siendo una cosa sabida, tenemos obligación de callarla con secreto natural. La seguridad consiste en el silencio, y en estas ocasiones y otras semejantes hase de advertir el peligro de ambas partes. Yo callé contra mi voluntad, y el ventero, que era un bellaco redomado, disimuló y calló como yo y el otro.

Los señores fulleros quedaron muy contentos, pero fueron tan miserables que no dieron barato a nadie, por donde se aumentó en el ventero el deseo de hurtalles la ganancia, y en mí de volvérsela a sus dueños. El ventero que realmente lo sintió, les dió a entender que recibió mucho gusto en ver los mercaderes despojados; y haciéndoles grandes zalemas les dió un aposento que tenía aderezado para los merca-

deres, donde estaba un arcaz muy grande con tres llaves, que les dió para guardar su dinero y ropa. Era el arcaz de una madera muy maciza y de tablas gruesas, que hacía pared con la caballeriza, que me puso en cuidado imaginando qué traza podía tener para hurtarles el dinero de un arcaz cerrado con tres llaves, y por ningún camino podía moverse de donde estaba. Habló con la mujer de secreto, mirando con cuidado si los veían hablar. En cenando muy solenemente los fulleros, habiendo hecho el pancho de perdices y vino de Ciudad Real, se atrancaron en su aposento, y se cerraron de manera que no podía entralles una bruja.

En siendo una hora de la noche, o poco menos, el ventero dijo: "Los que no tienen cabalgaduras salgan de la venta, que ya que no hay arrieros, queremos dormir sin cuidado."

Salimos aquel mocito y yo, y dando la vuelta por las espaldas de la venta, hallamos abierta la puerta del corral y entramos en el pajar. Yo andaba pensando con cuidado cómo diablos, o

---

1 *arcaz:* "el arca grande" (Covarrubias.) "El tenía vn arcaz viejo y cerrado con su llaue, la qual traya atada con vn agugeta del paletoque." *Lazarillo,* Clás. Cast., pág. 127.

12 *pancho:* "Lo mismo que panza. Es del estilo vulgar y jocoso en el qual se dice *llenar el pancho* por comer mucho." (Dicc. Aut.)

15 *una hora de la noche:* una hora después de cerrada la noche.

con qué modo o traza podían hacer tiro a los fulleros; veía que en el aposento no podían entrar, por estar muy bien encerrados y el arcaz muy bien guardado. Traer salteadores para el efeto, no era negocio seguro, sino muy peligroso; entrar y matallos no podían, porque eran menos que ellos; pues querer minar el aposento con polvora era para todos peligroso. Y no pude dar en el modo hasta que entre once y doce, estando ellos durmiendo al mejor sueño, vinieron el ventero y la ventera muy paso entre paso, alumbrando ella con un cabo de vela; el marido comenzó a desviar con mucho silencio un gran montón de estiércol que estaba en la caballeriza arrimado al aposento de los fulleros.

A pocas vueltas se descubrió la tabla del arcaz, que servía de pared al aposento. Miré con gran cuidado, y vi que la tabla del arcaz estaba por la parte de arriba asida con tres o cuatro gonces, y por la parte de abajo con dos tornillos, cada uno en su esquina. Quitó el ventero los tornillos, y en quitándolos, mandó a la mujer que llevase de allí la vela porque no entrase la luz en el aposento. Ella la llevó, y yo fuí muy poco a poco al ventero al tiempo que tenía la tabla alzada y los zurrones en las ma-

20 *gonce*: gozne.

nos, y con voz muy baja, o por mejor decir entre dientes, le dije: "Dad acá esos zurrones, y tornad a poner los tornillos." El me los dió, pensando que era su mujer, y salíme con ellos y con mi compañero por la puerta del corral, que mientras tornaba a poner el montón de estiércol hubo lugar para todo, y anduvimos un ratillo apriesa hacia tras, cada uno con su zurrón, no por el camino real, sino por un lado a la parte de arriba, con todo el silencio posible. Ya que estábamos casi frontero de la otra venta adonde los mercaderes se habían vuelto a dormir, nos sentamos a descansar un poco, que el recelo y temor aumentan el cansancio.

Yo le dije al compañero: "¿Qué pensáis que traemos aquí?; nuestra total destruición, porque a ninguna parte podemos llegar donde no nos pidan muy estrecha cuenta deste dinero, que como él de suyo es goloso y codicioso, o por la parte que le puede caber, o por congraciarse, cualquiera dará noticia a la justicia, de dos mozos caminantes de a pie, cansados y hambrientos, y con dos zurrones de moneda; y el tormento será forzoso, no dando buena cuenta de lo que se pregunta; pues esconderlo para volver por él, tan poco atinaremos nosotros como los demás; y andar mucho por aquí dará sospecha de algún daño, y el menos que nos

puede suceder es caer en manos de dos ladrones que nos quiten el silencio y la vida. Ponerse a peligro por ganar dineros, muchos lo hacen; pero poner en peligro la vida, honra y dinero, ningún hombre de juicio lo ha de hacer; y así mi principal intento fué volver este dinero a sus dueños, para tener tanta parte en él como ellos, sin peligro de la vida y daño de las conciencias; y aquí viene bien: quien hurta al ladrón, etc."

Esta y otras muchas cosas le dije para desarraigalle cierta golosina que se le había pegado, que como lo llevaba a cuestas había contraído no sé qué parentesco con la sangre del corazón; pero al fin le pareció muy bien.

Fuimos a la venta, y aunque era muy de madrugada, dimos golpes a la puerta, diciendo que veníamos con un despacho de mucha importancia para unos señores mercaderes de Toledo que estaban dentro. Ellos lo oyeron, y hicieron al ventero que abriese. Encendió luz y entramos en el aposento cargados, y sin hablarles palabra arrojamos los gatos sobre una mesa,

---

2 Así en las tres ed. 1618. Las demás, "que nos quiten el dinero y la vida."

23 *gato:* "Se llama también la piel de este animal aderezada y compuesta en forma de talego o zurrón para echar y guardar en ella el dinero; y se extiende a significar qualquier bolsa o talego de dinero." (Dicc. Aut.)

que si fueran de algalia no regalaran tanto las narices como éstos regalaron las orejas. "¿Qué es esto?", dijeron los mercaderes. "Su dinero —respondí yo—, que ha vuelto a César lo que era suyo." Contámosles el caso, y díjeles que antes que en la otra venta se levantasen pasásemos el puerto. De buena ventura mía, venían mulas de retorno hacia Sevilla. Los mercaderes alegres y agradecidísimos del caso, para mí y para el otro mozo tomaron dos mulas y caminando pasamos el puerto sin que lo sintiesen en las ventas. Encumbramos el puerto, y bajamos a otra que está en lo más bajo, no mal proveída, adonde estuvimos todo el día, descansando y durmiendo [que también los mercaderes lo habían menester como nosotros], por el poco sueño y mucha pesadumbre que les había causado la pérdida de su dinero; y a la tarde supimos que el ventero —como martirizando a su mujer, no supo cosa del hurto, porque no osó decir que nos había dejado dentro— sospechando que los fulleros le habían hecho la treta que él no entendió, fué a dar aviso a la Hermandad, de la vida y trato de aquellos hom-

1 *gato de algalia.* Animal que en una cavidad situada cerca del ano produce una secreción muy aromática llamada algalia.

15 El trozo entre corchetes falta en la ed. B. 1881.

bres y cómo tenían dos zurrones de dinero mal ganado, y vino la Hermandad, y como no halló los dineros, ni los zurrones que el ventero había dicho en el arcaz, a él por desatinado o loco, o porque había cargado demasiado, y a los fulleros por gente sospechosa que tan tarde se estaban en la venta, y a la mujer por suspensa y callada, que no supo dar razón de sí, le hicieron pagar las costas sin averiguar el secreto.

Holgámonos mucho con el suceso, de manera que los mercaderes lo querían oir por momentos, que según pareció, hallaron más dinero dentro de los zurrones que habían dejado; y con donaire decía el uno dellos: "No quiera Dios que yo lleve dinero ajeno en mi poder, gástese por el camino en perdices y conejos, que no quiero tener que restituir"; y así se hizo con beneplácito de todos.

Yo consideré a solas conmigo, y aun lo comuniqué con uno de los mercaderes, cuán mal se logra lo mal ganado, y cuánto peor se goza lo adquirido con juegos de ventaja, donde se aventura la reputación, sin asegurar la ganancia, que está sujeta a cuantos la ven, y a cuantos lo imaginan, y a los ausentes a quien toca la distribución de la estafa, que tasadamente les queda para consumir en los tabernáculos de la gula, fiestas de Baco y sacrificios de Venus,

sin aprovechar la sumisión y cortesía fingida para engañar al que quieren desollar, o al que ya tienen desollado; que si bien quisiesen los hombres sencillos advertir a las cautelas, enredos y marañas destos apacibles lobos, echarían de ver que una cortesía sin tiempo, una amistad sin sazón ni conocimiento, un comedimiento no acostumbrado, unas ceremonias no debidas, traen consigo más daño que provecho para aquel con quien se usan; porque si son los hombres de tan ruin condición que aun a la cortesía debida acuden de mala gana a quien tienen obligación, ¿por qué no se ha de entender que la novedad de cortesías demasiadas y extraordinarias traen consigo algún secreto, especialmente no teniendo partes por donde se le deban? Los fulleros tienen también su materia de Estado, porque, o engañan por sí, o por amigos que tienen señalados y diputados para el efecto; casas de posadas, o mesones, donde les dan el soplo de la gente nueva a quien pueden acometer.

Tienen también su libro de caja o de memoria de todos aquellos que acuden a favorecer su ministerio en todos los pueblos grandes o

18 *materia de Estado:* "Es todo lo que pertenece al gobierno, conservación, aumento y reputación del estado del Reino y Príncipe." (Dicc. Aut.)

pequeños, porque es oficio corriente por toda España, y en las poblaciones de importancia tienen correspondencia y avisos de las zorras comadres, para chupar la sangre a los corderos inocentes. Y aunque son tan grandes los sainetes destos cautelosos culebrones, para chupar la sangre de los que ven inclinados al juego, que no pueden reducirse a regla cierta, el guardarse de sus trampas, con todo eso digo que todo lo que fuere artificio apacible y no usado, se ha de temer aun de los mismos amigos en materia de juego, porque se venden unos a otros. Cuando convida a jugar un conocido a otro, llevándole a parte no sabida, vaya con cuidado, sea o en público o en secreto; y me parece que no será malo este refrancillo para este propósito: "Si bien me quieres, trátame como sueles."

Caminamos con todo el gusto que pudimos, mis mercaderes y yo, buscando por el camino ocasiones en qué tenello. Llegamos a la Conquista —que es un pueblecito que se comenzaba entonces— un domingo por la mañana; entramos a oir misa, que la estaba diciendo un clérigo que pronunciaba la lengua latina como gallego. La misa era de requiem, porque habían enterrado aquella mañana un pobre, y ayudábale un sacristán que sobre un sayo pardo

muy rozagante, traía una sobrepelliz de cañamazo. Acabada la misa, y diciendo el responso sobre la sepultura, acabó el clérigo diciendo: *Requiescat in pace, Alleluya, Alleluya.* El sacristán le respondió con muchos pasos de garganta: *Amen, alleluya, alleluya.* Lleguéme al buen hombre, y díjele: "Mire padre, que en misa de requiem no hay *Alleluya.*" Respondióme muy confiadamente: "Arre allá, señor estudiante, ¿no vee que es entre Pascua y Pascua?" Fuímonos cayendo de risa por todo el camino.

DESCANSO CATORCE

Como el camino por bueno que sea, siempre trae consigo un género de soledad, porque ordinariamente se camina, o por necesidad, o por negocios forzosos que ocupan la memoria y distraen el gusto, procurábamos tenerle en todas las cosas que encontrábamos. Los mozos de mulas acudían a su costumbre, uno a echar pullas, otro a hacer burlas a los caminantes, otro a cantar romances viejos, cual sea su salud; nosotros de lo que se ofrecía a la vista.

Encontramos un pastor que pasaba su ganado de un distrito a otro, pereciendo de sed él y los perros, que en Sierra Morena por mayo y por todo el verano, aunque de noche hace fresco, de día se encienden los árboles de calor; y era tan ignorante el buen hombre, que teniendo sed llevaba los perros atados porque no se le perdiesen. Preguntónos si sabíamos

---

11 *cual sea su salud*: según su humor o condición.

dónde hubiese agua; yo le respondí: "¿Pues llevando perros preguntáis eso?; desatadlos, que ellos hallarán presto agua." "¿Y es eso así?", dijo un mercader. "Es cosa muy sabida —dije yo— y muchas veces esperimentada" y dije al pastor: "Desatad los perros, o el uno dellos y ponedle un corderillo largo con que lo vais siguiendo, que él hallará fuente, arroyo o laguna." Y así lo hizo el pastor, de suerte que dándole larga con el cordel, rompió por una ladera alzando el hocico, y se fué hacia una espesura derecho que había al pie de una peña, donde halló agua que refrescó al pastor y satisfizo al ganado.

Y contaréles a vuesas mercedes lo que me contó en Ronda un caballero de muy gentil entendimiento, que se llamaba Juan de Luzón, muy experimentado en letras humanas y divinas. Hay dos pueblecillos en la Sierra de Ronda, entre otros muchos, uno llamado Balastar, y el otro —si bien me acuerdo— Chucar, entre los cuales andando un cabrero moro apacentando su ganado, apretándole la sed y no hallando agua, ni señal donde pudiese ha-

---

7 *corderillo:* Así en el orig. Las ed., "cordelillo". Es probable que no sea errata, sino un caso de disimilación.

17 Juan de Luzón. Amigo y paisano de Espinel. Vuelve a citarle al fin del Descanso XX.

bella, despareciósele un perro, y a cabo de rato vino mojado todo y muy contento, coleando al amo, y haciéndole muy grandes fiestas. Espantado de aquello el cabrero, le dió muy bien de comer y lo ató, aguardando a que le tornase a aquejar la sed, diligentísima despertadora de la pereza. Atóle un cordelejo largo, y dejólo ir, y siguiéndolo el amo, fué saltando matas y peñas, rasgándose las manos y el rostro; y siguióle con todas estas dificultades, hasta que entre unas grandes espesuras, se coló por la boca de una cueva, que por debajo de altos riscos estaba naturalmente hecha, con algunos resquicios que le daban la luz que había menester. En medio de la cueva nacía un clarísimo arroyo, que se dividía en dos partes; bebió el moro e hinchó su zaque; y admirado de la novedad dió en una traza, a su parecer buena, que después le costó la vida. Y fué, que atajó con unas piedras el un arroyo de aquellos, echando todo el agua por una parte, para ver al día siguiente dónde iba a parar. Fuése a su ganado, y averiguó el día siguiente que había faltado el agua en Chucar. El moro, que sabía el secreto, fuése al pueblo diciendo, que si se lo pagaban bien les daría su agua, y otra tanta más, y contó el caso como había sucedido. El poco tiempo que les había faltado el agua los nece-

sitó de manera que le dieron docientos ducados porque les diese su agua y la del otro pueblo. En recibiendo su dinero fué a la cueva, y soltó el agua por aquella parte. Viéndose con su agua tan crecida, conociendo la inconstancia y codicia del cabrero, antes que los de Balastar le corrompiesen con esperanza de mayor interés, acordaron dalle garrote, quedándose con el agua toda, y el moro sin vida, sin que hasta hoy se haya sabido en qué parte está el secreto; y hoy se echa de ver señal de que algún tiempo corrió por allí agua, por las guijas y piedras que la manifiestan. Halló aquella encubierta cueva el aliento del perro, leal amigo y fiel compañero, descubridor de enemigos de sus amos. "¡Extraña fuerza de aliento! —dijo un mercader— que siendo el agua un elemento sin olor, la venga a descubrir un perro con sólo alzar el rostro al aire, principal movedor y embajador del olfato. Que son las calidades de los perros y las excelencias que hay en ellos muy dignas de admiración, no por los cuentos que se dicen dellos, ni haciendo caso de historias atrasadas, sino por lo que vemos y experimentamos cada día. ¡Qué fidelidad! ¡qué amor! ¡qué conocimiento!"

"A lo menos —dije yo— tienen dos admirables virtudes, si se puede dar este nombre en

ellos, que si los hombres las tuviesen tan sentadas en el alma como ellos en su natural inclinación, vivirían en perpetua paz, que son humildad y agradecimiento." "¡Oh, bien notado! —dijo el mercader—, ¡oh qué gallarda consideración! Del bienaventurado San Francisco, que fué hijo de un mercader, se dice que alababa mucho la humildad de los perros, deseando imitarlos en esto, por la mucha que tuvo nuestro Maestro y Redemptor Jesucristo." "Pues en agradecimiento —dije yo— fuera de lo que la ley natural nos enseña, lo tenemos por precepto suyo, que enviando sus santísimos dicípulos a predicar por el mundo les mandó que en agradecimiento del bien que les hiciesen en sus posadas, curasen los enfermos que en ellas hubiese." "¿Pues hay —dijo el mercader— quien desagradezca, o quien no sepa agradecer el bien que le hacen? ¿Hay quien no le parezca que no satisface al beneficio recebido? ¿Quién ha de carecer de tan admirable virtud?" "Yo creo —respondí— que nadie, si no son los avarientos y los soberbios, que son dos géneros de gente pestilencial en la República; los unos, porque no saben usar de caridad, y los otros, porque siempre van contra ella."

Y pues se ha ofrecido materia tan excelente y divina virtud, como es el agradecimiento, en

tanto que llegamos a Adamuz tengo de referir un caso digno de saberse, que le pasó al autor deste libro viniendo de Salamanca, que no hay vida de hombre ninguno de cuantos andan por el mundo de quien no se pueda escribir una gran historia, y habrá para ella bastante materia. En una dispersión que hubo de estudiantes en Salamanca, por cierto recuentro que tuvo el Corregidor don Enrique de Bolaños con la Universidad, y no con ella sino con los estudiantes, gente briosa y fácil de moverse para cualquier alteración; como se quedó la ciudad casi sin estudiantes, el autor también se fué a su tierra como los demás, que las vacaciones estaban ya muy cerca, tiempo deseado para descanso de los estudiantes. La necesidad suya era tanta, que trilló el camino a la apostólica. Llegó un día al anochecer a las ventas de Murga, y no queriéndole dar posada, por el poco provecho que había de dejar en ellas, pasó adelante solo, y cantando por hacerse compañía, que la voz humana tiene propiedad maravillosa para acompañar a quien no lleva dineros que le puedan quitar. Salieron cuatro hombres con

8 *Recuentro:* encuentro, choque. Se refiere a las algaradas estudiantiles con motivo de la cuestión de Fray Luis de León (año 1572).

17 *a la apostólica:* pobremente, sin aparato, a pie.

cuatro ballestas y preguntáronle de dónde venía. El respondió que de Salamanca. "¿Y a quién deja atrás?", preguntaron ellos; y él respondió: "Antes todos me dejan a mí porque ando poco." "¿Pues cómo no se quedó en las ventas?", preguntaron, y él respondió: "Por que como no llevo dineros ni cabalgadura que les pudiera dejar provecho, me dieron voces que me saliese de la venta, y yo las voy dando a Dios porque me acompañe y juzgue la crueldad destos venteros." A lo cual dijo el más pequeño de los ballesteros o ballesteadores: "Preguntamos esto, señor estudiante, por ver si queda atrás quien nos pueda comprar caza, de que tenemos mucha abundancia y pocos compradores." Y volviéndose a los compañeros dijo: "Gran lástima me ha dado el mal trato y crueldad de que estos venteros usan con la gente de a pie, y más la necesidad que he visto en el estudiante. Llevémosle a nuestro alojamiento, que algún tiempo nos valdrá con Dios esta caridad." "Harto mejor será —dijo uno— matallo —después lo supe—, por que no diga que nos ha encontrado y espante los caminantes."

Al fin el mozuelo dió y tomó con ellos hasta que lo llevaron consigo, porque les pareció que era lo más sano para su negocio. Mostróse el mozuelo muy compasivo, que si bien las ruines

compañías hacen prevaricar una buena inclinación, tal vez naturaleza da una sofrenada para recordación del primer natural, que por más que se olvide, de cuando en cuando torna a su primer principio. Fuése con ellos, o por mejor decir, se lo llevaron por unas espesuras, escuridades y escondrijos llenos de revueltas y dificultades, que como ya era de noche, y sonaba en unas profundidades despeñándose el agua, y la fuerza del viento sacudía los árboles con gran furia, y al estudiante el temor le hacía de las matas hombres armados que le iban a despeñar en aquella infernal hondura, iba con gran devoción mirando al cielo y tropezando en la tierra; pero con muy buen ánimo, hablando sin muestras de temor. Llegaron al fin a su habitación, que parecía más de zorras que de hombres, y desenvolviendo mucha cantidad de brasa, que parecía ser de muy buena leña de encina, encendieron, para alumbrarse, unas rajuelas de tea, que les daba la luz bastante que habían menester para toda la noche. La cena fué muy buenos tasajos de venado, si no eran, quizá, de algún pobre caminante. Él no sabía fiestas que hacerles, diciéndoles cuentos, entreteniéndolos con historias, alabándoles el vivir en aquella soledad apartados del bullicio de la gente. Decíales que el ejercicio de la caza era de caballeros y

grandes señores, y que sin duda decendían de alguna buena sangre, pues se inclinaban a él. Si algún disparate se les caía, se lo alababa y solenizaba por muy gran cosa. Al uno decía que tenía buen rostro; al otro, que plantaba bien los pies; al otro, que tenía buen ingenio; al otro, que hablaba con mucha discreción: que en semejantes conflictos, la humildad, mezclada con la apacibilidad y discreción, a los pechos que de suyo son fieros, y aun de fieras, los vuelven mansos y amigables. La necesidad en los peligros hace sacar fuerzas de flaqueza; y con gente de aquella traza el temor engendra sospecha y el ánimo arguye sencillez. Turbarse donde, aunque se teme el daño, no estamos en él, es apresurarlo si ha de venir, y ponello en duda y sospecha si no se temía. Él se hubo tan bien con los cazadores de gatos muertos y rellenos, que le regalaron y dieron de cenar y dos zamarros en que durmiese, y antes que amaneciese, por que no saliese con luz, le dieron de almorzar, y sacándolo al camino aquel mozuelo, el menor de los cuatro, le fué diciendo el peligro en que se habría visto si no fuera por él; y en pago le rogaba no dijese a nadie lo que le había sucedido. Despidióse dél, y fué su camino,

18 *gatos:* v. pág. 211, nota.

volviendo atrás muchas veces la cabeza, que aún le parecía que no estaba muy seguro dellos. Si encontraba algún caminante le decía que no fuese por aquel camino, porque le había seguido una grandísima sierpe, que no osaba decir otra cosa, pareciéndole que estaban oyéndole.

Al fin, para abreviar el cuento, habiendo peregrinado por España y fuera della más de veinte años, redújose al estado que Dios le tenía señalado; fuése a su tierra, que es Ronda; hízose sacerdote, sirviendo una capellanía de que le hizo merced Filipo segundo, sapientísimo Rey de España.

Después del suceso de los salteadores veinte y dos o veinte y tres años, vinieron en busca de tres ladrones famosos, trayendo lengua dellos, que estaban en Ronda, que para hurtar tenían esta astucia: Las mujeres vendían buhonería —que todos eran casados—, entraban en las casas a vender su mercadería, mirábanlas muy bien y daban el punto a sus maridos de las señas de toda la casa, y a la mañana amanecía robada. Llegó a Ronda este soplo, dieron con ellos en la cárcel por orden del licenciado Morquecho de Miranda, que al presente hacía oficio de Corregidor, siendo Alcalde mayor. Y por abreviar el cuento, dióles tormento y confesaron de plano. Pidióle al autor que los confesase,

y en entrando representósele la presencia del uno dellos que le hizo cosquillas en el alma, y reparando en el sentimiento que había tenido, halló que era el que le había dado la vida en Siera Morena; buscando traza cómo agradecer el bien que le había hecho, y pareciéndole que estaba el negocio muy adelante para rogar por un hombre convencido por su confesión, fuése al juez y díjole que si hacía justicia de aquél, perdía una grande ocasión secreta. El juez dispuso de los otros dos, y dejó aquel para que descubriese una gran máquina que el confesor le había dicho, y apretándolo después a que hiciese con el delincuente que lo confesase, le respondió: "Señor, martirizado de la piedad y movido del agradecimiento, fingí a vuesa merced lo que sabe: este hombre me libró de la muerte; ha venido a mis manos, querría pagalle el bien que me hizo, y a los jueces tan bien los acompaña la misericordia como la justicia, suplico a vuesa merced, por las entrañas de Dios, que se compadezca del trabajo de un hombre tan piadoso como éste." Respondió: "Estoy pensando cómo satisfacer a vuestra demanda y mi reputación y al bien de ese hombre, que por piadoso lo merece: él no está ratificado, y en las cosas criminales tenemos ley del Reino que nos da licencia para poder comutar la pena de muerte

en galeras. Yo os siento tan ansiado por agradecelle el bien que os hizo, que quiero aprovecharme desta ley, pues no hay parte, y echallo a galeras, donde purgue su pecado." Hincóse de rodillas, agradeciendo a Dios y al juez tan piadosa causa, llevó la nueva al casi muerto preso, que respiró y volvió en sí como de la muerte a la vida, y el autor quedó contentísimo de haber mostrado su agradecimiento en tan apretada ocasión; que siempre las buenas obras tienen guardado su premio en este y en el otro mundo.

"Extraño suceso y digno de memoria —dijeron los mercaderes—. ¡Qué santa cosa es hacer bien!; que, cierto, la buena obra es la prisión del corazón noble.

¡Qué buen fruto coge quien siembra buenas obras!; que como el vestido cubre el cuerpo, las buenas obras son coberturas del alma. ¡Qué contento quedaría ese hombre cuando hizo ese bien! Como queda sabroso el brazo cuando acierta un tiro, así lo queda el alma cuando hace una buena obra."

En esta conversación, el acabarse el cuento y descubrir a Adamuz fué a un mismo tiempo, lugar apacible, puesto en el principio o fin de Sierra Morena, en jurisdición del Marqués del Carpio. Y al mismo tiempo se descubrieron

aquellos fértiles campos del Andalucía, tan celebrada en la antigüedad por los Campos Elíseos, reposo de las almas bienaventuradas. Posamos y reposamos aquella noche en Adamuz.

4 "Los que se alegran en los elíseos jerezanos prados." *Quij.*, II, pág. 51, y anota el Sr. Rodríguez Marín: "Espinel en su *Vida de M. de O.*, rel. I, desc. XIV, se hace eco de la añeja y vulgar creencia de que los *campos elíseos* estaban próximos a Jerez de la Frontera."

DESCANSO QUINCE

El día siguiente, por ciertos respetos, me fué forzoso, por llegar primero a Malaga que a Ronda, apartarme de los mercaderes tomando la vía del Carpio; y ellos lo hicieron tan bien conmigo, que me dieron uno de los machos en que iban y dineros, fiando de mí que se lo llevaría a la feria a buen tiempo, y ellos se fueron con las mulas de retorno en que yo había venido hasta allí. El macho era endiablado, que ni se dejaba herrar ni poner la silla, y por momentos se echaba con la carga, aunque con la compañía había disimulado algo de su malicia; y así en saliendo del lugar, por verse solo y por sus ruines resabios, en el primer revolcadero se arrojó, cogiéndome una pierna debajo, de suerte que si yo no me echara al mismo tiempo del otro lado, recibiera mucho daño; pero con esta prevención pude levantarme, y llevándole del diestro muy contra su voluntad un ratillo, se me quitó el dolor sin entrar el frío, que pudiera, si no hiciera aquella diligencia.

Eché de ver la ruin compañía que llevaba con mi cabalgadura: pero por si otra vez se echaba, cogí un garrote para usar de un remedio que había oído decir a un viejo; que como la experiencia los ha enseñado, saben más que los mozos, y para semejantes actos, que no son de muchos lances, cerrados los ojos se puede seguir su parecer. Fuí con gran cuidado para otra vez que se quisiese echar, y en sintiéndolo que iba a caer, dile con el garrote entre ceja y ceja con tal furia, que cayendo le vi volver lo blanco de los ojos, bien arrepentido de habello hecho, porque realmente pensé que lo había muerto; pero sacando de presto pan, y mojándolo en vino, díselo, y tornó en sí tan castigado, que nunca más se echó, a lo menos llevándome a mí encima, aunque topó arenales donde pudiera hacello.

Fuí mi camino, y en llegando a un bosquecillo del Carpio, aunque pequeño, abundantísimo de conejos y otras cazas, en la ribera de Guadalquivir, apeéme a cierta necesidad natural y forzosa, y antes que la comenzase, espantóse el macho, dió a huír por el ruido que hizo un culebrón y una zorra que salieron de un zarzal y matas muy espesas que había junto al camino, que debían de estar ambos en una cueva, que la culebra con ningún animal hace amistad sino con la zorra. Ella dió por una parte y la culebra tras

el macho, que, como supe después, a cuantos pasaban acosaba porque habían muerto su compañía; arrojéle una piedra, no pensando que sucediera lo que sucedió, que como la piedra iba por el aire, corrió más que la culebra, y dióla en el espinazo, de que volvió con tal furia contra mí, que si no me pusiera de la otra parte del camino, dejando en medio mucha arena, lo pasara mal: que como no se podía aprovechar de las conchillas que le sirven de pies en la arena como en lo duro y liso, no se atrevió atravesar el camino; pero cuanto yo corría por la una banda, ella corría por la otra, con más de una vara de cuello alzado de la tierra, vibrando la lengua muy apriesa y haciendo cinco o seis della.

Iba yo de manera, que ya no sentía la falta del macho sino la persecución de la culebra, que me tenía sin aliento, lleno de sudor y cansancio. Los silbos no eran formados ni agudos, sino bajos y continuados, casi al modo que pronunciamos acá las xx. Llegué a una parte del camino adonde había piedras para tiralle. Paréme, así por descansar como por aprovecharme de las piedras; pero ella, viendo mi temor, quiso pasar por la arena para acometerme, por donde tuve yo esperanza de librarme della, porque en entrando no pudo aprovecharse de las conchuelas, ni moverse sino muy poco: animándome yo lo

mejor que pude, le tiré tantas piedras, que casi le vine a enterrar en ellas, y acertándole con una después de habelle escupido muchas veces hacia la cabeza —que es veneno contra ellas— la acerté con una piedra media vara más arriba de la cola, donde tiene el principal movimiento, de que no pudo menearse más, y acudiendo con otras muchas, le majé la cabeza y me senté a descansar. Pasaron por allí dos hombres que iban camino de Adamuz, y me contaron lo que arriba dije. Midiéronla y tenía diez pies de largo, y de grueso más que muñeca ordinaria. Abriéronla, y halláronle dentro dos muy gentiles gazapos; que estas serpientes son muy voraces y poco bebedoras, aunque pasan mucho tiempo sin mantenimiento, y así hacen tarde la digestión; que en el poco movimiento que ella hacía, bien se echaba de ver que estaba pesada.

Consideré en el rato que estuve descansando qué de cosas hay en el mundo que contrastan la vida del hombre; que hasta un animal sin pies ni alas le persigue, y le comenzó a perseguir desde su principio antes que otro animal ninguno, o porque no piense el hombre que se le dió el dominio y jurisdición de la tierra sin pensión ni trabajo, o porque con la razón sepa distin-

23 S. 1641, y M. 1774: "desde su principio."

guir lo malo de lo bueno y guardarse de lo que le puede dañar; mediante la cual razón conoce y sabe conocer el mantenimiento provechoso y desechar el nocivo, huír de los animales bravos y servirse de los mánsos; pero los feroces y dañosos avisan del mal que pueden hacer, o con las uñas o con los cuernos, o con los dientes o con los picos. ¡Mas que un animal sin pies, sin pico, sin uñas, sin cuernos como éste, sea tan horrendo y abominable que atemorice con sólo miralle! Ordenación fué de Dios, para sujetar la soberbia del hombre y desjarretársela con la misma inmundicia y asquerosidad de la hez de la tierra, que aun muerta la vía y me daba horror; y confieso de mí que siempre que veo semejantes sabandijas, engendran en mí nuevo temor y espanto; ¿pero qué no espantará ver que una cosa que parece cerbatana o varal, de su propio movimiento corre tanto como un caballo? ¿Y que con hincar la cabeza en el suelo dé tan grande golpe a un hombre que lo derribe y aun lo mate, acometiendo a traición, que no cara a cara? ¿Que sea tan astuto, que se desnude el hábito viejo y se vis-

19 *cerbatana:* "Culebrina de muy poco calibre usada antiguamente." (Dicc. Acad.)—"El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo." Quevedo, *Buscón,* pág. 32.

19 *varal:* "Vara muy larga y gruesa." (Dicc. Acad.)

ta de nuevo? ¿Que se cure la ceguera de sus ojos causada de las humedades del invierno con refregarse en el hinojo la primavera? Son tan contrarios a todos los demás animales, que con ninguno hacen amistad sino con la zorra, o porque ambas habitan siempre en cuevas de tierra y piedra, o por buscar abrigo en el pelo de la zorra.

Hasta aquí había estado el ermitaño callando, y aquí parecióle preguntar, como hombre que había estado en soledades y entre ásperas montañas, huyendo el concurso de la gente, viviendo y conversando animales brutos, qué era la razón por que estas sabandijas son tan espantables, como son culebras, lagartos, sapos, escuerzos, áspides, víboras y otras semejantes que suelen verse. Respondíle: "Lo primero, que todas las cosas que no vemos y tratamos de ordinario traen consigo ese género de admiración. Lo segundo, por tener tanto de los dos elementos graves, que son agua y tierra, y tan poco de los elementos leves, que son aire y fuego, que casi no tienen parentesco ni semejanza con el hombre, porque tiene de lo espiritual en que se parece a los ángeles, y de lo corporal en que se parece a los animales brutos; y éstos en aquella parte terrestre, húmida y fría tienen semejanza con las sabandijas, y éstas consigo

solas y con las entrañas de la tierra. Lo tercero y último, porque todos los animales que se pueden engendrar de la putrefacción de la tierra sin generación de su semejante, ni pueden ser para el servicio ni para el gusto del hombre, a quien Dios les mandó que obedeciesen; y ellos mismos huyen de su presencia como de señor a quien aborrecen por la superioridad y dominio que tienen sobre todas, o por la antipatía natural."

Y esto baste, porque la pérdida de mi macho me da pena y cuidado y priesa que lo busque.

Ya que hube descansado y limpiádome el sudor del rostro —que lo de dentro no pude—, fuí buscando mi macho, o por mejor decir, de los mercaderes, por toda la orilla y ribera de Guadalquivir, sin topar a persona que me supiese dar rastro ni nuevas dél, yendo como iba cargado con ferreruelo y espada, cojín y alforjas, que todo lo echó por alto si no es la silla, que la llevaba en la barriga, de suerte que yo me cargué de todo lo que el macho se descargó, y mucho más me cargaban las matracas que me daban los que me topaban hecho caballo de postillón, que por no dejallo lo sufría todo. Paréme a descansar un ratillo, antes que pasase el río, donde vi tanta abundancia de conejos, que estaban más espesos a la orilla del

río que liendres en jubón de arriero; que en todo el día no dejaban de venir a beber muchas manadas dellos. Pasé de la otra parte del río, y entréme a descansar a un mesón que está antes de llegar al pueblo, donde tampoco me supieron dar nuevas de mi negro macho, aunque prometí hallazgo, haciendo diligencias con las guardas del bosque. Refresquéme lo mejor que pude de mantenimiento y bebida, con la templanza que el cansancio pedía.

Púseme a la puerta del mesón para ver si pasaba el macho o persona que dél me diese nuevas. Miré aquel pedazo de tierra en el tiempo que allí estuve, que en fertilidad y influencia del cielo, hermosura de tierra y agua no he visto cosa mejor en toda la Europa; y para encarecella de una vez, es tierra que da cuatro frutos al año, sembrándola y cultivándola con el regadío de una aceña con tres ruedas que la baña abundantísimamente; adonde algunos años después pasó en presencia mía una desgracia muy digna de contarse para que se vea cuánta obligación tienen los hijos de seguir el consejo de los padres, aunque les parezca que repugna a su opinión.

Y fué que siendo marqués del Carpio don Luis de Haro, caballero muy digno deste nombre, muy gallardo de persona y adornado de

virtudes y partes muy dignas de estimar, vinieron allí madereros de la sierra de Segura, con algunos millares de vigas muy gruesas; y dando el Marqués licencia y lugar para que las pasasen, alzaron la puente de la pesquera para que todo el agua se recogiese a un despeñadero o profundidad, por donde los maderos habían de pasar. Los gancheros eran todos mozos de muy gentiles personas, fuertes de brazos y ligeros de pies y piernas, grandes nadadores y sufridores de aguas, fríos y trabajos. Quisieron hacer al Marqués una fiesta de gansos, poniéndolos atados entre los dos maderos de la puerta de la pesquera, y como iba el madero despeñándose por la violencia del grande cuerpo del agua, puesto el ganchero sobre el madero, asía la cabeza del ganso, y tirando del pescuezo se deslizaba de la mano y caía en la profundidad del agua saliendo lejos de allí nadando, en que pasaron cosas de mucho gusto y risa, aunque no sin peligro de quien la causaba, que siempre las caídas son de gusto para quien las vee, pero no para quien las da, especialmente en ejercicios tan poco usados como éste.

Entre estos gancheros venía un mozo recio, de muy gentil talle, alto de cuerpo, rubio, y bien hecho de miembros, grande hacedor de

su persona, y que entre todos los demás era conocido y respetado por de tal opinión y por de grandes fuerzas para cualquier ejercicio de hombres. Este pidió licencia a su padre, que venía en compañía de los otros, para ir a quitar el pescuezo a un ganso que estaba recién puesto; la cual el padre le negó; que los padres, o por tener más experiencia que los hijos, o por ser hechura suya y conocer sus inclinaciones, o por haberlos criado y conocer de qué pie cojean, o por el amor entrañable que les tienen, son algo profetas de los bienes o males de los hijos; y así éste por ningún camino consintió que de su voluntad fuese el hijo a la fiesta; pero diciendo él que no quería que lo tuviesen por menos hombre que a los demás, con importunaciones alcanzó de su padre que le dejase ir, aunque de muy mala gana. Y reprehendiéndole algunos porque lo hacía tan forzado, respondió en presencia mía unas palabras llenas de gran sentimiento y dolor diciendo: "No sabe nadie lo que es aventurar un hijo criado y solo." El mozo fué gallardísimamente, teniendo todos los ojos puestos en él, que en asiendo el cuello del ganso, que él pensaba con facilidad arrancar con la fuerza

1 *hacedor de su persona:* emprendedor.

grande que hizo, estúvose casi colgado de las manos hasta que el madero llegaba ya al cabo, en cuyo remate o cabeza, deslizándosele la mano, cayó, y dió de celebro, sumergiéndose en lo profundo del chargue, sin que más pareciese hasta el día siguiente, con grande espanto y compasión de todos los circunstantes, quedando el padre, que lo estaba mirando, en éxtasi. Todos los gancheros nadando le buscaron, y lo hallaron el día siguiente, que pareció en cierta manera castigo de la desobediencia que tuvo al mandamiento del padre, y ejemplo para cuantos le vieron. Fué contra el precepto y consejo paternal, del cual tienen necesidad todos los que desean acertar.

Pasó este caso en este mismo lugar, y en presencia del marqués don Luis de Haro y de su hijo el marqués don Diego López de Haro, que cuando esto se escribe están vivos, y más mozos que el autor, en cuya compañía se halló presente a este infelice suceso. Y porque no habrá lugar de contallo adelante, se dice aquí por encargar a los hijos que aunque les parezca que saben más que los padres, en razón de la superioridad que Dios les dió sobre ellos, y representando la persona del verdadero

5 *chargue:* charco, balsa.

Padre, los han de obedecer y respetar, y creer que, en cuanto a las costumbres morales, saben más que ellos, porque con esto se merece con el universal Padre de todas las criaturas.

Y volviendo al estado presente, y la pena que me daba la falta de mi macho, aquella tarde no pude saber dél, y así me quedé aquella noche en el mesón sin esperanza de poderlo hallar.

DESCANSO DECISÉIS

Amaneció el sol el día siguiente con unos rayos entre verdes y cetrinos, señal de agua, y yo sin macho ni esperanza de hallarlo. Fuíme al pueblo a las nueve o a las diez, y vi que unos gitanos estaban vendiendo un macho, muy hechas las crines y el trenzado de atrás, con su enjalma y demás aderezos, encareciendo la mansedumbre y el paso, con mil embelecos de palabras. Hacía el gitano mil jerigonzas sobre el macho, de manera que tenía ya muchos golosos que le querían comprar. Lleguéme cerca y vi que era del color del mío; pero desconocílo en verlo tan manso y seguro, y remozado de crines y cola. Vi que se dejaba tocar a todas las partes del cuerpo sin alterarse, y así no me atreví a pensar que pudiera ser el mío. Alzábanle los pies y manos, dándole palmadas en el pecho y en las ancas, estando él con mucha paciencia y mansedumbre. Yo estaba desconfiado de que pudiera ser el mío; pero fuíme por

un lado disimuladamente y púseme delante dél, aunque detrás del gitano, y en viéndome amusgó las orejas por el conocimiento o por el temor que me tenía.

Espantéme de ver tan súbita y no esperada mudanza, y vi que realmente era mi macho; mas no pude imaginar cómo le podía cobrar sin dar testigos o evidencia de como era mío; y así no me arrojé a decir que era hurtado, y decía entre mí: ¿Es posible que sean estos gitanos tan grandes embusteros que en menos de veinticuatro horas hayan hecho este macho de enjalma y le hayan disfrazado de manera que me ha puesto en duda el conocimiento dél, y que lo hayan hecho más manso que una oveja siendo peor que un tigre, y que no tenga yo modo para cobrallo manifestando mi justicia? Pero detúveme un poco y lleguéme con los demás a ver el macho, y alabándole, pregunté si era gallego. Respondió el gitano: "Vuesa merced, mi ceñor, a fe que sabe mucho de bestiaz y ha conocido bien la bondad de loz mejorez cuatro piez que hay en toda la Andalucía. No ez gallego, mi ceñor, cino de Illezcaz, que allí lo truqué por un cuartago cordubez, y aquí traigo el teztimonio." Será levantado —dije

25 *cuartago:* "Rocín de mediano cuerpo." (Dicc. Acad.)

yo entre mí—, y junto con esto lo mostró Ofrecióseme traza para cobrallo fácilmente, y lleguéme a un hidalgo, a quien vi que todos respetaban, que era uno de los antiguos criados de aquella casa, llamado Angulo, y le dije: "Señor, este macho me han hurtado estos gitanos, y aunque trae enjalma, es de silla, y aunque parece que traen testimonio, es falso." A lo cual me dijo el hidalgo: "Mire, señor estudiante, que conocemos este gitano de mucho tiempo acá, y nos ha tratado siempre verdad." "Pues agora —respondí yo— no la trata, y haciendo vuesa merced las diligencias que yo le suplicare, se verá con evidencia la verdad que tengo dicha; y vuesa merced está inclinado a comprallo porque le parece manso, siendo peor que un demonio."

"¿Pues puede ser fingida —preguntó el hidalgo— aquella mansedumbre y bondad?" "Sí señor —respondí yo—, porque lo han emborrachado; y no hay bestia tan feroz ni malicio sa, que echándole, de grado o por fuerza. una azumbre de vino en las tripas no se amanse más que una oveja; y por esto haga vuesa merced lo que yo le suplicare, y saldrá deste engaño, viendo que el macho es malicioso y que es

5 Se refiere a la casa de los Marqueses del Carpio.

mío. Y lo primero, digo a vuesa merced que se lo llegue a comprar y dígale esto y esto" —hablándole al oído e informándole de todo lo conveniente.

Fuése el hidalgo, después de bien informado, al gitano y mirando el macho le dijo: "Yo estoy muy contento de esta bestia, y la comprara si tuviera silla y freno, porque tengo de hacer un viaje muy largo." El gitano se holgó mucho dello y trajo luego la silla y el freno, diciendo que era el mayor caminador del mundo, y que por pensar que para el campo se vendería más presto, le había puesto la enjalma. En viendo el hidalgo la silla y el freno, halló que conformaba con las señas que yo le había dado, y haciendo lo que yo le había dicho al oído, llevólo a su casa, asegurando a los gitanos que lo quería probar, y túvolo, hasta tanto que se le gastaron los humos del vino, encerrado en su casa. Hecho esto, llamó al gitano y díjole que subiese en el macho y caminase un cuarto de legua fuera del pueblo. Subió, aunque era muy suelto, con mucha dificultad por la poca seguridad del macho, que gastaba la suavidad del vino, tornó a su ruin natural, y caminando como un viento, en saliendo de las casas, con la misma furia que llevaba, dió consigo y con el gitano en tierra, y

cogiéndole una pierna debajo se revolcó de manera que fué bien necesaria la ligereza del gitano para que no se la quebrase.

Acudió aquel hidalgo, desengañado ya de la bellaquería, y le dijo riéndose: "¿Qué desgracia es esa Maldonado?" "Señor —dijo el gitano—, como está holgado y mal herrado, se echa con la carga." Y riéndose más el hidalgo, dijo: "Pues alzadle los pies, veamos si ha menester herradura." Alzóle un pie, y dióle una puñada en el carrillo izquierdo, con que le dejó señalada la herradura y los clavos. Díjole el hidalgo: "Mal se conoce lo que no se ha criado, hermano Maldonado; si vos hubiérades tratado y conocido esta bestia, ni os engañárades ni nos engañárades. En lo ajeno dura poco la posesión; íbades con aquel refrán: "Quien no te conoce te compre." ¿Por qué pensábades que os preguntó el dueño si era gallego, sino porque como tal os había de dar la coz que os dió? Vos queríades herrallo, mas él no os erró a vos; ¿cogistes ayer el macho y queríades hoy venderlo? Huelgo de saber que también sois nigromántico, pues desde ayer habéis venido de Illescas." "Señor —dijo el gitano—, yo hice como gitano, y su merced ha de sufrir como caballero; bien eché de ver que este señor sabía mucho de bestias."

Descubierto el hurto con la evidencia posible, me dieron mi macho, y me avié camino de Málaga, pasando por Lucena, donde llegando un poco tarde reposé y comí un bocado, y pensando llegar aquella noche a Benamejí, cuyo camino yo no sabía, partíme con la relación que me dieron.

Las leguas son más largas de lo que yo me pensaba; el camino estaba lleno de lodo, porque la noche antes había llovido muy bien. Yo, por priesa que me di con mi macho, me anocheció una legua antes de llegar a un riachuelo que está entre Lucena y Benamejí. Halléme confuso, por ser la noche escura y caminar sin guía y sin encontrar a quien preguntar por el camino, que era domingo en la noche, cuando todos los labradores están en sus casas. Al fin poco a poco, muchas veces tropezando y algunas cayendo, llegué al río, y en pasándolo no hallé camino por la otra parte, por una costumbre que tienen los labradores en aquella tierra, que es, para desviar los caminantes, que no les entren por el sembrado, cavar por aquella parte por donde suelen hacer senda los caminantes. Salió del río mi macho lo mejor que pudo, y echó a mano derecha por un cerro que tenía muchas sendas de ovejas o de cabras. Llegó a lo más alto que pudo, y estaba tan

empinado el cerrillo, que en acabándose la senda ni pude ir adelante, ni volver atrás. Víme en un gran peligro, porque si quería bajar con el pie derecho había de rodar por la sierra abajo hasta llegar a un arroyo salado, donde cuando bien librara, llegara la cabeza llena de chichones. Roguéle al macho con mucha humildad que me hiciese merced de estarse quedo mientras bajaba al revés; pero al tiempo que le mandé que volviese por la sendilla que había subido, él iba tan cansado que se echó, y en echándose, como el cerro estaba tan empinado rodó hasta el arroyo salado; yo volví por la sendilla, hasta llegar al arroyo, y fuí a mi desdichado macho, y lo mejor que pude ayudéle a levantar, que estaba tan molido que fué menester animarlo con sopa en vino, y llevándolo de diestro lo más poco a poco que pude, fuí considerando que todo aquello me sucedía por no haber tenido respecto a la fiesta, caminando y haciendo el viaje que se pudiera hacer otro día; que al fin, como las fiestas son para dar gracias a Dios y no para hacer jornadas, no puede haber quietud para hablar con Dios de espacio. Que trabajando en los días que la Iglesia tiene dedicados para Dios, no solamente no aumenta el provecho, pero por mil caminos viene el daño, como me sucedió esta noche, que

yendo con mi macho a mano izquierda por una ladera arriba, yendo yo a la parte de abajo por animallo, deslizó, y cogióme debajo, aunque no fué mucho el daño, porque pude fácilmente salir, y dándole sopa en vino pude subir hasta que descubrí en lo alto del cerro un cortijo, donde me llegué con toda la humildad del mundo; y aunque di muchos golpes no me respondían, porque había mucha gente, que se había juntado allí aquella noche por ser día de fiesta.

Al fin di tantos golpes, que me respondió un mozo, y diciéndole con la necesidad que venía, respondióme que me fuese en hora buena; y tornando a llamar, acudió el aperador del cortijo, que en todas sus acciones pareció ser muy hombre de bien, y abriéndome la puerta acudió a mi necesidad y al cansancio de mi macho, y díjome: "Perdone vuesa merced, que por estar dando voces sobre una serilla de higos que estos mozos me habían hurtado, no pude responder tan presto." "Pues si no es más de por eso —dije yo— no le dé pena, que yo le diré quien se la hurtó." "Angel será vuesa merced —respondió él— y no hombre, si me dice eso." "Déjeme reposar —dije yo— y se lo diré."

Descansé un rato, y mi macho cenó lo mejor que pudo; yo cené un muy gentil gazpacho, que

cosa más sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno, cuanto el estómago tiene de hambre y de necesidad. Fuera de que el aceite de aquella tierra y el vino y vinagre es de lo mejor que hay en toda la Europa. Habiendo cenado, y estando todos los mozos alrededor, le dije al aperador: "Este dornajo en que habemos cenado ha de descubrir el hurto de los higos." Dijo uno entre dientes: "Aún sería el diablo la venida del estudiante." Pedíle al buen hombre un poco de aceite y almagra, y sin que los mozos lo viesen unté el suelo del dornajo con una mezcla que hice del aceite y almagra, y pedíle un cencerro de las vacas, y poniéndolo debajo del dornajo dije, con voz que lo oyeron todos, habiendo puesto el dornajo más adentro, donde estaba el pajar: "Pasen todos uno a uno, y den una palmada en el suelo del dornajo, y en pasando el que hurtó los higos sonará el cencerro." Fueron todos uno a uno, y dió cada uno su palmada en la almagra, y no sonó el cencerro, que es lo que todos esperaban. Llamélos a todos, y díjeles que abriesen las palmas de las manos, las cuales tenían todos enalmagradas, si no era el uno dellos; y ansi les dije a todos: "Este gentilhombre hurtó los higos, que porque el cencerro no sonase no osó poner la mano en

el dornajo." El se paró, colorado como un escaramujo, y los demás estuvieron toda la noche reventando de risa y dándole matraca, y el aperador muy agradecido de haber hallado sus higos, y yo muy contento del buen acogimiento; y por el buen hospedaje dejéle dos cuchillos damasquinos, con que por poco le cortara las orejas al ladrón de los higos.

DESCANSO DECISIETE

Habiendo descansado aquella noche lo que pareció que bastaba para los trabajos de mi macho, fuí a rogalle que se animase, y gruñendo alzó la pata y al mismo tiempo dile un palo, con que se le acordó el trabajo pasado. Sosegóse luego y echéle la silla. Caminé a Benamejí, que estaba muy cerca, y aunque quise pasar sin que me viese el señor de Benamejí, el bellaco del macho se arrojó en su casa, y fué forzoso descansar allí un rato.

Al fin, por abreviar el cuento, llegué a Málaga, o por mejor decir, paréme a vista della en un alto que llaman la cuesta de Zambara. Fué tan grande el consuelo que recibí de la vista della, y la fragancia que traía el viento regalándose por aquellas maravillosas huertas, llenas de todas especies de naranjos y limones, llenas de azahar todo el año, que me pareció ver un pedazo de paraíso; porque no hay en toda la redondez de aquel horizonte cosa que

no deleite los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista del mar y tierra, llena de tanta diversidad de árboles hermosísimos como se hallan en todas las partes que producen semejantes plantas; con la vista del sitio y edificios, así de casas particulares como de templos excelentísimos, especialmente la Iglesia Mayor, que no se conoce más alegre templo en todo lo descubierto. A los oídos deleita con grande admiración la abundancia de los pajarillos, que imitándose unos a otros, no cesan en todo el día y la noche su dulcísima armonía, con una arte sin arte, que como no tienen consonancia ni disonancia, es una confusión dulcísima que mueve a contemplación del universal Hacedor de todas las cosas. Los mantenimientos, abundantes y substanciosos para el gusto y la salud. El trato de la gente, muy apacible, afable y cortesano, y todo es de manera que se pudiera hacer un grande libro de las excelencias de Málaga, y no es mi intento reparar en esto.

Negocié a lo que venía en aquella santa iglesia, de donde se pueden sacar muchos sujetos para obispos y oidores, y para gobernar el mundo, entre los cuales hallé un prebendado amigo mío, hombre bien nacido, de grandes y superiores partes, muy digno de estimarse.

apasionado porque sin razón le ofendían las ausencias hombres que por ningún camino podían correr parejas con él; que de la misma manera que la envidia no se halla ni se cría sino en pechos olvidados de la buena educación y partes, así acomete siempre a los que las poseen y resplandecen en actos de ciencia y virtud; que les parece que reconocer superioridad y ventaja a quien se la tiene, es perder el derecho que tienen a la descortesía, a quien se crían subordinados por falta de buen entendimiento y sobra de mala voluntad. Quejábase que habiendo hecho grandes bienes a un hombre que siempre había tenido pocos o ningunos y habiéndole librado de cosas de que él por ningún camino tuviera trazas ni modo para librarse, no sólo no le agradecía, pero buscaba caminos por donde pudiese escurecer las buenas obras recebidas. Vilo con determinación de volver la hoja y vengarse dél por la mejor vía que pudiese; pero atajéle con advertirle que arrepentirse del bien que había hecho no cabe en ánimos nobles.

"Pues hacer mal —dije— a quien hicistes bien arguye poca firmeza y constancia en el valor del ánimo. Vengaros por tribunales es

1 *apasionado* significa aquí dolorido, quejoso.

yerro notable, porque nunca las ofensas manchan hasta que lleguen a tan miserable estado; especialmente que si vos me decís que es hombre desadornado de partes heredadas o adquiridas, ¿qué agradecimiento os ha de tener a vos, si no agradece a Dios haberle puesto en el estado que no merecía ni pensó merecer? Y pregúntoos: ¿quién hizo mal, él o vos?"

Respondióme: "Claro está que él."

"Pues enójese él —dije yo—, que hizo tan gran maldad como no agradecer: que vos que no hicistes mal, no tenéis de qué sentiros sino de qué estar muy contento. Y no queráis desmerecer con Dios la buena obra que hicistes."

Consolóse de manera que si había sido mi amigo hasta allí, por este consejo creció mucho más la amistad. Y realmente, la quietud del ánimo no admite alteraciones advenedizas de pechos e intenciones en quien se asienta mal la paz y tranquilidad del alma. Hanse de huír semejantes rencuentros por el mejor medio que fuere posible; y si es forzosa la comunicación, como sucede en comunidades, usar della en solo aquello que no puede excusarse, llevando siempre por guía la justicia y la verdad, de manera que los que viven con cuidado de hallar en que tropezar, se corran y confundan; y cuando no sucediere como se desea y como se-

ría razón, a lo menos quedará muy seguro en su conciencia y desapasionado quien así lo hubiere hecho. Que el hombre constante y de ánimo quieto, a sí propio se ha de temer, y guardarse de sí más que de los contrarios. Si le ofenden con razón, calle por sí propio y enmiéndese de la culpa; y si le murmuraren sin ella, consuélese viendo que está libre de calumnia. De suerte que por todos caminos el silencio es refugio y acogida de los agravios con malicia.

Pero tornando a lo primero, "¿Por qué pensáis —le dije— que dicen ordinariamente: Nunca falta un Gil que me persiga, que no dicen un don Francisco, ni un don Pedro, sino un Gil? Es porque nunca son perseguidores sino hombres bajos como Gil Manzano, Gil Pérez. Ni para verdugos y cómitres buscan sino hombres infames y bajos, enemigos de piedad, bestias crueles, sin respecto ni vergüenza, inclinados a perseguir a la gente que ven levantarse en actos de virtud, como ese miserable de quien os quejáis. Destos la comunicación por ningún camino es buena, porque no

14 "*Un Gil que nos persiga.* Que no nos ha de faltar quien estorbe y embarace." Correas, pág. 544.

18 *cómitre:* "Ministro que había en las galeras, a cuyo cargo estaba el mando de la maniobra y castigo de los remeros y forzados." (Dicc. Acad.)

son capaces de hacer bien, ni pueden dejar de hacer mal, lo cual se ataja no conociéndolos, para que no lo hagan."

"Pues suele pasar —dijo— por cerca de mí sin quitarme el sombrero."

"Eso —dije yo— o será por descuido o por descortesía. Si por descortesía, enójese, como tengo dicho, consigo propio porque ha hecho mal, y no os enojéis vos por los pecados del otro que fué descortés y mal criado, que vos no os habéis de alterar no habiendo cometido culpa; y si se hace por descuido, consigo trae la disculpa, porque los que caen en esta inadvertencia no podemos juzgar si van pensativos o ocupados por imaginaciones de negocios que pueden suceder por muchas cosas, e inculpados de que no podemos ser jueces, ni tener ciencia ni razón de sentirnos ni alterarnos. Y en esto de las cortesías no tenemos de qué enfadarnos. Lo uno, porque el no usarla con nosotros no es por culpa nuestra. Lo otro, porque quien da, no da más de lo que tiene, y quien no tiene cortesía no es mucho que no la dé; y la regla general es que en ninguna manera habemos de tomar fastidio de lo que no sucede por culpa nuestra; que los descorteses su castigo tienen acerca de quien los conoce.

DESCANSO DECIOCHO

Saliendo de Málaga me paré entre aquellos naranjos y limones, cuya fragancia de olor con gran suavidad conforta el corazón, y púseme a mirar y considerar la excelencia de aquella población, que así por la influencia del cielo como por el sitio de la tierra, excede a todas las de Europa en aquella cantidad que su distrito abraza. Y estando en esta contemplación vi venir hacia mí una cosa que parecía hombre sobre una mula, hablando entre sí a solas, con movimiento de brazos, meneos de rostro y alteración de voz, como si fuera hablando con alguna docena de caminantes. Volví la rienda a mi macho, picándole con toda la priesa posible, antes que pudiese llegar a mí, porque le conocí la enfermedad; que para huír un hablador destos querría tener no solamente pies de galgo, pero alas de paloma; y si ellos supiesen cuán odiosos son a cuantos los oyen, huirían de sí propios; que la locuacidad,

fuera de ser enfadosa y cansada, descubre fácilmente la flaqueza del entendimiento, suena como vaso vacío de sustancia y manifiesta la poca prudencia del sujeto; y tiene tan buena gracia con las gentes, que jamás son creídos en cosas que digan, porque aunque sea verdad, va tan derramada, ahogada y desconocida entre tantas palabras, como el olor de una rosa entre muchas matas de ruda. Son estos habladores como el helecho, que ni da flor ni fruta; son el raudal de un molino, que a todos los deja sordos y siempre él está corriendo. No hay toro suelto en el coso que tanto me haga huír como un palabrero déstos; y en resolución no hay buen rato en ellos sino cuando duermen, como me sucedió con éste, que por mucha priesa que me di a huír, me alcanzó y saludó como el verdugo por las espaldas, y apenas le hube respondido, cuando me preguntó adónde iba y de dónde era.

A lo primero le respondí, mas a lo segundo no me dió lugar a que le respondiese, y prosiguiendo me dijo: "Pregunto de dónde es vuesa merced porque yo soy del reino de Murcia, aunque mis padres fueron montañeses, de un linaje que llaman los Collados." A lo menos no callados: miréle mientras iba hartándose de hablar —si pudo ser— que tenía razonable

cuerpo y talle, aunque era con un gran defecto, que era zurdo y quería parecer derecho. Que aunque la fealdad del zurdo es grande, tengo por peor la del que disfraza o quiere disfrazar la falta natural, porque arguye doblez y artificio en lo interior de la condición; y siendo este género de hombres tan conocidos por este defecto como los eunucos por el de las barbas, así quieren persuadir a que no lo son como estotros a que no han llegado a edad de barbar, y los unos y los otros, con querer negallo o disimulallo, dan a entender cuán grande falta es, pues la niegan.

Este buen hombre, jugando de una y otra mano y arqueando las cejas, que tenía grandes, con dos rayas entre ellas profundas, ojos aunque no pequeños cerrados siempre que hablaba, como si con los ojos se oyera, y todo el rostro acabronado, quiero decir, libre, alto y desvergonzado, dijo mil disparates, a que yo nunca estuve atento, porque le conocí luego. Contó valentías suyas, a las cuales yo estuve tan atento como a todo lo demás, de suerte que nunca me dió lugar para respondelle a lo que me había preguntado, hasta que habiendo andado dos leguas, como de tanto hablar había gastado la humedad del celebro, labios y lengua, en una venta que llaman del Pilarejo pi-

dió un jarro de agua, y en comenzando a beber le respondí a su pregunta, diciendo: "De Ronda." Quitóse el jarro de la boca, y díjome: "Huélgome, porque voy hacia allá, de llevar tan buena compañía." Tornó el jarro a la boca, y mientras acabó de beber, le dije: "Antes es la peor del mundo porque no hablaré palabra en todo el camino." "¿Esa virtud del silencio —dijo— tiene vuesa merced? Será prudente y muy estimado de todo el mundo, que del poco hablar se conoce la prudencia de los sabios, que es una virtud con que un hombre asegura los daños que por su causa sola pueden venir. Yo no soy amigo de hablar: cuando dan tormento a alguno, si no habla ni confiesa lo tienen por valeroso, por haber callado lo que le había de dañar. En un banquete, los callados comen más y mejor que los otros y hablan menos, porque oveja que bala bocado pierde, aunque yo no soy amigo de hablar. El sueño, tan importante para la salud y vida, ha de ser con silencio. Cuando alguno está escondido, como suele suceder, en casa ajena, por callar se salva, aunque se le salga algún estornudo. Que el silencio es virtud sin trabajo, que no es menester cansarse con libros para callar. El callado está notando lo que los otros hablan, para dár-

selo después en cara. Yo no soy amigo de hablar."

Con estos disparates y otros tan materiales iba alabando el silencio, y cansándome a mí y prosiguiendo con su inclinación, dijo: "Yo no soy amigo de hablar; sino por entretener en el camino a vuesa merced, que me parece hombre principal, voy aliviando el cansancio." Yo busqué mil invenciones para librarme dél y seguir mi camino a solas; pero no fué posible dejallo, y al fin le dije: "Señor, yo tengo necesidad de apartarme a la mano izquierda, y pasar este río, porque tengo que hacer en Coín." "¿Pues por tan desconversable me tiene vuesa merced —dijo él— que no le había de acompañar?" Él prosiguió, y como no me salió bien lo primero, fuíme divirtiendo con los ruiseñores, que nos daban música por el camino, admirándome de ver con cuánto cuidado se van poniendo delante de los hombres para que oigan la melodía de su canto, a veces llevando el canto llano con la quietud del tenor y luego con la diminución del tiple, convidando al contrabajo a que haga el fundamento, sobre que van las voces saliendo a veces sin pensar con el con-

1 *desconversable:* "De genio áspero y desabrido; que huye de la conversación y trato de las gentes, o que ama el retiro y la soledad." (Dicc. Acad.)

tralto. Concierto no imitado de los hombres, sino enseñado a los hombres, a quien sirven con gran cuidado de darles gusto, pues en la orilla de aquel río, y en cualquiera parte que los haya, tanto con más excelencia usan de su armonía cuanto más cerca se hallan de los hombres.

Con esto pude disimular y sufrir algún tanto la gotera y continuación de este impertinente hablador, hasta que llegamos a una venta, donde fué forzoso comer. En acabando, yo me hice enfermo por quedarme sin él; mas él dijo: "Juntos salimos de Málaga, juntos habemos de llegar a Ronda"; que como yo callaba y él hablaba cuanto quería, le parecí bien para compañía. Vime cansado, atajado y molido, porque aunque confieso de mí que sé usar de la paciencia en muchas cosas, sé que no la tengo para oír hablar mucho y prolijamente; y así me determiné a usar del remedio contra los habladores, que es hablar más que ellos.

En acabando de comer el buen hombre, extendiendo los brazos con un gran bostezo, comenzó a decir: "Por aquí pasó el rey don Fernando y su gente, cuando, después de ganada Ronda, vino sobre Málaga, y habiéndole faltado los mantenimientos, por los muchos gastos que se le habían recrecido, y por haber acosado a los pueblos circunvecinos con los continuos

rencuentros, trazas y estratagemas de que había usado por ganar a Ronda, estuvieron dos o tres días los soldados sin recebir mantenimiento, por donde pensaron perecer de hambre." Yo le atajé con gran furia, diciendo: "Y aun yo me acuerdo que lo oí contar a mi bisabuelo, que habían traído de la campiña de los pueblos circunvecinos de cristianos de Ronda, una gran manada de ganado de cerda, de que agora hay más abundancia que en toda España, para mantenimiento del real. Como se hubiese acabado ya todo el ganado vacuno y quedasen algunos cochinos, mandó el Rey Católico que le guardasen una docena dellos, y que por ningún camino tocasen a ellos, por ser grandes y largos, para casta. Como los soldados, gente sin paciencia, se veían perecer de hambre, y la provisión que esperaban se tardaba, aunque estaban atrincheados y cercados de enemigos de toda la Hoya de Málaga, donde por fuerza habían de vivir con recato, vieron dos o tres camaradas que se habían desmandado los puercos hacia la espesura destos árboles por la ribera del río, que como llevaban seguridad y salvoconduto, nadie tocaba a ellos. Acudió un arcabucero de la camarada, y por entre las ramas le encerró dos balas en el cuerpo a un cochino de aquéllos. ¡Arma —dijeron todos—, arma; enemigos, arma! Pú-

sose todo el real en arma; los soldados arrastraron el puerco hacia su tienda, y metiéronlo entre la ropa de un baúl. Acudieron a todas las partes por donde se podía temer flaqueza o peligro; porque en semejantes ocasiones ninguno sino las centinelas puede disparar arcabuz; y como hallaron seguridad, mandóse que se hiciese pesquisa por un sargento mayor adónde y por qué se había disparado el arcabuz: echóse de ver que había sido por la muerte del cochino. Los tres soldados con los pies borraron el rastro de la sangre, y envolviéndole entre sus vestidos y camisas, lo encerraron en el suelo del baúl, que le sirvió de sepulcro hasta que llegó el sargento mayor, y informándose de tienda en tienda, llegando a la de los soldados, y negando ellos lo del cochino, llegó el sargento mayor a mirar detrás del baúl, y en meneándolo, el cochino, de lo entrañable de las tripas en contrabajo, dió un profundo gruñido, porque no era muerto, y segundó con otro más recio.

"El sargento mayor, que se enteró en el caso, y padecía tanta hambre como ellos, mirólos sin hablar palabra. Ellos, erizado el cabello, temblándoles las manos y confuso el rostro, cuando entendieron que los había de ahorcar o hacer otro castigo muy grave, el sargento mayor, poniendo el dedo en la boca, des dijo: "Envíen-

"me mi parte, y comamos todos." Con mucha disimulación tornó a su pesquisa de tienda en tienda, y cuando llegó a la suya halló entre unos trapos sucios la parte del cochino que le pareció que había venido del cielo."

Entonces dijo el hablador: "Pues a propósito de esto contaré"..., y al momento atajéle con decir: "Pues no paró aquí, ni he contado la mitad del cuento"; y diciendo mil disparates, semejantes a los pasados, lo rendí de manera que cogió su mula y se fué camino de Alora sin despedirse, y yo me quedé en la venta de don Sancho, descansando de lo mucho que había hablado y había sufrido hablar, que con ser el medio con que se entienden los hombres unos con otros, la demasía destruye el buen fin para que fué concedido a los hombres, y no a los demás animales, la comunicación del hablar y la dulzura de la lengua que tantas excelencias tiene, que ella es el intérprete del alma, satisfatora a lo que le preguntan, exhortadora al bien, consoladora en el mal, relatora fiel de las sentencias, medianera en las amistades, agradable para el oído, en la soledad compañera, declamadora para persuadir y voz para comunicarnos.

Dejo otros muchos provechos, que aunque son más materiales, son muy necesarios, co-

mo es traer la lengua el mantenimiento de una parte a otra, para que si está muy caliente se temple y si está frío se caliente y baje al estómago de manera que lo abrace bien. Mas, ¿qué asquerosa y babosa fuera la boca si no hubiera lengua que recogiera la saliva que sin licencia se destila del celebro y sube del estómago? ¿Cómo se pudiera arrancar la flema del pecho si no ayudara la lengua? ¿Quién negará la gracia que tiene para pedir y la desgracia para despedir? Maravillosas propiedades tiene para lo material.

DESCANSO DECINUEVE

Pero ¿quién o cómo podrá decir las calidades de la lengua aunque ella propia tuviese su libre albedrío, sin tener dependencia de otra parte, para hablar de sí? Dicen algunos que es de hechura de hierro de lanza, y engáña[n]se, porque ni es tan ancha por lo ancho, ni tan puntiaguda por el remate. A mí me parece que tiene hechura de cabeza de culebra, y quien quisiere advertir en ello, véala mirándose a un espejo, y hallará lo que digo: verá el fácil movimiento que tiene, más veloz que todos los demás miembros del cuerpo; cómo de su movimiento propio se alarga y se encoge, se ensangosta y ensancha, con qué ligereza sube a lo alto de la boca y baja a lo bajo, y se

15 *ensangostarse:* "Lléuame a esse lugar donde el arroyo se ensangosta, que agora es inuierno y sabe mal el agua é más lleuar los pies mojados." *Lazarillo,* ed. Clas. Cast., pág. 119.

16 El orig. y eds., "sirve a lo alto". He adoptado la interpretación B. 1881.

mueve al un labio y al otro; cómo sale afuera y vuelve adentro sin ver con qué se alarga ni adónde se encoge; y mirándola con todos estos accidentes, parece víbora que está a la boca de su cueva para salir o no salir. Y en fin sale, teniendo en su guarda y defensa los dos adarves de dientes y labios que le estorban la libertad de hablar; pero no por eso deja de hablar cuanto le mandan, y algunas veces mucho más de lo que le mandan. Vicio infame, y que ordinariamente se halla en gente muy humilde, como pescaderas y lavanderas; y si son hombres, son semejantes en nacimiento y costumbres, que si pensasen cuánto importa para la quietud de la vida y la seguridad de la muerte, antes querrían ser mudos que hablar tanto y tan mal. Mil veces he pensado por qué llaman a éstos deslenguados, teniendo tan larga la lengua. Y dejadas otras razones, digo que como hablan tanto, y tan mal, parece que han de tener la lengua gastada y consumida de hablar, y por eso les llaman deslenguados, siendo lenguados, y aun acedías, pues tantas en-

23 acedías: "Pescado muy semejante al *lenguado* o especie de él, sólo que es más pequeño y plano." (Dicc. Aut.) Juega Espinel con las dos significaciones de ambas palabras. *Lenguado* en significado de hablador:

"Leuantos uno de ellos que era bien lenguado
Fué como Galante deçie, Eutiçio lamado:

gendran en quien los sufre. Y dije que parece la lengua cabeza de culebra, porque tan dispuesta se halla para picar o morder, como para alabar o persuadir. Mas ¡cuán dulce cosa es decir bien! ¡Qué de amigos se granjean por ello, y qué de enemigos por lo contrario! En cuantas pesadumbres suceden en el mundo habría templanza y moderación, si lo hubiese en la lengua, que por ella se traban cuantas pendencias suceden en las comunidades o cabildos. ¡Qué fácil cosa es conceder una verdad, y qué dificultoso contradecilla! Pues al fin no se ha de dar razón conveniente para derriballa. El contradecir la verdad, por salir —como dicen— cada uno con la suya, bien se echa de ver que es estimarla en poco, y su misma reputación. Que aunque por algunos respectos le dejen salir con su intención, al fin todos echan de ver la vanidad que sustentaba, y él queda corrido y arrepentido; y a todos los que se aprovechan mal de la lengua les viene luego el pesar al pie de la obra. Tristes de aquellos que ponen su justicia en la confianza de su ruin lengua, que si por ese camino la alcanzan

---

Era sotil rectórico, fue bien ascuchado
Compeço su razon como omne bien acordado."

(*Poema de Alexandre*, Rivad., LVII, pág. 192.)

toda la vida pasan con escrúpulo, y la muerte sin restitución —quizá me engaño—.

Todas las heridas que un hombre da con el brazo paran allí donde se recibe daño. Si ofende con la pisada no pasa de allí el daño. Pero la herida que hace la lengua —como dice el doctísimo Pedro de Valencia— va cundiendo y extendiéndose de la misma manera que el movimiento que hace una piedra en un charco de agua, que a todas partes se va extendiendo, o como la voz que se da al aire, que a todas partes corre, y va creciendo; que la palabra, una vez echada, no sabe volverse a su dueño, ni es señor de lo que pudo retener en sí y lo dejó ir. Llaman satírico, de pocos años a esta parte, al que tiene ruin lengua; mas impropiamente, que no tiene lo uno parentesco con lo otro; porque las sátiras no nacen de la ponzoña de la lengua, sino del celo de reprehender un vicio, que por ser insensible él en sí, se reprehende en quien lo tiene. Mas la hambre y sed de la ruin lengua no tiene discurso como el que compone la sátira; y si lo tuviese, o espacio para pensar los inconvenientes, no se arrojaría tan fácilmente contra la honra de el prójimo. Aquel filósofo que preguntándole cuál era el animal más ponzoñoso en la mordedura, respondió que de los malos el maldiciente

y de los mansos el lisonjero, no declaró cuál se llama verdaderamente lisonjero; que realmente la lisonja es una mentira dicha con blandura en alabanza del presente, como si a un hombre ignorante le llamasen sabio, o a la mujer fea la llamasen hermosa.

Esta es realmente adulación y conocida lisonja, y es grande maldad decilla y mayor ignorancia consentilla; pero no se llamará lisonja a la mujer que es medianamente hermosa y parece bien llamarla muy hermosa, ni al hombre que tiene razonable talle decirle que es gentil hombre, ni lo será al que canta a gusto de quien le oye decirle que es un Orfeo, ni al que es muy razonable poeta decirle que es un Horacio; que algo se ha de añadir para que los ánimos se alienten a pasar adelante con los actos de virtud; porque si la honra es el premio de la virtud —como lo es—, ¿cómo sabrá el virtuoso la opinión que tiene en el pueblo si no se lo dicen en su cara, y le animan para que prosiga en merecer más y más cada día? Así que decille bien de sí propio al que tiene en qué fundallo no es lisonja, sino dejallo sabroso para que no cese en su buen propósito; y el que lo dice, sabiéndolo decir, se acredita de afable y de juez que conoce lo que se debe a las buenas partes. ¿Quién será tan inhumano

que tenga por lisonja decirle a Lope de Vega que no ha habido en la antigüedad más excelente ingenio por el camino que ha seguido? ¿Ni tan bruto que porque el otro sabe echar cuatro pullas con donaire diga que es gran poeta?

Todos estos son oficios de la lengua, que si es como la de aquel hablador. todo lo destruye y todo lo daña, así solapando el mal como desacreditando el bien: porque en la demasía es imposible caber los actos de justicia, y más si el hablar mucho cabe en una mujer ignorante y hermosa, que para un hombre de recogimiento y estudio hace más ruido y ocupa más en una casa que un corral de docientas gallinas. El hablar mucho está lleno de mil inconvenientes, y pocos habladores o ningunos he visto emendados; porque cuanto más viven y duran, crece más la licencia del hablar y el parecerles que lo pueden hacer. El hablar con moderación regala el oído, cría voluntad y amor en quien lo oye, y hace una armonía en el oyente, que no hay cuatro voces concertadas que así lo suspendan.

Mas ¿qué fuera de la música de voces si no hubiera lengua que pronunciara las sílabas y formara los puntos? Parecieran los músicos va-

cas en acequias o azudas en procesión. Y aunque yo use mal del precepto que doy en hablar poco, no puedo dejar de condenar un género de gentes que en comenzando a hablar son como rueda de cohetes, que hasta que ha despedido toda la pólvora no para. Son descorteses si no oyen lo que les responden, y se hacen odiosos a todo el mundo.

Hase de hablar lo necesario, respondiendo y dando lugar a que se responda con silencio justo, o ajustado con la conversación; si pudiere ser, con agudeza y donaire; si no, a lo menos con cordura, moderación y aplauso, no pensando que se lo han de hablar todo. Como divinamente hace doña Ana de Zuazo, que usa de la lengua para cantar y hablar con gracia, concedida del cielo para milagro de la tierra. O como doña María Carrión, que si no fuera con tantas ventajas hermosa, con sola la cordura y gracia de su lengua pudiera ser estimada en el mundo. No quiero traer en consecuencia desto a los grandes oradores como es el maestro Santiago Picodoro, el padre fray

1 Tal vez se refiere al mugido de las vacas y al ruido de una serie de azudas, pero no puedo precisar el sentido de la frase.

13 *aplauso*, véase pág. 58, nota.

Gregorio de Pedrosa, el padre fray Plácido Tossantos, y el maestro Hortensio, divino ingenio, el padre Salablanca, tan semejante en la vida a la excelencia de sus palabras; y otros excelentísimos supuestos, que parece que hablan con lenguas de angeles más que de hombres. Pero para reprehender el mucho hablar he yo hablado demasiado por persuadir a quien tiene esta falta que se reforme en ella.

Aquella noche descansé en un pueblo que está cerca del camino, que llaman Casarabonela, abundantísimo de naranjas y limones, con muchas aguas y frescuras, aunque al pie de muy altas peñas.

1 "Predicó el Padre Maestro fray Gregorio de Pedrosa (de la Orden de san Geronymo, y predicador del Rey nuestro Señor) intérprete de la Escritura Sagrada, tan consumado, que parece bien hijo de tal Doctor, y padre en darla a entender: está el mundo tan rico de su exemplar dotrina, que en ninguna parte se esconde." P. de Herrera, *Descripción de la capilla de N.ª S.ª del Sagrario*, etc. (Madrid, 1617, fol. 58 r.°)

2 Hortensio Félix Paravicino.

5 *supuesto:* persona respetable, de gran suposición. Comp.: "En esto se levantó mi tío, y dijo: Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto." Quevedo, *Buscón* (ed. Clás. Cast., pág. 134).—"me dieron el segundo en licencias, con agrávio notorio en voz de toda la universidad, que dijeron haberme quitado el primero, por anteponer un hijo de un grave supuesto della." *Guzmán de Alfarache.* (Rivad., III, pág. 340 *a.*)

11 *Casarabonela*, prov. de Málaga.

DESCANSO VEINTE

Por la mañana tomé el camino por entre aquellas asperezas de riscos y árboles muy espesos, donde vi una extrañeza, entre muchas que hay en todo aquel distrito: que nacía de una peña un gran caño de agua que salía con mucha furia hacia fuera como si fuera hecho a mano, mirando al oriente muy templada, más caliente que fría, y en volviendo la punta del peñasco salía otro caño correspondiente a éste, muy helado, que miraba al poniente: en lo primero el romero florido, y a dos pasos aun sin hojas; y todo cuanto hay por ahí es desta manera: unas zarzas sin hojas, y otras con moras verdes, y poco adelante con moras negras. Todo cuanto mira a Málaga muy de primavera, y cuanto mira a Ronda muy de invierno; y así es todo el camino.

Por entre aquellos árboles, muy lleno el camino de manantiales y aguas que se despeñan de aquellas altísimas breñas y sierras por

entre muy espesas encinas, lentiscos y robles, y como solo, imaginando en las extrañas cosas que la naturaleza cría, cuando sin pensar di con una transmigración de gitanos, en un arroyo que llaman de las Doncellas, que me hiciera volver atrás si no me hubieran visto, porque se me representó luego las muertes que sucedían entonces por los caminos, hechas por gitanos y moriscos; y como el camino era poco usado, y yo me vi solo y sin esperanza que pudiera pasar gente que me acompañara, con el mejor ánimo que pude, al mismo tiempo que ellos me comenzaron a pedir limosna, les dije: "Esté en hora buena la buena gente." Ellos estaban bebiendo agua, y yo los convidé con vino, y alarguéles una bota de Pedro Jiménez de Málaga, y el pan que traía, con que se holgaron; pero no cesaron de hablar y pedir más y más. Yo tengo costumbre, y cualquiera que caminare solo la debe tener, de trocar en el pueblo la plata o oro que ha menester para el espacio que hay de un pueblo a otro, porque es peligrosísimo sacar oro o plata en las ventas o por el camino, y trayendo en la faltriquera menudos, saqué un puñado, con que les di y repartí limosna —que nunca la di de me-

25 *menudos:* "Las monedas de cobre que se trahen regularmente en la faltriquera," (Dicc. Aut.)

jor gana en toda mi vida— a cada uno como me pareció. Las gitanas iban de dos en dos, en unas yeguas y cuartagos muy flacos; los muchachos, de tres en tres y de cuatro en cuatro, en unos jumentillos cojos y mancos. Los bellacones de los gitanos a pie, sueltos como un viento, y entonces me parecieron muy altos y membrudos, que el temor hace las cosas mayores de lo que son; el camino es estrecho y pedregoso, lleno de raíces de los árboles, muchos y muy espesos, y el macho tropezaba cuanto podía; dábanle los gitanos palmadas en las ancas, y a mí me pareció que me las querían dar en el alma; porque yo iba por lo más bajo y angosto, y los gitanos por los lados superiores a mí, por unas veredillas enredadas con mil matas de chaparros y lentiscos, que cada momento me parecía que me iban ya a pegar; y en medio desta turbación y miedo, yendo mirando con cuidado a los lados, moviendo los ojos, sin mover el rostro, llegó un gitano de improviso y asió del freno a la barbada del macho, y queriéndome yo arrojar en el suelo dijo el bellaco del gitano: "Ya ha cerrado, mi ceñor." "Cerrada —dije yo entre mí— tengas la puer-

24 "*Cerrar* la bestia y ser ya *cerrada*, se dize de la que ha mudado todos los dientes y no se le puede por ellos conocer la edad." (Covarrubias.)

ta del cielo, ladrón, que tal susto me has dado." Preguntaron si lo quería trocar, y habiéndome atribulado del trago pasado, y de lo que podía suceder, mas considerando que su deseo era de hurtar, y que no podía echallos de mí sino con esperanza de mayor ganancia, con el mejor semblante que pude saqué más menudos, y repartiéndolos entre ellos, dije: "Por cierto, hermanos, sí hiciera de muy buena gana; pero dejo atrás un amigo mío mercader, que se le ha cansado un macho en que trae una carga de moneda, y voy al pueblo a buscar una bestia para traella." En oyendo decir mercader solo, macho cansado, carga de moneda, dijeron: "Vaya su merced en hora buena, que en Ronda le serviremos la limosna que nos ha hecho." Piqué al macho, y le hice caminar por aquellas breñas más de lo que él quisiera.

Ellos quedaron hablando en su lenguaje de jerigonza, y debieron de esperar o acechar al mercader para pedille limosna, como suelen, que si no usara desta estratagema, yo lo pasara mal. Sabe Dios cuántas veces me pesó de haber dejado la compañía del hablador, cuando hablara mucho y me enfadara, mas al fin no me pusiera en el peligro en que estuve. Que realmente para caminar, por enfadosa que sea la compañía, tiene más de bueno que de malo,

y aunque sea muy ruin, la puede hacer buena el buen compañero, no comunicándole cosas que no sean muy justas. Y para tratar de lo que se ofrece a la vista por el camino, es buena cualquiera compañía. Que bien nos dió a entender Dios esta verdad cuando acompañó un brazo con otro, una pierna con otra, ojos y oídos, y los demás miembros del cuerpo humano, que todos son doblados sino la lengua, para que sepa el hombre que ha de oír mucho y hablar poco.

Iba volviendo el rostro atrás para ver si me seguían los gitanos, que como eran muchos, podían seguirme unos y quedarse otros; pero la misma codicia que cebó a los unos detuvo a los otros, y así me dejaron de seguir. Llegué al pueblo más cansado que llegara si no fuera por miedo de los gitanos. Después vi en Sevilla castigar por ladrón a uno de los gitanos, y a una de las gitanas por hechicera en Madrid; pero después que estuve sosegado y sin alteración, se me representó en aquellos gitanos la huída de los hijos de Israel de Egipto. Iban unos gitanillos desnudos; otros, con un coleto acuchillado, o con un sayo roto sobre la carne; otro, ensayándose en el juego de la corregüela.

---

26 *corregüela:* "Juego con que se divierten los muchachos, el qual hacen con una corregüela de un dedo de

Las gitanas, una muy bien vestida, con muchas patenas y ajorcas de plata, y las otras a medio vestidas y desnudas, y cortadas las faldas por vergonzoso lugar; llevaban una docena de jumentillos cojos y ciegos, pero ligeros y agudos como el viento, que los hacían caminar más que podían.

Dios me ofreció y deparó aquella estratagema, porque los gitanos eran tantos que bastaban a saquear un pueblo de cien casas. Reposé y comí en aquel pueblo, y a la noche llegué a Ronda, donde hallé a mis mercaderes muy deseosos de verme y muy adelante en su trato. Lo que allí me pasó no es de consideración, porque en una feria tan caudalosa son tantos los enredos, trazas, hurtos y embelecos que pasan, que para cada uno es menester una

ancho y poco más de vara de largo, con la qual forman diferentes dobleces y vueltas, y luego con un palillo o puntero le meten en uno de los dobleces a discreción; y si el palillo o puntero queda encerrado, u dentro de la corregüela, gana el que puso el puntero; y si queda fuera de la corregüela, gana el que la tiene." (Dicc. Aut.)

4 Corp.: "Parecía según era de corta, que se la habían cortado por vergonzoso lugar." *Quij.* (R. Marín, VI, pág. 11). Alusiones al romance en que doña Jimena se queja del Cid al rey:

"Enviéselo a decir
Envióme amenazare,
Que me cortara mis haldas
Por vergonzoso lugare,"

(*L. c.*, nota.)

historia. Yo no iba a tratar ni a contratar, sino a negocios de mis estudios y visitar mis parientes; pero servíles a los mercaderes de gomecillo para mostralles algunas cosas muy notables y dignas de ver que tiene aquella ciudad, así por naturaleza como por artificio, como es el edificio famoso de la mina por donde se proveía de agua siempre que estaba cercada de contrarios.

Esta ciudad fué edificada de las ruinas de Munda, que agora llaman Ronda la vieja, ciudad donde tan apretado se vió César de los hijos de Pompeo, que confiesa él mismo que siempre peleó por vencer, y allí, por no ser vencido. Está edificada sobre un risco tan alto que yo doy fee que haciendo sol en la ciudad, en la profundidad, que está dentro de ella misma, entre dos peñas tajadas, estaba lloviendo en unos molinos y batanes que sirven a la ciudad, de donde subían los hombres mojados, y preguntándoles de qué, respondían que llovía muy bien entre los dos riscos que dividen la ciudad del arrabal. Dígolo a fin que cuando esta ciudad se edificó, por la falta que había de fuentes arriba, les fué forzoso hacer una mina rompiendo por el mismo risco hasta el río, que

4 *gomecillo:* "Lo mismo que lazarillo de ciego." (Dicc. Aut.)

no hay en toda ella cosa que no sea de la misma dureza de la piedra, en que hay cuatrocientos escalones, poco más o menos, por donde bajaban por agua los míseros esclavos cautivos, en el cual trabajo morían algunos; y se tiene por tradición antigua que una cruz que yo he visto al medio de la escalera, la hizo un cristiano —que del mismo trabajo reventó— con la uña del dedo pulgar, tan honda, que fuera menester más que punta de daga para hacella. Es de la misma grandeza de rayas que un Cristo que está en la iglesia antigua de Córdoba, hecho por manos de otro santo cautivo y con el mismo trabajo. Algunos han dicho que tan insigne obra no pudo ser hecha sino de romanos; pero hay en contrario una piedra grande que está en el fundamento de la torre que llaman del homenaje, que está escrita de letras latinas, y están vueltas hacia abajo, que si supieran leellas no las pusieran al revés. Fuera que las calles son todas angostas, y las casas que se heredaron de la antigüedad bajas, muy fuera de la costumbre de los romanos y españoles. Sea como fuere, el edificio de la mina es hecho con mucho trabajo y cuidado, y de las más memorables obras que hay de la antigüedad en España; y que esta ciudad fuese edificada de las ruinas de Munda, en mil piedras

que allí hay se echa de ver, y en algunos ídolos que hay, entre los cuales son excelentes dos que hay muy maltratados, de alabastro, en las casas de don Rodrigo de Ovalle, en que agora vive, heredadas de sus padres y abuelos a quien yo conocí. Y aunque yo no hago oficio de historiador, no puedo dejar de decir de paso que, engañado Ambrosio de Morales por la semejanza del nombre, dijo que Munda había sido en un lugarcillo edificado a las faldas de Sierrabermeja, que se llama Monda, que si hubiera visto esta tierra no lo dijera. Porque a lo que dice Paulo Hircio que hay desde Osuna a Munda, concierta esta verdad, y con estar vivo hoy el coliseo grande y que muestra haber sido colonia de romanos que yo vi, año de ochenta y seis. Junto con esto me acuerdo que oí decir a Juan de Luzón, caballero de muy gentil entendimiento y buenas letras, y a un hidalgo, nieto y hijo de conquistadores, que se llamaba Cárdenas, que en un cortijo suyo que está en el mismo sitio de Munda, arando unos gañanes hallaron una piedra en que estaban estas letras: *Munda Imperatore Sabino.* Junto con esto lo oí decir a mis abuelos, que eran hi-

13 Aulo Hircio: Todas las ed., "Paulo". Lugarteniente de César a quien se atribuye participación en la redacción de los *Comentarios.*

jos de conquistadores, y tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos. Y esto digo porque, como se van acabando los que lo saben, quede esta verdad asentada para la posteridad. Tiene aquella ciudad naturalmente cosas que se pueden ir a ver por monstruosas, de muchas leguas, por la extrañeza de aquellas altas peñas y riscos. Es abundantísima de todo lo necesario para la vida, y así salen pocos hombres della para ver el mundo; pero los que salen, así para soldados como para otras profesiones, prueban muy bien en cualquiera ministerio. Y porque no haga oficio de historiador, paso fácilmente por estas verdades. Yo mostré a los mercaderes lo que pude, y los dejé con intento de ir a las Indias ocidentales.

DESCANSO VEINTIUNO

Yo negocié a lo que iba, y vine a Salamanca, donde estuve hasta que se hizo una armada en Santander, de donde fué general Pedro Melendez de Avilés, adelantado de La Florida, muy gran marinero, que por ser para navegar se la encomendaron. Yo, con el deseo que tenía de ver mundo, desamparé los estudios y me acogí en compañía de un amigo capitán, que iba haciendo gente para la dicha armada; que quien viera la gente que se juntó en ella de Andalucía y Castilla, juzgara que para todo el mundo bastaba. Pero como la mano de Dios lo gobierna todo, y sin su incomprehensible voluntad, ni el poder de los reyes, ni el valor de los generales, ni la furia de los grandes soldados, es bastante para derribar la flaqueza de un miserable hombre, tuvo infelicísimo fin aquel poderoso ejército, no en batalla, porque no llegó a ese punto, sino que se cundió una enfermedad en los soldados, de que casi todos

5 Véase el Prólogo.

murieron sin salir del puerto. Embarcóse lucidísima gente, moza y robusta, con muy grandes esperanzas que el gallardo brío les prometía. Yo me embarqué en una zabra con la compañía en que fuí, aunque con diferente capitán, porque hubo reformación, y deste segundo fuí yo alférez en armada, de quien se dijo: Desdichada la madre que no tuvo hijo alférez.

Era almirante don Diego Maldonado, caballero de bonísimo gusto, en cuya gracia yo caí, y en su desgracia nunca, por cuyo respecto me dió su bandera el segundo capitán. Diéronme unas tercianas dobles que andaban fuera y dentro de la mar; y como nunca las cosas, por poco prósperas que sean, se poseen sin envidia, dió en tenerla de mí un hidalguete de la misma compañía, que traía ocho o diez camaradas que procuraban con grandes veras derribarme del oficio de alférez; pero cuanto más ellos ocasiones me daban para su intento, tanto más me apartaba yo de tomarlas; porque puesto un hombre en ellas, mal sabe resistirse, y no hay remedio tan excelente para huír los males como no aceptar el envite de las ocasiones, particularmente en la edad robusta que yo entonces tenía, que aunque no era muy mozo, era

4 *zabra:* "Especie de fragata pequeña que se usa en los mares de Vizcaya." (Dicc. Aut.)

muy colérico, y la enfermedad me hacía andar desgraciado. Por apartarme deste hidalguete me estuve en tierra algunos días sin entrar en el navío, que todo esto se ha de hacer por evitar pesadumbres; y una huéspeda mía me curaba las calenturas con darme a beber vino de Rivadavia con suciedad de ratones, que los enfermos todo lo creen, como vaya en orden de darles salud. Como yo era fogoso, más se encendían las calenturas, y más se encendía el odio del envidioso; de suerte que por su causa me mandaron que fuese al navío: hícelo, y aun estando con mi calentura; y como él estaba puesto en su malicia, determinó con sus camaradas, con quien el pobre gastaba lo poco que tenía muy bien, de darme la ocasión a manos llenas. Yo sabía nadar, y él no; fué tanta la ocasión, que me obligó a responder: estando él y sus camaradas al bordo del navío, me desmintió. Ofrecióseme de improviso si le daba un bofetón, que me ponía en peligro que las camaradas me diesen de puñaladas; y así, sin hablar palabra, me abracé con él, y me arrojé en la mar, y dándole cuatro coces donde las camaradas no podían ayudarle, echélo a fondo, y dando dos braceados, asíme al bordo de la chalupa. El pobre, habiendo tragado algunos cuartillos de agua, salió hacia

arriba; y lo primero que encontró con qué asirse fué una pierna mía, que agarró tan fuertemente, que con muchas coces que le dí con la otra, no fué posible hacer que la soltase. Los bellacones, en cuyo favor y ánimo él se había fundado para atreverse, en lugar de favorecerle a él y a mí, estaban al bordo del navío pereciendo de risa de verlo asido de mi pierna, y a mí asido de la chalupa. Yo dí voces a los marineros —porque él no podía hablar— que echasen un cabo: echáronle y bajaron dos dellos, y como si fuéramos dos atunes, dieron con nosotros en la chalupa, aunque a mí sólo me estorbaba para salir no dejar el otro mi pierna; pero él, como se vió en elemento que no conocía, salió medio ahogado.

Subidos arriba, le dieron al otro ciertas coces en la barriga, con que vomitó el agua mala, y yo me enjugué de la que había cogido en el vestido; de suerte que para la vida le aprovechó más al pobre una pierna del enemigo que doce brazos de sus amigos; que ordena el cielo de manera las cosas, que las amistades y favores fundados en malos intentos no aprovechen para el mal fin. Nadie se fíe en lo que no fuere suyo, que es fácil el prometer ayuda y dudoso el dalla; que cada uno en la ocasión mira su daño y no la obligación en que le pusie-

ron. Dábale osadía el desprecio mío con el favor de los otros, y en ese mismo desprecio halló la vida que por el favor tuvo en duda. Yo con mi determinación deshice mi agravio, ahuyenté la calentura y di que reír a toda la armada. En confianza de ajeno favor nadie se atreva a hacer cosas mal hechas.

Súpolo el adelantado, que rió mucho dello. Vino a vernos el almirante por saber que había sido conmigo la pesadumbre, y diciendo con grandísima gracia: "Estas amistades pasadas por agua y hechas por Neptuno yo como almirante las confirmo; y pues saben, señores soldados, que debajo de bandera no hay agravio, al que lo hiciere se le darán tres tratos de cuerda, y al que lo sufriere le tendrán por muy honrado soldado, considerado y cuerdo."

Regaló al medio muerto de temor, y a mí me llevó a comer consigo, diciendo mis disparates a cuantos encontraba del armada, que fué tan desdichada, que de casi veinte mil soldados que se embarcaron muy gallardos, sólos trecientos quedaron de provecho, que llevó

16 *trato de cuerda:* "Tormento que se daba atando las manos por detrás al reo o al acusado, y colgándole por ellas de una cuerda que pasaba por una garrucha, con la cual le levantaban en alto, y después le dejaban caer de golpe, sin que llegase al suelo." (Dicc. Acad.)

el capitán Vanegas adonde le mandaron, que no bastó la diligencia del conde de Olivares, excelentísimo ministro, capaz para gobernar un mundo, discreto, sagaz y sabio en todas materias. Murió allí el adelantado, y otros grandes ministros de S. M., con que aquella gran máquina se acabó de deshacer. Yo disparé, como los demás que quedaron, a reparar la salud con la convalecencia; que realmente todos los que no murieron cayeron enfermos, y entendióse que se hizo algún daño en los mantenimientos. Salí de Santander y tomé mi derrota por Laredo y Portugalete; llegué a Bilbao, donde me siguió mi fortuna como suele. Aunque no iba muy recio ni convalecido, llevaba algunas galillas de soldado, y como aquella armada había dado tan grande tronido, todos gustaban de ver soldados della. Las mujeres particularmente, como más noveleras, salían a ver cualquiera soldado que venía.

Estando en una iglesia en Bilbao, puso los ojos en mí una vizcaína muy hermosa —que las hay en extremo de lindísimos rostros—; yo correspondí de manera que antes que saliese dijo —después de haber hablado un gran rato, y dado y tomado sobre cierta inclinación que tenía de venir a Castilla —que pasase aquella noche por su casa y que hiciese una seña.

Yo le dije que señas ordinarias son muy sospechosas, y así que en oyendo el ruido de un gato se pusiese a la ventana, que yo sería. Túvolo en cuidado, y a las doce de la noche, cuando me pareció que no había gente, fuí arrimado a una pared que hacía sombra, y con mucho silencio me puse en un rinconcillo que estaba debajo de su ventana, donde por la sombra no podía ser visto, y entonces hize la seña gatuna, a cuyo ruido se alborotaron los perros y un jumento soltó su contralto. Andaba de la otra parte un hombre también haciendo hora, y como oyó al gato y los perros, estando yo muy atento a la ventana a ver si se asomaba, cogió una piedra y dijo en vascuence: "Valga el diablo los gatos, que han venido a alborotar los perros"; y jugando del brazo y piedra, tiró a bulto donde había oído el gato, y dióme en estas costillas una pedrada, pensando de espantar el gato. Callé, y llevé lo mejor que pude mi dolor, con que me quitó la atención de la ventana y aun el amor de la moza, porque me acordé que Dios lo había permitido por el poco respeto que había tenido en la iglesia concertando en ella lo que había de ser ofensa suya; que en los lugares sagrados el temor y la vergüenza han de ser freno para no hacer semejantes atrevimientos; que si los templos son pa-

ra ofrecer a Dios sacrificios y pedirle mercedes, ¿cómo las concederá teniéndole poco respecto en su casa? Y quien no tiene temor y respecto en semejantes lugares, arguye ánimo desvergonzado; porque el temor del hombre viene a redundar en honra de Dios, y quien no lo tuviere, tampoco vendrá a tener fortaleza. Nadie siga mujeres en la iglesia, pues hay harto espacio para verlas fuera; que se han visto muy grandes castigos en hombres que no han tenido respecto a los templos, y muy grandes mercedes en quien ha temblado de hacer descortesías en ellos; y no solamente en la verdadera religión, pero aun en el culto de los falsos dioses ha permitido el verdadero muy grandes males en los tales, porque ya que, engañados del demonio, piensan que van acertados, son sacrílegos en lo que tienen por bueno.

Retiréme por el mal suceso y porque las cosas que se han comunicado poco no dan mucha pesadumbre en dejarlas; pero como ella tenía gana de venir a Castilla, tuvo modo para enviarme a decir con una amiga suya —tan cerrada en la lengua castellana como yo en la vizcaína— que ya que no quería pasar por su casa para hablalla, me fuese a la salida de Bilbao para Vitoria, que allí me hablarían. Y los hombres que en pueblos no conocidos y de cu-

yas costumbres no tiene noticia se atreven a hacer su voluntad, merecen verse en el peligro en que yo me vi. No hay confianza que no esté sujeta a algún peligro, y es grande ignorancia tenerla en lo que no se tiene experiencia. Quien dice en Castilla vizcaíno, dice hombre sencillo, bien intencionado; pero yo creo que Bilbao, como cabeza de reino y frontera o costa, tiene y cría algunos sujetos vagamundos, que tienen algo de bellaquería de Valladolid y aun de Sevilla.

Yo fuí al puesto un poco tarde, y hallé a la señora vizcaína con una amiga o compañera suya; fuímonos hablando y a ratos ella cantando en vascuence, porque la otra no sabía palabra en castellano, y con la materia que ella iba tratando de su ida a Castilla divertímonos de manera que anocheció algo lejos de la ciudad. Volvímonos, y llegando a un molino encontramos cuatro hombres perdidos que salían de una taberna, no de sidra, sino de muy gentil vino, que las hay por aquellos molinos arriba. Y viendo con un castellano dos vizcaínas, gobernáronse por sus cabezas, como estaban entonces, pusiéronse dos dellos de un lado y dos de otro, y puesta mano a sus espadas, me comenzaron a acuchillar. Yo no fuí señor de mí porque de la una parte estaba un cerro muy al-

to, y de la otra una pared bien alta, que bajaba a un caz de un molino.

Las vizcaínas huyeron, y yo hice todo cuanto fué posible por cogellos delante, por verme con ellos mejor; pero los bellacos eran matantes, y sabían cómo se había de hacer una bellaquería. Yo, visto que por fuerza había de peligrar, no pudiendo tomar la delantera, ni subir por el cerro, ni por los lados, arremetí con los dos para cogelles la delantera, y al mismo tiempo todos juntos cerraron conmigo, y me arrojaron en el caz de aquel molino; y fué tan cerca del rodezno, que la corriente furiosa del agua me llevaba a hacer pedazos, si no me asiera a una estaca o maderilla que estaba hincada —aunque poco fuerte— cerca de la puerta que atajaba el agua para que fuese al rodezno; pero era tan cerca dél y la estaca poco fuerte, que se doblaba con el peso, y yo me iba acercando más a mi perdición; los bellacones se fueron siguiendo las mujeres en viéndome caído abajo, y como los peligros tan improvisos carecen de consejo, yo no le tenía para valerme; la estaca se iba rindiendo, y yo allegándome hacia el rodezno. Volví el rostro hacia el lado izquierdo, y vi un arbolillo pequeño, que se criaba de

6 *matante:* "p. a. ant. de MATAR. Que mata. Usáb. t. c. s. (Dicc. Acad.)

la humedad del agua, que pensé que tuviera más fuerza que la estaca, mas no tenía fortaleza. Porque la corriente no hiciese su oficio, fuí cobrando espíritu, dejé la mano derecha en la estaca y alargué la izquierda al arbolillo, y pude asirlo de una rama. Repartido el peso entre las dos, aunque no podía resistir a la inmensa furia del agua, por estar casi llegando con los pies al rodezno, pude mejor sustentarme, pero no volver arriba, hasta que sacando la pierna izquierda, que estaba más arrimado a aquel lado que al derecho, topé en la paredilla con una piedra, en que pude estribar muy bien, y haciendo fuerza con ella, ayudándome de la de los brazos, mejoréme, hasta poder asir el madero, en que estaba asida la puerta del desaguadero; y encomendándolo a la mano izquierda, saqué con la derecha la daga, y metiendo el brazo debajo del agua, apalanqué con la daga y alcé la puerta tanto, que se coló la mitad del agua, y segundando, como pude, con toda la mano derecha, la levanté de manera, que con la misma furia que iba al rodezno, toda el agua se despeñó por su natural corriente, con que yo pude valerme de mis pies y subir por toda la acequia, asiéndome a las estacas que ayudaban a la presa del molino; y como el que ha resucitado de muerte a vida,

sin capa y espada ni sombrero, iba mirando si era yo el que se había visto en tan evidente peligro; iba corriendo por aquellos molinos abajo, como el que se había soltado de la cárcel, por llegar presto donde me alentase y mudase el vestido, porque no se me entrase aquella humidad del vestido en las entrañas. Los que me encontraban me hablaban en vascuence; debían de preguntar si estaba loco, yo no respondía palabra, por no me poner a resfriar.

Cuando llegué a la posada llevaba la muñeca de la mano derecha más gorda que el muslo, del golpe que había dado. Estúveme en la cama ocho o diez días, restaurando la batería que había hecho en mí el espanto de la ya tragada muerte, que fué el mayor peligro de los que yo he pasado, por ser con quien no sabe hablar, sino hacer y callar. Admiréme de ver que entre gente que tanta bondad y sencillez profesan, se criasen tan grandes traidores, sin piedad y justicia y razón. En el tiempo que estuve en la cama me tomaba cuenta a mí propio, diciendo: Señor Marcos de Obregón: ¿de cuándo acá tan descompuesto y valiente? ¿Qué tiene que ver estudio con bravezas? Muy bien guardáis las reglas de vivir que os enseñó vuestro padre; ¿no os acordáis que el primero precepto que os dió fué que en todas las acciones

humanas tomásedes el pulso a las cosas antes que las acometiésedes; y en el segundo, que si las acometíades mirásedes si podría redundar en ofensa ajena; y el tercero, que con vos mismo consultásedes el fin que pueden tener los buenos o malos principios? Muy bien os aprovecháis dellos: mas ¡qué bien parece pasar de estudiante a soldado, profesiones tan honradas, y después de soldado a molinero, y no a molinero sino a molido! ¡Qué poca pena le diera al bellaco del rodezno hacerse verdugo y descuartizarme! Tentábame mis piernas y mis brazos, y como los hallaba —aunque cansados— buenos, daba mil gracias al bendito ángel de la guarda, que él por su bondad es la prudencia de los hombres, que la nuestra no basta para librarnos de los trabajos y adversidades; pero bastara para no ponernos en ellos; sino que se adquiere esta divina virtud tan tarde y con tanta experiencia de trabajos y vejez, que cuando les viene a los hombres parece que ya no la han menester. Y la juventud está tan llena de variedades y mudanzas naturalmente, que apetece más arrojarse a la fortuna y suerte que obedecer a la providencia.

25 *providencia:* B. 1881, lo escribe con mayúscula por creer que se refiere a Dios. Se ve claramente que se refiere a la virtud de la providencia o previsión.

Y confieso que el poco que yo tuve me trajo a punto de perecer miserablemente donde había de ser manjar, aun no de peces, sino de gusarapos, si no era que los perros del molino querían hacer algún banquete antes que viniera a noticia del amo. Yo pasé mi trabajo lo mejor que pude, y pude muy mal, porque en la soldadesca no había mucho dinero, aunque se hacen en ella los hombres experimentados para estimar la paz y animosos para ejercitar la guerra.

DESCANSO VENTIDÓS

Salí de Vizcaya echándole mil bendiciones, lo más presto que pude, por llegar a Vitoria, donde hallé un caballero amigo mío que se llamaba don Felipe de Lezcano, y él me hospedó y regaló de manera que pude repararme del trabajo pasado. Y por no dejar de vello todo, fuí de allí a Navarra, siendo condestable della un hijo del gran duque de Alba don Fernando de Toledo, pero con gran cuidado de no arrojarme a cosa que no fuese muy bien pensada; porque como en cada reino, ciudad y pueblo, hay diversas costumbres, el que no las sabe, con vivir bien y quietamente cumple con la obligación natural: y con aquel primer documento que me dió la aflicción del molino, procuré valerme siempre, si no era cuando me olvidaba dél, que como mozo tropezaba de cuando en cuando, principalmente en aquellas cosas que sola la edad puede madurar; cuanto más que es tan poderoso el hacer costum-

bre en las cosas, que ellas mismas se facilitan con el uso, y cuando no repugnan a la razón no se han de dejar si no pide otra cosa la fuerza.

Al fin me valí por Navarra y Aragón de manera que adquirí muchos amigos. Y en llegando a Zaragoza, ciudad y cabeza del antiguo reino de Aragón, que entonces tenía no tan buena fama como mereciera, hallé tantos amigos y tan buenos, que más parecí natural que forastero en el amor que me tenían. Pero yo fuí siempre con cuidado de no mirar a ventana —que son celosísimos los de aquel reino—, ni tomar pesadumbre con nadie, ni asir de palabras de poca importancia, que es de donde se traban las enemistades y odios. Honróme en su casa por el tiempo que allí estuve un gran príncipe muy amigo de música y de todos actos de ingenio y de virtud, honrándome y acudiéndome a las necesidades de naturaleza; y fué tanto el favor que me hizo, que me divertí más de lo que fuera razón en juegos que hasta entonces no había dado en ellos, que fué bastante para distraerme y dar en aquel vicio que me trajo más inquieto. Que como en palacio la ociosidad es tanta y el ejercicio de letras y uso de las ciencias tan poco favorecido, di en lo que todos daban. Vicio contra caridad, lleno de ira insolente en el que gana y

de humildad forzosa en el que pierde, y que arrastra de manera a quien lo sigue, que no le deja voluntad para otra cosa. Cuál antepone el juego a la honra; cuál deja mujer y hijos perecer de hambre, y estos son daños muy ordinarios; que hay muchos que ni se pueden ni se sufren decir.

Un hidalgo de muy buen entendimiento se vió tan lleno de trampas por el juego, y tan sujeto a la costumbre, y convertido ya el uso en naturaleza, que reprehendiéndole su misma madre, y rogándole que dejase el juego y ella le alargaría toda su hacienda, que era no poca, respondió que estaba como hombre que tiene atravesada una daga, que vive mientras la tiene, y en sacándosela muere, y que en quitándole el juego se había de morir. Pero es tanta la golosina del que gana, y tan grande la desesperación del que pierde, que ni el uno reposa hasta perderse, ni el otro vive hasta desquitarse. El uno se inquieta con la ganancia, el otro se ahoga con la esperanza de ganar, y ambos fácilmente mudan estado; pero no duran en él de costumbre, ni se puede creer el odio infernal que tiene el que pierde con el que le gana, aunque más y más disimule, que parece que en aquel punto le falta el conocimiento de la primera causa, nacido de no poderse vengar de su enemigo.

Quien quisiere meter cizaña entre dos grandes amigos, haga que juegue el uno contra el otro, que no ha menester más fuerza el diablo para hacellos grandes enemigos; tal es la fuerza del odio que se cobra en el juego: ¡qué de muertes infames, hechas con supercherías y traiciones, robos y mentiras nacen del juego! No quiero que se me representen las cosas que he visto suceder en el juego y por el juego; sólo quiero decir que es tan poderoso, que un hombre que trata de recogimiento, o por escribir, o por leer, o por otros actos de virtud, si juega una vez y pierde, ha menester ayuda del cielo para tornar a añudar el hilo por donde lo había quebrado.

Yo me divertí en esta materia y la di a entender a amigos que trataban deste infame ejercicio, con uno de los cuales me pasó una cosa muy vergonzosa para mí y de risa para quien la supo. Fué que una noche me pidió que le acompañase porque iba a hablar con cierta persona, y quiso llevarme para que le guardase la suya. Yo me puse como de noche con una espada y broquel, unos calzones o zaragüelles de lienzo, un capotillo de dos faldas, y otras cosas de disfraz, con que fuimos adonde me llevó, que era una casa donde había un poyo a la puerta. Dió las once el reloj,

y después las doce, que era la hora que tenía aplazada, y díjome que lo esperase sentado en aquel poyo, que luego saldría. Sentéme bien rellanado, y musitando entre dientes comencé a entretener el sueño lo mejor que podía, que ya era hora dello. El día siguiente era día solenísimo de los Apóstoles; oí las dos y luego las tres, que el buen hombre no podía salir, porque hubo estorbo para ello; yo me caía de sueño; di en pasearme y en rezar, entendiendo que aprovecharía para no dormirme, siendo cosa que más concilia el sueño de cuantas hay en el mundo. Torné a sentarme, porque me cansaba de tanto pasear, y como había digerido ya la cena gran rato había, por más que me refregaba los ojos con saliva, no pude valerme hasta que no sé cómo ni de qué manera, sin querer, me quedé dormido sobre el poyo, adonde estuve, hasta que tañendo a Misa mayor el día siguiente, con el ruido de las campanas de la fiesta y de la mucha gente, pasando unas señoras por allí, dijeron: "¡Qué bien lo ronca el cochino!", y mandaron a un escudero que me despertase. Despertóme, y alzando los ojos con un gran bostezo vi el sol en medio de la calle, y oyendo el armonía de las campanas, arrebocéme un capotillo que llevaba y di a correr no hacia mi posada, sino a la placeta

de Médicis, siguiéndome más de trecientos perros; y a la vuelta de una esquina topé con un ciego que llevaba una docena de huevos en el seno, y al mismo compás que le topé, volvió el báculo y alcanzóme en el hombro izquierdo; y como le distilaba lo amarillo de la tortilla, decían que le había quebrado la hiel en el cuerpo, y ya que con mi huída llegaba cerca de la casa donde me había de acoger, con la priesa que llevaba y la que me daban los perros, tropecé y tendíme a la puerta desta señora tan buena de nacimiento, que habiéndole yo enviado dos perdices para que se regalase con ellas, las echó en una necesaria porque venían lardeadas con tocino.

Parece que con estas menudencias se desautoriza la intención que se lleva en este discurso; pero mirado bien, para eso mismo lleva mucha sustancia, que aquí no se escriben hazañas de príncipes y generales valerosos, sino la vida de un pobre escudero que ha de pasar por estas cosas y por otras semejantes, y por reprehender una inadvertencia tan grande como la que hizo aquel amigo y la que hice yo. Llevar compañía de noche quien va a cosa hecha, téngolo por yerro: porque si va adonde no tiene peligro, no ha menester llevar testigo de sus mocedades; y si va con sospecha de algún

peligro, claro está que no ha de querer infamar una casa y por fuerza se ha de retirar, y para huír más desembarazado, mejor va solo que acompañado, porque al fin no lleva consigo quien diga que huyó. Y aunque es lo más sano y seguro no hacello, si se hiciere sea a solas, no acompañado; porque las amistades de hombres se acaban, y luego se revelan los secretos. Pues la fineza que yo usé en esperalle y guardarle el cuerpo, ¿quién dirá que no fué disparate? Pasaban dos horas, y acercándose el día, ¿qué necesidad tenía yo de ponerme a padecer tormento de sueño? ¿Qué fortaleza de rey me había mandado que guardase, sino la que era de un hombre perdido, para ponerme a peligro demás de la vergüenza que pasé?

Cuando se ha de poner un hombre a tan grandes riesgos, ha de ser por conocer un evidente peligro en alguna persona, de vida o de honra, o por obedecer el mandamiento de algún gran príncipe o república. Pero que me ponga yo a los sucesos de fortuna por quien está muy contento, sin tener más cuidado de mi cuerpo que de su alma, téngolo por fineza impertinente. ¿Qué honra o hacienda perdiera yo cuando me fuera a tomar el reposo y des-

16 El orig. y las dos B. 1618: "de mas de la vergüenza."

canso que naturaleza pide para su conservación? Si me culpara en haberlo dejado, le preguntara yo si lo dejaba en alguna mazmorra de donde lo podía sacar con la mano, o si me dejó él a mí en mi lecho reposando, o si quedaba entre enemigos de la fe como quedaba entre enemigos de guardalla. Siempre oí decir que el que fuere compañero en los trabajos también lo ha de ser en los gustos; pero aquí la parte del trabajo era para mí, y la del gusto para él.

La conclusión es que tengo por yerro llevar compañía [en semejantes jornadas, y por mucho mayor acompañar a nadie en ellas; que si llama la compañía por pusilánime, lleva la vida jugada el que le acompaña], porque a la primera ocasión huye y lo deja en manos de enemigos que el no tenía ni temía. Y mire cada uno, si le sucediere, que es participante del daño que el otro hiciere en ofensa ajena.

Yo me reparé de vestido y de sueño —aunque había dormido lo bastante para un hombre de bien— en aquella misma casa donde llegué y adonde hallé un vecino suyo muy lleno de melancolía, y tanta que aunque me vió dar con mi persona en el suelo, con la espada a una

13 El trozo entre corchetes falta en B. 1881.

parte y el broquel a otra, no conocí en el accidente de risa, como en cuantos me vieron caer, que una caída es ocasionada para mucho disgusto de quien la da y mucha risa de quien la vee. Con todo se llegó este buen hombre estando ya puesto de rúa en casa de aquella buena mujer amiga del tocino, y pareciéndole que yo estaba disgustado, llegó como a consolarse conmigo, diciéndome que todos los hombres del mundo padecen trabajos, y que él estaba tan dentro dellos como todos cuantos vivían en él. Yo le pregunté qué eran sus males que tan triste lo traían, porque siempre he sido compasivo; y él me respondió en una palabra: "Celos."

"¿Ese mal tiene? —le dije yo—; no quiero preguntalle si son averiguados o si es sospecha; pero quiero decille que es enfermedad de mozos de poca experiencia, que si la tuvieran, sabrían que los mismos tienen unos de otros. Y si advirtiesen que el otro de quien yo los tengo anda rabiando dellos por mí, consolaríame con su daño y con velle padecer y consumirse con un perpetuo desasosiego. ¿Qué mayor consuelo puedo tener yo que ver a mis enemigos padecer y reírme dellos? Porque pensar que una mujer divertida en estos tratos se ha de con-

1 *puesto de rúa:* echado a lo largo.

tentar con lo que uno le da, es pensar que un fullero ha de andar bien puesto con sola la ganancia que hace a un cuitado. Los celos tienen al diablo en el cuerpo del que los tiene, y parece que lo trae consigo, pues a nadie hacen mal sino a quien los mantiene, y cuanto más se callan más crecen. Su remedio está en tan ruin fundamento, que con averiguar la verdad, o se mueren o se halla ocasión para perdellos poco a poco, apartándose de quien los causa. Yo aseguro que son más de cuatro los celosos, sin saber unos de otros en esa misma ocasión, y crea que se usa esto. Si son celos de la mujer propia, es agravio que se le hace, que la más baja mujer del mundo estima en más la sombra de su marido que a todo lo restante dél.

Un príncipe de esta ciudad dijo muy bien quién son los celos, y materia tan odiosa no se ha de traer a la memoria, sino consolarse con lo que tengo dicho de ver que padecen por mí lo que yo padezco por otros: que han venido las mujeres a tan infelice estado, que han privado a su misma naturaleza del gusto que ella les concedió, porque lo han puesto en sólo hurtar y robar las haciendas, fingiendo querer a los que desean desollar, por sólo igualarse en galas a las que de su nacimiento por herencia de patrimonio nacieron nobles y honradas, y

ricas y principales, que les parece no ha de haber diferencia y desigualdad en la tierra de mujeres a mujeres, como en el cielo la hay de ángeles a ángeles. He mezclado esta materia con esotra, porque de la perdición desto viene la comunicación de muchos, para que todos anden celosos: y con tener cada una su docena de ángeles de guarda, pasan por moneda corriente y honrada."

Despedí al buen hombre algo consolado y fuíme a mi posada, y dentro de pocos días me fuí a Valladolid, después de haber visto a Burgos y toda la Rioja, provincia fértil, de bonísimo temperamento, y que parece en algo al Andalucía.

DESCANSO VENTITRÉS

En Valladolid serví al Conde de Lemos don Pedro de Castro,[3] el de la gran fuerza, caballero de excelentísimo gusto y bondad muy suya, sin la heredada, que era y es cuando menos descendiente de la sangre de los jueces de Castilla Nuño Rasura y Laín Calvo, junta con la de los reyes de Portugal. Entré en su gracia y hice muy poco, porque tenía el Conde un pechazo tan generoso, manso y apacible, que con poca diligencia se entraba en las entrañas de quien le quería. Con todo, no me hallé muy bien a los principios, porque me faltaba lo que es menester para servir en palacio, que es decir con gracia una lisonja, salpimentar una mentira, traer con blandura y artificio una servil chisme, fingir amistades, disimular odios; que caben mal estas cosas en los pechos ingenuos

3 Pedro Fernández de Castro. El gran protector de los hombres de letras de su tiempo, a quien Cervantes dedica el *Persiles y Sigismunda*.

y libres. Dejo aparte el rigor y majestad de los porteros, que ordinariamente tienen una gravedad más seca que sus personas, y ellos lo son tanto como sus palabras.

Aunque eché de ver que lo que más importa es que en presencia del señor el criado tenga siempre el rostro alegre, y en las cosas que le mandan, y aunque no se las mande, será menester ser diligente y solícito y cumplir cada uno puntualmente con su ministerio. En lo primero, que es traer el rostro alegre, mal le puede hacer un melancólico; pero para esto hay un remedio, que es no ponerse delante del señor sino cuando estuviere el criado de buen humor: que la alegría de los criados —fuera de hacer su negocio— ayuda a vivir al señor y si no la muestra, piensa que está disgustado en su servicio, y así durará poco con él. Aunque este príncipe mostraba tan buen pecho con sus criados, que él mismo los obligaba a andar muy contentos y servirle con muy apacible semblante; porque haciendo todo lo que podía y tenía obligación de hacer, los honraba donde quiera que se hallaba. Y siempre en esta antiquísima casa han llevado y llevan esta grandeza de ánimo y cortesía, como se ha parecido y parece en el que ahora la posee don Pedro de Castro, que desde niño tierno descubrió tan-

ta excelencia de ingenio y valor, acompañado de ingenuas virtudes, que habiéndole puesto su rey en los más preeminentes oficios y cargos que provee la monarquía de España, ha sacado milagroso fruto a su reputación, siendo muy grato a su rey, muy amado de las gentes subordinadas a su gobierno y muy loado de las naciones extranjeras.

Estando en esta casa y en Valladolid, se descubrió aquel gran cometa, tantos años antes pronosticado por los grandes astrólogos, amenazando á la cabeza de Portugal. Hubo tan grandes juicios sobre ella, y algunos tan impertinentes, que dieron harto que reír, entre los cuales hubo uno que decía que las cosas grandes habían de descrecer y las pequeñas habían de crecer. Llegó este juicio al de un hombrecico pequeño, que también en esto lo era, que estaba muy malcontento de verse con tan aparrada presencia, que trayendo unos pantuflos de cinco o seis corchos, aún no podía lucir entre la gente. Andaba siempre polido y bien puesto, enamorado y bien hablado, y aun hablador no sin afectación. En las conversaciones procuraba, no que sus conceptos llegasen a igualarse con los otros, sino que sus hombros

20 aparrado: "Dícese de los árboles cuyas ramas se extienden mucho horizontalmente." (Dicc. Acad.)

se ajustasen con los de la rueda, y como no podía ser, pensando que era la culpa de las agujetas, meneaba un lado y otro, hasta que crujían todas. Pues como llegó a su noticia la interpretación del cometa que las cosas pequeñas habían de crecer, se le encajó que se decía por él. Que fácilmente nos persuadimos a creer lo que deseamos, aunque sea tan gran disparate como éste. Dijéronle que yo era nigromántico y que si yo quería podía hacelle crecer dos o tres dedos o más; pero que había de ser muy secreto, porque no se supiese que yo sabía tal arte diabólica. Pasando por la plaza haciendo mi escuderaje con los demás gentileshombres de casa, me señalaron con el dedo para que me conociese. Sin haberme avisado los que le tornaban loco, se llegó a mí con una retórica bien pensada, ofreciéndome amistad y hacienda y favor para toda la vida, y el fin de todo fué decir: "Ya vuesa merced vee el agravio que naturaleza hizo a un hombre de mis partes en dar a tan altos pensamientos tan pequeño cuerpo; yo sé que si vuesa merced quiere, puede suplir esta falta, con que tendrá un esclavo

3 *agujeta:* "La tira o correa de la piel del perro o carnero, curtida y adobada, con un herrete en cada punta que sirve para atacar los calzones, jubones y otras cosas; y también se hacen de seda, colonia, hilo o lana, para el mismo uso." (Dicc. Aut.)

para siempre jamás." "Eso —dije yo— sólo Dios puede hacello, que es superior a la naturaleza, y si vuesa merced quiere crecer por los pies, póngase más corchos de los que trae; y si del pecho arriba, con ahorcallo crecerá tres o cuatro dedos." "Oh señor —dijo él— ya venía informado que vuesa merced me había de negar este bien; por amor de mí que se disponga dello, y en lo demás corte por donde quisiere." Vilo tan rematado en su disparate, que lo hube de reducir a las obras de naturaleza, diciéndole: "Señor, vos vais tras un imposible que no solamente [no] es hacedero, pero os tendrán por loco cuantos supieren que dais en ese error. Las obras de naturaleza son tan consumadas, que no sufren emienda; nada hace en vano, todo va fundado en razón; ni hay superfluo en ella, ni falta en lo necesario; es naturaleza como un juez, que después que ha dado la sentencia no puede alteralla, ni mudalla, ni es señor ya de aquel caso, si no es que apelan por otro superior.

"En formando naturaleza sus obras con las calidades que les da, ya no es señora de la obra que hizo, si no es que Dios, como superior, quiere mudallas; si hace grande, grande se ha de quedar; si chico, chico se ha de quedar; si monstruo, así ha de permanecer. Ni hay para

qué cansarse nadie pensando imposibles." A esto replicó diciendo: "¿Pues no es más dificultoso hacerse un hombre invisible, y hay quien lo hace?" "No es —dije yo— sino facilísimo, que con ponerse un hombre detrás de una tapia, queda invisible, o encubriéndose con una nube. Y vos os haréis invisible con sólo poner delante de vos un mosquito." "Gentil consuelo —dijo— he hallado en quien pensé tener todo lo que he deseado toda mi vida."

"¿Qué consuelo ha de hallar —dije— quien quiere ir contra las obras de la misma naturaleza, que es la que nos representa la voluntad del primer movedor y autor de todas las cosas? Que aunque crió a todos los hombres iguales, no fué en los actos exteriores sino en la razón del alma. Y ésta es la que hace al hombre superior a todos los demás animales, que no el ser grande o pequeño. Si naturaleza os hubiera criado desigual de miembros, como habiéndoos dado esas piernas de gozque tener unos brazos de gigante, o en esa carilla de mandrágora os hubiera puesto unas narices

23 "*Mandrágora:* vna especie de yerua más nombrada en estas partes. que conocida... Echa unas grandes raíces que se retortijan vnas con otras, y casi vienen a formar algunas dellas vn cuerpo como de hombre. Pitágoras la llamó ανθροπομορφος, por remedar la figura humana." (Covarrubias.)

trastuladas, pudiérades os quejar, pero no enmendar. Mas al fin si sois pequeño, sois tan bien hecho y tan igual de miembros que tenéis las orejas mayores que los pies; y quien tiene andada la mitad para una de las más importantes virtudes que resplandecen en los hombres, ¿por qué ha de buscar quien le haga crecer?"

"¿Qué virtud?" —preguntó él.

"La humildad —respondí yo—; que para alcanzar tan divina virtud tenéis andada la parte del cuerpo, que parece que estáis siempre de rodillas, y con humillar el ánimo la tendréis alcanzada toda. Si naciérades en tiempo de los gentiles, que se usaban transformaciones, la naturaleza, de enojada con vos por no contentaros con ella y por soberbio, os hubiera transformado en renacuajo, por humillar la soberbia del ánimo y cercenar la cantidad del cuerpo."

A todo cuanto le dije calló, y dijo por último: "Aténgome a la significación de la cometa, que dice que los pequeños han de crecer y los grandes han de disminuírse; pero ya que

1 *narices trastuladas:* de *trastulo*, bufón o gracioso de las farsas italianas. Comp.: "Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmantinas." *Quij.* (R. Marín, IV, pág. 163 y la nota adjunta).

vuesa merced se ha holgado dándome matraca, obligación tiene de ponerme en estado que no me la den otros; que quien sabe decir lo uno, sabrá hacer lo otro, y eso de ser humilde guárdelo para sí, que yo tengo por qué estimarme en mucho, que soy hijodalgo de parte de mi abuela, que antes que se casase con mi abuelo había sido casada con hidalgo muy honrado, y tiene hoy la ejecutoria dél guardada y a buen recaudo."

"¿De suerte —dije yo— que de ahí os viene la vanidad y no querer ser humilde? Seréis como los que lucen y se regalan con hacienda ajena. Agora digo que no me espanto que seáis soberbio teniendo mucha razón de ser humilde y rendiros a la humildad, virtud que jamás tuvo émulos ni envidiosos; que todas las partes que adornan a un hombre padecen esta mala ventura, si no es la humildad y la pobreza, tan aborrecidas de los hombres y tan amadas del Autor de la vida. Pero si la humildad nace del conocimiento de sí propio, y éste os falta a vos, ¿por qué habéis de ser humilde?"

"Yo no vine —me dijo— a oír virtudes, sino a probar encantamentos o cosas sobrenaturales para conseguir mi intento."

Fuése el buen hombre, y luego llegaron a mí cuatro amigos de buen gusto y no poca ma-

licia, preguntando si había venido a mis manos con aquella demanda. Respondíles que sí, y que lo había desengañado de aquel disparate y desalumbramiento tan grande. "Por vida vuestra —dijeron— que le hagamos una burla, porque es tan gran loco, que se persuade a que pueda crecer, y le sacaremos una muy gentil merienda riéndonos un rato a costa suya." "Eso —respondí yo— no lo haré por todas las cosas del mundo, porque burlas de que puede resultar escándalo general y daño particular, ni son lícitas, ni se permiten por camino alguno."

"Sabed —dijeron— que es la misma avaricia y miseria, y habemos dado en esto por hacerle gastar, que lo sentirá en el alma." "Si esa condición tiene —dije yo—, no le sacarán della aunque le hagan llegar a la Giralda, que los avarientos y los borrachos nunca se veen hartos de lo que desean, ni apagan la ingrata sed que traen. Acuérdome que por hacerle gastar a un hombre, ciertos maleantes se pusieron a trechos diciéndole que estaba enfermo, de suerte que cuando llegó al último ya lo estaba de veras por el caso que había hecho la imaginación y fué menester llevarle a su casa medio muerto; y de quererle hacer burla tan pesada nació el arrepentimiento, tardío pa-

ra todos ellos y grave daño para el paciente. Y en este caso sería mayor cuanto es más imposible la obra; que para persuadir una cosa tan contra la misma naturaleza se han de hacer grandes embelecos y no pueden ser sin grande daño del pobre ratón, que ni vee su cuerpo ni conoce su ignorancia."

Porfiaron todavía que le hiciésemos un engaño que pareciese cosa de encantamento. "Cuando eso se hiciese —pregunté yo—, ¿quién quedará más confuso, él en recibir ese engaño —después de descubierta la verdad—, o yo en haber sido autor dél? En todas las cosas se ha de considerar el fin que pueden tener, y esa ficción y engaño no puede estar mucho encubierta; y para mí tengo por mejor y más seguro el estado del engañado que la seguridad del engañador; porque al fin, lo uno arguye sencillez y buen pecho, y lo otro mentira y maldad profunda. Yo no puedo tragar una mentira ni engaño, porque se arremete a desdorar la opinión de quien se tiene por hombre de bien. Las burlas han de ser pocas y sin daño de tercero, y tales, que el mismo contra quien se hacen guste dellas. No sabemos la capacidad de cada uno, que la que es burla llevadera para uno, será para otro muy pesada; y las burlas no se han de juzgar por malas o

peores de parte de quien las hace, sino de parte de quien las recibe; y si él las tomare bien serán de sufrir, y si las tomare pesadamente serán pesadísimas. Dábanle matraca a cierto ordenante por una necedad que había dicho, y cuando estuvo harto de sufrir, dijo que quería que pecase mortalmente quien más se la diese. Que de burlas pesadas vemos cada día resultar agravios que no se pensaron. Este miserable no tiene talento para llevar una burla tan pesada como esta que por fuerza lo ha de ser. Yo no me tengo de poner en eso, porque iría contra mi propia opinión, que es injusto y mal hecho; y no me espantaré del que se deja engañar por lo que desea, pero espantaríame de quien le quisiere engañar, sin esperar dello más gusto que hacer mal."

Fuéronse, y al fin le hicieron una burla muy pesada, dándome a mí por autor della. Pusiéronle en estrecho de ayunar tres días con cuatro onzas de pan y dos de pasas y almendras, y dos tragos de agua, y primero le tomaron la medida de su cuerpo en una pared muy blanca, poniendo para señal de su altura un clavito pequeño o tachuela. Hizo su dieta y unas hermanas suyas le fregaban los brazos y piernas todas las noches y mañanas, por consejo de los maleantes; preguntábanle las pobres después de

cansadas: "¿Hermano, para qué hace esto?" Y él les respondía: "Bárbaras, no os entremetáis en las cosas de los hombres." Todos estos tres días de la dieta y las fricaciones, se subía a una azotea en amaneciendo, y se ponía hacia el nacimiento del sol, haciendo ciertas señales que le habían mandado contra las nieblas de Valladolid, que él hizo muy puntualmente como todo lo demás. Cumplidos los tres días, y lleno el celebro de nieblas, vino a los bellacones con tanta cara como una calavera de mandrágora, que como estaba tan chupado y flaco, parecía más alto. Fué uno dellos a la pared blanca donde se había medido, y mudó el clavito dos dedos más abajo, y tapó el agujero con un poco de cera blanca, que era en la cerería recién hecha, blanca y muy lisa. Enviáronle a medirse, y como topó con el colodrillo en el clavito, quedó fuera de sí de contento, entendiendo que él había crecido lo que el clavo había bajado.

Vino con la boca llena de risa, que parecía mico desollado, y fuése a echar a los pies de quien le había hecho crecer. Ellos le dijeron que callase, porque si no se descrecería lo crecido, y que lo dificultoso quedaba por hacer. El dijo que aunque fuese bajar al infierno lo haría por no descrecer. "Pues no es menos", dije-

ron ellos; y aquella noche le mandaron que entre las once y las doce de la noche entrase en cierto aposento por un callejón muy estrecho, que estaba debajo de unas casas lóbregas y escuras, solo y sin luz, y que allí le dirían lo que había de hacer. El se turbó todo con la dificultad que le pusieron; pero al fin dijo, con todo el miedo posible: "Sí haré, sí haré." Fuése a la noche entrando por su callejón, espeluzado el cabello, cortado de brazos y piernas, sin oír perro ni gato que le pudiese hacer compañía, y en llegando al aposento salieron por las cuatro esquinas de bajo la cama cuatro carátulas de demonios, con cuatro candelillas en las bocas, que con el temor que había concebido, se le representó el infierno todo; porque todos los hombres muy crédulos son también temerosos; y como se fueron alzando los demonios, él se fué quedando, y sin saber de sí ni poder moverse de donde estaba, cayó en el suelo, dándole tan gran corrupción, que no se le pareció haber tenido dieta, que la cólera desbarató cuanto las almendras y pasas habían detenido. Él caído, y ellos turbados y aun arrepentidos, no supieron qué hacer, sino dejarlo y acogerse. Él volvió a cabo de rato en sí, y hallóse revolcado no en su sangre, de que anduvo muy corrido, y de manera enfermo, que fué menester

de veras valerse de las pasas y almendras para no morirse, y ellos anduvieron escondidos y ausentes.

Yo me sangré en salud, refiriéndole el cuento al Conde, que le solenizó mucho con su buen gusto, y tomó a su cargo las amistades, contando lo pasado a cuantos entraban en su casa. Sosegóse el negocio con la autoridad de un tan gran príncipe, aunque ellos anduvieron hartos días inquietos porque el hombrecito se quejó a todo el mundo y a quien pudiera castigar la burla.

Yo los cogí cuando hubo oportunidad y les di a entender con la verdad cuánto importa no hacer mal, tan poco en burlas como en veras; que de haberle dado la vaya sobre su ruin talle y cuerpo, vino a buscar tan pesado remedio: que nadie quiere oír sus faltas, y por más que se hagan sufridores y finjan risa, no hay a quien no le pese en el alma oír decir mal de sí propio; y tanto más, cuanto más parece verdad lo que se dice; que aun cuando no lo es ni lo parece, se le abrasa el corazón a quien se dice, ora sea por dar pesadumbre, o sea por chisme, de que era tan enemigo este príncipe, que en trayéndole alguna novedad de palacio, lla-

16 *dar la vaya:* "Burlar de alguno." (Covarrubias.)

maba a aquel de quien se decía y delante del parlero se lo reprehendía; si se encogía de hombros el otro, negándolo, decía el Conde: "Pues veis aquí a fulano que me lo dijo"; y así andaban todos ajustados con la lengua y con el Conde.

a *parlero:* hablador, chismoso.

DESCANSO VENTICUATRO

Y porque no habrá otra ocasión en que contarlo, digo que era este príncipe tan enemigo de chismes y parlerías, que en presencia mía vino cierto congraciador a decirle que estaba tratando mal de su persona un hidalgo de Valladolid, y encareciendo mucho esta insolencia, le preguntó el Conde: "¿Y vos qué hicistes?"

"Yo —dijo el buen hombre— vine luego a avisar a V. Excelencia, porque al pie de la obra le enviase el castigo que merecen ofensas hechas a tan grande señor."

"Vos tenéis razón —dijo el Conde—. Hola, dadle a este gentilhombre una libranza de media docena de palos muy bien dados." "¿Pues a mí por qué?" —dijo el buen hombre. "No son para vos —respondió el Conde— sino para que los llevéis al que dijo mal de mí, porque como vos me trujistes lo que yo no sabía, le llevéis a él lo que no sabe" Y dijo a un paje: "Bermúdez, corre y di a fulano que cuando hubie-

re de decir mal de mí no sea delante de tan ruin gente que me lo venga a decir luego, y que para castigo suyo basta que sepa él que yo lo sé."

Ambos quedaron muy bien pagados, como merecían; que aunque no se dió la libranza, quedó el pobre espantado de la merced.

El ermitaño a todo esto comenzó a dar cabezadas y bostezar muy a menudo, como hombre que está de mala gana en locutorio de monjas, porque después de la comida todo había sido hablar al son de las canales, que aunque pocas, con el ruido y fuerza del aire hacían su figura de manera que se echó de ver que había música para toda la noche. Cenamos lo que tenía el buen hombre, que por poco que fué, ayudó para reposar y darle al sueño bastante lugar, no solamente para hacerle la digestión, pero para soñar disparates conforme a lo que se había cenado y al tiempo borrascoso que hacía; que realmente —aunque más anden desvaneciéndose y buscando interpretaciones de los sueños algunos amigos de adivinación— ellos andan conforme a los tiempos y a los mantenimientos, y obedeciendo al humor predominante, que es lo más ordinario. Es grande igno-

14 *hacían su figura:* daban su nota musical. "*Figuras* se llaman también las notas de la música." (Dicc. Aut.)

rancia ponerse a interpretar lo que procede de humores calientes o fríos, húmidos o secos; y si alguna cosa sucediere que sea verdad en los sueños, o será acaso, o representación de ángeles buenos o malos. Y no hay para qué divertirnos en probar la verdad desto, que tan manifiesta y clara la conocemos.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	PÁGS.
PRÓLOGO	7
Dedicatoria al Cardenal Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas	27
PRÓLOGO AL LECTOR	33
Relación primera de la vida del escudero Marcos de Obregón	43
Descanso I	47
— II	53
— III	68
— IV	79
— V	97
— VI	113
— VII	121
— VIII	136
— IX	162
— X	175
— XI	184
— XII	191
— XIII	199
— XIV	219
— XV	232
— XVI	244
— XVII	254
— XVIII	260
— XIX	270
— XX	278
— XXII	288
— XXI	302
— XXIII	313
— XXIV	328

EDICIONES DE LA LECTURA

PASEO DE RECOLETOS, 25. MADRID

CLASICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

SANTA TERESA.—Las Moradas: Prólogo y notas por don Tomás Navarro. (Vol. 1.º de la Bibl.) (3.ª edición.)

TIRSO DE MOLINA.—Teatro (*El Vergonzoso en Palacio* y *El Burlador de Sevilla.*) Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 2.º de la Bibl.) (2.ª edición.)

GARCILASO.—Obras. Prólogo y notas por don Tomás Navarro. (Vol. 3.º de la Bibl.)

CERVANTES.—Don Quijote de la Mancha. Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 4.º, 6.º, 8.º, 10, 13, 16, 19 y 22 de la Bibl.)

QUEVEDO.—Vida del Buscón. Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 5.º de la Bibl.)

TORRES VILLARROEL.—Vida. Prólogo y notas por don Federico de Onís. (Vol. 7.º de la Bibl.)

DUQUE DE RIVAS.—Romances. Prólogo y notas por don Cipriano Rivas Cherif. (Vols. 9.º y 12 de la Bibl.)

B.º JUAN DE AVILA.—Epistolario espiritual. Prólogo y notas por don Vicente G. de Diego. (Vol. 11 de la Bibl.)

ARCIPRESTE DE HITA.—Libro de Buen Amor. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 14 y 17 de la Bibl.)

GUILLEN DE CASTRO.—Las mocedades del Cid. Prólogo y notas por don Víctor Said Armesto. (Vol. 15 de la Bibl.)

MARQUES DE SANTILLANA.—Canciones y decires. Prólogo y notas por don Vicente G. de Diego. (Vol. 18 de la Bibl.)

FERNANDO DE ROJAS.—La Celestina. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 20 y 23 de la Bibl.)

VILLEGAS.—Eróticas o amatorias. Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 21 de la Bibl.)

POEMA DE MIO CID. Prólogo y notas por don Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. (Vol. 24 de la Bibl.)

LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Prólogo y notas por don Julio Cejador (Vol. 25 de la Bibl.)

FERNANDO DE HERRERA.—Poesías. Prólogo y notas por don Vicente García de Diego. (Vol. 26 de la Bibl.)

CERVANTES.—Novelas ejemplares. (*La Gitanilla, Rinconete y Cortadillo, La Ilustre Fregona, El Licenciado Vidriera, El Celoso extremeño* y *El Casamiento engañoso.*) Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 27 y 36 de la Bibl.)

FRAY LUIS DE LEON.—De los nombres de Cristo. Prólogo y notas por don Federico de Onís. (Vols. 28, 33 y 41 de la Bibl.)

FRAY ANTONIO DE GUEVARA.—Menosprecio de corte y

ALABANZA DE ALDEA. Prólogo y notas por don M. Martínez de Burgos. (Vol. 29 de la Bibl.)

NIEREMBERG.—EPISTOLARIO. Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 30 de la Bibl.)

QUEVEDO.—Los SUEÑOS. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 31 y 34 de la Bibl.)

MORETO.—TEATRO. (*El lindo don Diego* y *El desdén con el desdén.*) Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Volumen 32 de la Bibl.) (2.ª edición.)

ROJAS.—TEATRO. (*Entre bobos anda el juego* y *Del Rey abajo ninguno.*) Prólogo y notas por don Federico Ruiz Morcuende. (Vol. 35 de la Bibl.)

RUIZ DE ALARCON.—TEATRO. (*La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*). Prólogo y notas por don Alfonso Reyes. (Volumen 37 de la Bibl.)

LUIS VELEZ DE GUEVARA.—EL DIABLO COJUELO. Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vol. 38 de la Bibl.)

LOPE DE VEGA.—TEATRO. (*El remedio en la desdicha* y *El mejor alcalde el Rey.*) Prólogo y notas por don J. Gómez Ocerín y don R. M. Tenreiro. (Vol. 39 de la Bibl.)

CAMPOAMOR.—POESÍAS. Prólogo y notas por don Cipriano Rivas Cheriff. (Vol. 40 de la Bibl.)

CASTILLO SOLORZANO.—LA GARDUÑA DE SEVILLA Y ANZUELO DE LAS BOLSAS. Prólogo y notas por don Federico Ruiz Morcuende. (Vol. 42 de la Bibl.)

PRECIOS: EN RÚSTICA, 5 pesetas; ENCUADERNADO EN TELA, 7; IDEM EN PIEL, 9.

CIENCIA Y EDUCACION

PUBLICADOS

P. NATORP. Pedagogía social. Traducción del alemán por ANGEL SÁNCHEZ RIVERO. Precio: 7 pesetas rústica.

REIN. Resumen de Pedagogía. Traducción del alemán por DOMINGO BARNÉS. Precio: 3 pesetas rústica.

DAVIDSON. La educación griega. Traducción del inglés por JUAN UÑA. Precio: 4 pesetas rústica.

H. WEIMER. Historia de la Pedagogía. Traducción del alemán por GLORIA GINER DE RÍOS. Precio: 3 pesetas rústica.

P. NATORP. Curso de Pedagogía general. Traducción del alemán por MARÍA DE MAEZTU. Precio: 2,50 pesetas rústica.

R. ALTAMIRA. Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización. Precio: 2,50 pesetas rústica (2.ª edición).

ABEL REY. Lógica. Traducción por JULIÁN BESTEIRO. Precio: 10 pesetas rústica. (3.ª edición.)

ADOLFO POSADA, FELIPE CLEMENTE DE DIEGO y otros. Derecho usual. Precio: 10 pesetas rústica.

BARTH, Pedagogía. Tomos I y II: Parte general y parte especial. Traducción del alemán, por LUIS ZULUETA. Precio: 1.er tomo 8 pesetas. 2.o tomo. Precio: 5 pesetas rústica. (2.ª edición.)

ABEL REY. Etica. Traducción por MANUEL GARCÍA MORENTE. (2.ª edición.) Precio: 6 pesetas rústica.

ABEL REY. Psicología. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 8 pesetas rústica. (2.ª edición.)

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS. Ensayos sobre educación. Agotado.

BRACKENBURY. La Enseñanza de la Gramática. Traducción del inglés por ALICIA PESTANA. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

GIBBS, LEVASSEUR y SLUYS. La Enseñanza de la Geografía (monografías). Traducción y prólogo por ANGEL REGO. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

LAVISSE, MONOD, ALTAMIRA y COSSIO. La Enseñanza de la Historia (monografías). Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

EDMUNDO LOZANO. La Enseñanza de las Ciencias físicas y naturales. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

COMPAYRE. Pestalozzi y la educación elemental. Traducción por ANGEL REGO. Precio: 2 pesetas rústica.

ZULUETA. El ideal en la educación. Precio: 5 pesetas rústica.

MONROE. Historia de la Pedagogía. (I Antigua y Media.) Trad. por MARÍA DE MAEZTU. Precio: 7 pesetas rústica.

COMPAYRE. Herbert Spencer. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 2 pesetas rústica.

PESTALOZZI. Cómo enseña Gertrudis a sus hijos. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 5 pesetas rústica.

HERBART. Pedagogía general y Escritos pedagógicos. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA, y prólogo de José ORTEGA GASSET. Precio: 5 pesetas rústica.

JULIAN BESTEIRO. Los juicios sintéticos "a priori" según Kant. Precio: 1 peseta rústica.

LUIS DE ZULUETA. El maestro. Precio: 1 peseta rústica.

PESTALOZZI. El Método. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 1 peseta rústica.

MILTON. De Educación. Traducción del inglés por NATALIA COSSÍO. Precio: 1 peseta rústica.

VIVES. Tratado del alma. Traducción por José ONTAÑÓN. Precio: 5 pesetas rústica.

MONTAIGNE. Ensayos pedagógicos. Traducción, prólogo y notas por LUIS DE ZULUETA. Precio: 5 pesetas rústica.

WELPTON. Educación física e higiene. Traducción de RICARDO RUBIO. Precio: 7 pesetas rústica.

GONZALO R. LAFORA. Los niños mentalmente anormales. Precio: 8 pesetas rústica.

MANUEL B. COSSIO. El maestro, la escuela y el material de enseñanza. Precio: 1 peseta.

J. SANCHEZ DE TOCA. Las cardinales directivas del pensamiento contemporáneo en la filosofía de la historia. Agotado.

CASTILLEJO. La Educación en Inglaterra. Precio: 12 pesetas rústica.

GURLITT. La Educación natural. Traducción por FAUSTINO BALLVÉ. Precio: 3 pesetas rústica.

A. LOPEZ CARBALLEIRA. Religión comparada. Precio: 5 pesetas rústica.

D. BARNES. Ensayos de Filosofía y Pedagogía. Precio: 6 pesetas rústica.

LOCKE. Pensamientos acerca de la educación. Traducción y notas por DOMINGO BARNÉS. Precio: 5 pesetas rústica.

COMPAYRE. Herbart y la educación por la instrucción. Traducción y bibliografía de DOMINGO BARNÉS. Precio: 2 pesetas rústica.

BINET SIMON. Tests para el examen de la inteligencia. I. Escala métrica. Precio: 2,50 pesetas.

LIBROS ESCOLARES

Publicados (ENCUADERNADOS EN TELA)

ARITMETICA.—GRADOS 1.º, 2.º y 3.º, por Luis Gutiérrez del Arroyo. *Precio: 0,75, 1 y 1,25 pesetas.*

CIENCIAS FISICO-QUIMICAS.—GRADO 3.º, por Edmundo Lozano. *Precio: 2 pesetas.*

HISTORIA UNIVERSAL.—RESUMEN, por *Lavisse*, traducción y adaptación por J. Deleito. *Precio: 2,50 pesetas.*

HISTORIA NATURAL, por Francisco de las Barras. *Precio: 2 pesetas.*

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco. Agotado.

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M.ª Tenreiro, ilustrado por F. Marco. *Precio: 1 peseta.*

HERNAN CORTES Y SUS AZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 1 peseta.*

PLATERO Y YO.—ELEGÍA ANDALUZA, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco. Agotado.

FABULAS LITERARIAS.—Por Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza. *Precio: 1 peseta.*

EL CALIFA CIGÜEÑA y otros cuentos, de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro, ilustraciones de P. Muguruza. *Precio: 1 peseta*

BIBLIOTECA DE JUVENTUD

Publicados: Precios: **2,50** pesetas uno.

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco.

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por Fernando Marco.

HERNAN CORTES Y SUS AZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por Fernando Marco.

PLATERO Y YO.—ELEGÍA ANDALUZA, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco.

ABEL REY. Etica. Traducción por MANUEL GARCÍA MORENTE. (2.ª edición.) Precio: 6 pesetas rústica.

ABEL REY. Psicología. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 8 pesetas rústica. (2.ª edición.)

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS. Ensayos sobre educación. Agotado.

BRACKENBURY. La Enseñanza de la Gramática. Traducción del inglés por ALICIA PESTANA. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

GIBBS, LEVASSEUR y SLUYS. La Enseñanza de la Geografía (monografías). Traducción y prólogo por ANGEL REGO. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

LAVISSE, MONOD, ALTAMIRA y COSSIO. La Enseñanza de la Historia (monografías). Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

EDMUNDO LOZANO. La Enseñanza de las Ciencias físicas y naturales. Precio: 3 pesetas rústica. (2.ª edición.)

COMPAYRE. Pestalozzi y la educación elemental. Traducción por ANGEL REGO. Precio: 2 pesetas rústica.

ZULUETA. El ideal en la educación. Precio: 5 pesetas rústica.

MONROE. Historia de la Pedagogía. (I Antigua y Media.) Trad. por MARÍA DE MAEZTU. Precio: 7 pesetas rústica.

COMPAYRE. Herbert Spencer. Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 2 pesetas rústica.

PESTALOZZI. Cómo enseña Gertrudis a sus hijos. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 5 pesetas rústica.

HERBART. Pedagogía general y Escritos pedagógicos. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA, y prólogo de JOSÉ ORTEGA GASSET. Precio: 5 pesetas rústica.

JULIAN BESTEIRO. Los juicios sintéticos "a priori" según Kant. Precio: 1 peseta rústica.

LUIS DE ZULUETA. El maestro. Precio: 1 peseta rústica.

PESTALOZZI. El Método. Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 1 peseta rústica.

MILTON. De Educación. Traducción del inglés por NATALIA COSSÍO. Precio: 1 peseta rústica.

VIVES. Tratado del alma. Traducción por JOSÉ ONTAÑÓN. Precio: 5 pesetas rústica.

MONTAIGNE. Ensayos pedagógicos. Traducción, prólogo y notas por LUIS DE ZULUETA. Precio: 5 pesetas rústica.

WELPTON. Educación física e higiene. Traducción de RICARDO RUBIO. Precio: 7 pesetas rústica.

GONZALO R. LAFORA. Los niños mentalmente anormales. Precio: 8 pesetas rústica.

MANUEL B. COSSIO. El maestro, la escuela y el material de enseñanza. Precio: 1 peseta.

J. SANCHEZ DE TOCA. Las cardinales directivas del pensamiento contemporáneo en la filosofía de la historia. Agotado.

CASTILLEJO. La Educación en Inglaterra. Precio: 12 pesetas rústica.

GURLITT. La Educación natural. Traducción por FAUSTINO BALLVÉ. Precio: 3 pesetas rústica.

A. LOPEZ CARBALLEIRA. Religión comparada. Precio: 5 pesetas rústica.

D. BARNES. Ensayos de Filosofía y Pedagogía. Precio: 6 pesetas rústica.

LOCKE. Pensamientos acerca de la educación. Traducción y notas por DOMINGO BARNÉS. Precio: 5 pesetas rústica.

COMPAYRE. Herbart y la educación por la instrucción. Traducción y bibliografía de DOMINGO BARNÉS. Precio: 2 pesetas rústica.

BINET SIMON. Tests para el examen de la inteligencia. I. Escala métrica. Precio: 2,50 pesetas.

LIBROS ESCOLARES

Publicados (ENCUADERNADOS EN TELA)

ARITMETICA.—GRADOS 1.º, 2.º y 3.º, por Luis Gutiérrez del Arroyo. *Precio: 0,75, 1 y 1,25 pesetas.*

CIENCIAS FISICO-QUIMICAS.—GRADO 3.º, por Edmundo Lozano. *Precio: 2 pesetas.*

HISTORIA UNIVERSAL.—RESUMEN, por *Lavisse*, traducción y adaptación por J. Deleito. *Precio: 2,50 pesetas.*

HISTORIA NATURAL, por Francisco de las Barras. *Precio: 2 pesetas.*

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco. Agotado.

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M.ª Tenreiro, ilustrado por F. Marco. *Precio: 1 peseta.*

HERNAN CORTES Y SUS AZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 1 peseta.*

PLATERO Y YO.—ELEGÍA ANDALUZA, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco. Agotado.

FABULAS LITERARIAS.—Por Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza. *Precio: 1 peseta.*

EL CALIFA CIGÜEÑA y otros cuentos, de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro, ilustraciones de P. Muguruza. *Precio: 1 peseta*

BIBLIOTECA DE JUVENTUD

Publicados: Precios: **2,50** pesetas uno.

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco.

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por Fernando Marco.

HERNAN CORTES Y SUS AZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por Fernando Marco.

PLATERO Y YO.—ELEGÍA ANDALUZA, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco.

FABULAS LITERARIAS, por Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza.

EL CALIFA CIGÜEÑA y otros cuentos, de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro, ilustraciones de P. Muguruza.

J. JÖRGENSEN

SAN FRANCISCO DE ASIS

BIOGRAFIA

TRADUCIDA DEL ALEMÁN POR RAMON MARIA TENREIRO
Y REVISADA POR FR. JOSE MARIA DE ELIZONDO,
MENOR CAPUCHINO

PRECIO: En rústica, 6 pesetas; encuadernado en piel, 12.

La misma obra con introducción y notas de FRAY José M.ª ELIZONDO. (2 vols.) Volumen I, encuadernado en piel lujosa, 12 pesetas.

SHAKESPEARE

EL REY LEAR

TRADUCCIÓN DE JACINTO BENAVENTE

PRECIO. En rústica, 3 pesetas; encuadernado en tela, 4.

AUGUST F. JACCACI

EL CAMINO DE DON QUIJOTE

TRADUCCIÓN DE RAMÓN JAÉN

Un volumen encuadernado en holandesa. PRECIO: 5,50 pesetas.

José FRANCOS RODRÍGUEZ.

La vida de Canalejas

Precio: 10 pesetas rústica.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU